

Jed m. 688

No 4213

Juicio Critico

sobre la intervencion que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el Guardian de la Rábida Fr. Juan Pérez Marchena y noticias biograficas de este celebre personaje.



Lima: - Fr. Bartolomé las Casas.

El autor es D. Faustino Sanchez Gil

I

El monasterio de la Rábida.

Fray. José de Lizienca, el sucesor bendito de San Agustín y Orsio y predecesor

del gran Bossuet, al proclamar
la teoría de los hombres providencia-
les, exaltó y magnificó el elemento
humano en la historia, como di-
ce un español esclarecido (2).

Habria exaltado y magnifi-
cado las decoraciones de la historia
humana, el biógrafo del santo
insigne que saludó con amor la
cuna de Cristo y el sepulcro de Vir-
gilio, formulando la teoría de
los edificios providenciales. Uno
de los que con mayor legítimi-
dad pueden ostentar tal título,
es la Rábida. No es este mo-

monasterio concha de finisimos nácares
dorados, henchida de ricas perlas; ó
granada de oro depositaria de preci-
dos rubies. No es un magnifico estu-
che guardador de maravillas artísti-
cas, como Asis, ó como la Cartuja de
Miraflores, ó como Belén, donde la
piedra canta el cable, el mástil, la
aguija, todos los signos heráldicos de
la edad de las odiseas oceánicas mas
ilustres de los siglos. Abrase el monas-
terio en la via de Huelva, á media
hora de Palos, en una peninsulilla,
que desfiende por la parte de las aguas,
áspera subida.

Salúdando hoy con el afecto
que ayer, las olas marítimas, el
Océan y el Ginto; mas como ayer,
el Océan, el Ginto y las olas mari-
tímas, no confundien hoy sus
murmillos al saludarlo, con
los del aire que circulaba entre
las palmeras y los pinos, los al-
mendros y los romerales, los li-
moneros y los naranjos, que for-
maban á fines del siglo XV,
caprichoso y poético bosque, al-
rededor de la franciscana cap.

No hay en el orbe, un edi-
ficio mejor situado que la Bâ

vida. Desde sus miradores se divisan
dos paisajes soberbios, pues el uno ex-
tiendese hasta Portugal y el otro hasta
San Lúcar; y una marina que
toma toda suerte de matices y apa-
receseos coronada por el cielo azul
más embelizador, que los pinceles
de Dios han tenido jamás. En can-
bio, en el orbe no hay muchos edi-
ficios que aventajen a la Rábida
en humildad de aspecto, pues no
ofrece belleza arquitectónica algu-
na.

Es una masa, adicionada
sin orden ni simetría, en la que

veís, paredones que trascienden
á fortificaci6n antigua y arcos
que aspiran á terminar con es-
beller ojival, 6 est6n casi cerrados
en herradura. La pobrera rei-
na en absoluto en el monumen-
to; y sin embargo, no hay otro
que entusiasme mas que 6l.
Entusiasma, porque all6 la
historia suple las deficiencias
de la arquitectura, con la subli-
midad que suple las deficiencias
del arte la naturaleza, en la mon-
taña inmortalizada por Virves,
dónde entre rocas y precipicios,

vidos de halcones y de aguilas tie-
ne altar la Virgen morenita, cuyo
nombre invocaba el soldado de Alon-
so V al entrar en Nápoles y el ma-
rino de Roger de Lauria, en las
ensangrentadas aguas de Malta
y en el ensangrentado puerto de
Rosas (3).

Entusiasma, porque lo
realzan angustas sombras; porque
de su seno evapora pensamientos
sublimes; y porque destila ideas
impregnadas de áurea miel. Y
entusiasma, porque la humil-
dad y la pobreza son las joyas

que mas agracian lo grande.

Allí fué discutido el problema de mayor interés para la humanidad que ha sido nunca planteado, despues del que quedó resuelto sobre las pajas de Belén y los tornillos del Golgota. Allí se fijaron los destinos de Colón; y fué armado el torno, que dió a la tierra sus verdaderas dimensiones.

Allí encontró refugio y apresto a las naues célebres, el hombre qf. fijó al Atlantico las orillas y el limite que la cosmografía

le negaba, y demostró que contienen
verdad las palabras de Petrarca,
Pulci y el Amador de Beatriz y
dicen, que el sol al dejarnos, va
quizás hacia otros mortales que le
esperan. Allí están, según escribe
un historiador insigne:— la celda
de Fr. Juan Pérez; el sepulcro de
Martín Alonso Pinzon; los bancos de
piedra sobre los que los marineros
discurrían y comentaban las leyen-
das marítimas que se contaban
sobre la toldilla, en las rocas de
sombas plateadas; y la iglesia don-
de colgaron los exvotos (4). Allí

en fin, sientese brotar con brio la voz
del patriotismo, la de la fé religiosa
y la de la veneracion á las excel-
tudes humanas, pues las tres
voces despiertan: - la palma soli-
taria, que en la puerta del mo-
nasterio aparece, como el últi-
mo resto de una flora que ya
no existe; las gradas de la histo-
rica Cruz; la portería; y la Vir-
gen de los Milagros, que recorda-
rán siempre con tiernísima
poena, episodios interesantísi-
mos del poema sublime cuyo poe-
ta es la Providencia (S)..... del subli-

me poema de la historia.

Merece la Rábida un retratador tan eximio, cual el que han tenido, Yuste, las ermitas del Diablo y fray Garin, o las cuevas de Montserrat, que dan nombre a una de las páginas mas hermosas del gran poeta y macarado prosista Balaguer.

II.

Dr. Juan Perez y Dr. Antonio Marchena

Emilio Castelar lo ha dicho, y el orador ciceroniano tiene razon:— Muchas veces la personalidad historica

que de un paisaje se levanta, lo
borra con su luz, como el sol á
las estrellas, y superarlo con toda
la superioridad que sobre la
naturalera tiene el espiri-
tu (6).

Lamartine expresó la
misma idea, al decir que Na-
poles es Virgilio y el Tasso (7).

Por igual razón que siempre
siempre!, iban unidos el nom-
bre de San Francisco á Asis y el
de Camoens al Océano, siempre,

siempre! tambien, el nombre de
celebrísimo guardián de la Pa-

vida irá unido al de este monasterio
y de este monasterio se levantará bornau-
dolo, la sombra angusta del fraile
que vivió para servir a Dios, donde
diz que existió rico templo del in-
fierno a la diosa consagrado (8).

¿quien fue el guardián abu-
dido? He aqui una tesis, que ha
dado lugar a discusiones historicas
Aun suspensas, como la frase Ho-
mero no ha existido, escrita por Wolf
en sus Prolegómenos, despues de haber
convidado los Escolios Venecianos y que
motivo un litigio, en el que alegaron
entre otros Jauriel Guignant, Schle-

gel, Lachmann, Welcker, Nitzsch,
Muller, Grote, Lauer, Kochly y Her-
mann, célebres por las hipótesis au-
daces, o por las prudentes que han
fundado sobre la vida del mismo
ya religioso, ya docto, que se ins-
piró en los cantos de los rhapsodas,
reprodujo con libertad los hechos y
los caracteres que mas deleite poé-
tico proporcionaban a la Grecia, y
creó la parte capital y principa-
lísima de la *Iliada* que conocéis (9).

En el magnífico drama,
del que es protagonista el hombre,
que fue entre los descubridores, lo q^l

Sócrates en la filosofía y Rafael en el arte, — un genio tipo, — figuran en escenas distintas, un Fr. Juan Pérez, prior de la Rábida, y un Fr. Antonio de Marchena, buen astrólogo y defensor de las ideas científicas del Genovés. En algunas historias, están confundidos los papeles desempeñados por ambas personalidades; y los apellidos de las mismas, aparecen mezclados y constituyendo uno solo. De tal error son responsables Herrera y Gomara, faltos de exactitud, precisión y coordinación en los hechos y noticias que suministran (10).

Los dos ignoraron la existencia de Fr. Antonio; y al encontrarse frente a frente de él, obligados a apreciar los servicios de tal personaje, atribuyéronlos a Fr. Pérez y le prolongaron el apellido. Por fortuna sabese hoy quien fuese el guardián de la Rábida, porque los datos por él erudito arrojados al barbecho de la atención de la crítica, no ya han florecido, han fructificado.

García Hernández, físico de Palos, en un muy conocido proceso, tiene declarada la existencia de un

intimo amigo y bienhechor de Colón,
que vertía el sayal de San Francisco
en la Rábida, por los años de 1484 y
siguientes y llamabase Fr. Juan Pérez.

En el mismo pleito, Alonso Vé-
lez Alcaide, Alcalde mayor de la ya
nombrada villa, habla de que el Ge-
novés estuvo mucho tiempo en ella, pu-
blicando el descubrimiento de las Indias
y hospedado en el sumortal monaste-
rio; y de que comunicaba la negocia-
cion del descubrir con un fraile estrolo-
go guardián del convento, y un Fr. Juan
Pérez, que fue al real de Granada, don-
de estaban entonces los Reyes Católicos y

habia servido en edad moza a Ha-
bel I, en oficio de contador. (11).

Arias Pérez, en las probanzas
hechas por el fiscal del rey asegura,
que un religioso, que marchó a la
corte con Cristóbal Colón, llamaba
se Fr. Juan Pérez.

D. Hernando dice, que con
su inmortal padre tomó amis-
tad el guardián de la Rábida
Fr. Juan Pérez, cuando aquel fue-
se al monasterio, con intencion
de llevar a su hijo a Córdoba y
proseguir su viaje.

El P. las Casas habla de un

Dr. Juan Perer, que debia ser guardian
de la Rábida, en la época á que refiere
se el historiador mitrado, y acerca
del que escribe, dir que ó era conyuger
de la Serenísima Reina ó lo habia sido.

Es de notar, que el historiador mas fiel
y testigo de mayor excepcion de los su-
cesos que narra, quiza's conocio' perso-
nalmente á Dr. Juan y desde luego
sabia quien era, pues dedico' un ca-
pitulo del libro que le inmortaliza,
á tratar del episodio de la Rábida y
de su guardian, y nos dice como, cuan-
do y en que' ayudo' este á Cristobal,
circunstancias que calla al referirse

a' Fr. Antonio de Marchena (12).

Oviedo afirma, que Colon antes de embarcarse, tuvo largas consultaciones con su confesor Fr. Juan Pérez, franciscano de la Rábida (13).

Y por último, consta, que la notificación de la providencia leída por el escribano Fernandor en la iglesia de San Jorge, hizo presente, entre otros individuos, Fr. Juan Pérez y el marino de Génova. La identidad de Fr. Antonio Marchena está probada también, con la misma evidencia.

En la declaración del Al

calde Néler, quiras por un error del copiante, se atribuye al fraile astrologo el oficio de guardian, pero hallanse con claridad distinguidas, la personalidad del religioso, que habia en su juventud desempeñado el empleo de Contador de la Reina, de la personalidad del religioso cosmógrafo.

Al uno se le nombra Fr. Juan; y al P. Fr. Antonio de Marchena se malasele con las palabras fraile astrologo.

El P. las Casas nos dice, que ayudó mucho á que la Reina se persuadiese y aceptase la petición de Cris-

tobal, un fraile que cree fuera
de San Francisco y llamado Fr. An-
tonio de Marchena, del que jamás
puedo saber el venerable Obispo
de qué orden fuese.

En una carta escrita por
Cobou desde la Española, a los Re-
yes Católicos, se lee:— Nunca ha-
llé ayuda de nadie, salvo de Fr.
Antonio de Marchena, después
de aquella de Dios eterno. Mas
abajo repite en la misma, que
no halló persona que no lo tubie-
se a burla, salvo aquel padre
fray Antonio de Marchena. Am-

bas frases por hiperbólicas, son expresivas de la entusiasta y eficaz cooperación del ilustre religioso.

En otra carta, — ésta dirigida por los Reyes Católicos a' Cristóbal, le dicen: — Nos parece que sería bien lleváse des con vos un buen estrologo, y nos pareció que sería bueno para esto Fr. Antonio de Marchena, porque es buen estrologo y siempre nos pareció que se conformaría con nuestro parecer (M). Ahora bien, es increíble: — que los Monarcas no supiesen el nombre y el apellido del guardián; y que Isabel confundiese

a su antiguo confesor con Fr. Marchena. Lo es de igual modo, que los Monarcas recomendaran para el oficio de astrologo á un ~~padre~~ prior, venerable por el hábito que vestia y por las canas que le nevaban la cabeza. Esta averiguado que Fr. Pérez, si hombre doctisimo, no era astrologo, pues el físico de Palos declara, que á él, porque alguna cosa sabia del arte astronómica, lo llamó Fr. Juan, quando el Gerónimo se presentó en la Rábida, de cuyas palabras se deduce que el P. Juan

Pérez no sabia cosa alguna ó sabia poco del arte astronómica.

Son pues personalidades distintas, el buen estrologo y el ilustre guardián, pese á los historiadores, que por ligereza é irreflexion, han confundido en un solo individuo, dos frailes que representaron papeles diversos, en el poema sublime que tiene por canto final un desembarco, que agrandó los oros y raptos del cielo antiguo. Los que conocieron, al ^{Guardián} ~~poeta~~ de la Rábida ó pudieron saber como se llamaba, y los textos originales de los escritores mas creidos

por el tribunal de la crítica, llá-
manle Fr. Juan Perez.

Las indicadas aseveraciones
forman persuasiva probanza,
cuya solidez en nada amenguan,
las de los historiadores que no se
curaron de cotejar con los coetaneos,
lo páguina donde fundió en un
apellido dos, Gomara. Si! For-
man persuasiva probanza los
asertos aludidos, de que Fray Juan
Perez y Fr. Antonio Marchena han
sido personas distintas;..... los
dos frailes, que siempre fueron
constantemente, y a quienes referiase

el Genovesi en la Relacion del tercer via-
je, - palabras mal interpretadas por
el gran Navarrete, al afirmar que
Cristobal señala en las mismas a
Fr. Juan Perez de Marchena y al P.
Dera, siempre nombrado por el des-
cubridor insigne Obispo de Paleu-
cia o señor obispo.

Veamos ahora como vivieron, el reli-
gioso entendido en ciencias exactas, fi-
sicas y astronomicas, y el religioso que
nada o poquissimo sabia de ta-
les disciplinas.

III.

Noticias biograficas del ^{Guardian} Prior de la

Rábida y de Fr. Marchena.

Escasas son las noticias biográficas que tenemos, acerca de como vivió el guardián de la Rábida. Debió de nacer bajo vigas blasonadas, porque en edad juvenil, sirvió a la Corona, en el cargo de Contador. Inclinado por naturaleza a la vida humilde y penitente del sayal de San Francisco de Asis, abrazó la regla de los Menores; y en la sagrada Orden, habiendose distinguido a seguida por su virtud y su saber, la reina le nombró su confesor. Por complacer a la escla-

recida clama, Fr. Juan Pérez hubo de abandonar su celda y ocupó algún tiempo el confesonario real; mas resultando incompatibles el bullicio de la Corte y la austeridad del franciscano, el buen religioso obtuvo de su augusta penitente, no sin sacrificio por parte de ésta, el señalado favor de que permitiérale el retirarse de nuevo a la soledad de la Rábida, donde desempeñó mas tarde el cargo de guardián. En 1513, ya era difunto el P. Pérez, según el finco de Palos. Y he aquí lo único que se sabe, de como vivió el buen Prior *cf.*

nos ocupa.

De como vivió Fr. Antonio de Marchena, no se sabe mucho mas,

Debió nacer en 1430 y morir en 1500, ignorase donde. Algun escritor supone lo natural de Marchena; mas la aseveracion es caprichosa, porque los libros sacramentales de las parroquias de la nombrada villa, datan del año 1535 (15). Tambien se ignora los cargos que desempeñara, en la Orden á que perteneció. Qual fuere esta se sabe por induccion, pues el P. las Casas nunca pudo hallarla, ni saber cuando, en que, y co-

no favoreció á Cristóbal Jr. Antonio, ó
la entrada que éste tuviera con los Reyes,
según se ha indicado ya. En las pro-
banzas hechas por el Almirante en
Santo Domingo, dijo Andrés Corral:—

Fue estando en la Corte, en Madrid,
con el Almirante, viendo como los del
Consejo é muchos otros eran contra-
rios, dijeron á Sus Altezas, que pues
no le creían á él, que él daría per-
sona á quien creyesen, é que enton-
ces llegó un fraile de la orden de San
Francisco, cuyo nombre no sabe, el
cual dijo á Sus Altezas, que era ver-
dad lo que el Almirante decía é

que entonces lo despacharon.

No es lo probable, que este fraire
fuese el P. Pérez, ya porque no era
un cosmógrafo, ya porque el oficio
de guardián no le permitía alejar-
se a toda hora del convento. Si en
cambio, que lo fuese Fr. Antonio, que
además de ser docto en las ciencias na-
turales, por no ejercer cargo algu-
no que le obligara a residir habi-
tualmente en el claustro, podía a-
compañar a Colón a todas partes.

El 8 de Septiembre de 1492, escri-
bieron los Reyes Católicos desde Barce-
lona una carta, en la que manifiesta

tan á un devoto religioso, que quierere
acompañare á Colon en su segundo viaje.
Dado lo que con igual fecha los aludi-
dos Monarcas escribieron tambien al Ge-
noveí, hay que admitir que no podia
ser sino Fr. Antonio de Marchena, el
devoto religioso á quien está dirigida
la carta de que hablamos. En ella
se dice: - Nos escribimos al Provin-
cial y al Custodio de esta provincia.....
..... El cargo de Custodio, nada mas
en la Orden franciscana existe. Lue-
go á ella pertenecia el devoto religio-
so á quien transmiten los Reyes su vo-
luntad, ó sea el P. Marchena.

Los documentos aludidos nos au-
torizan pues para decir, que aquel fue
un hombre de neta humildad y senala-
da sabiduria que visitó el sayal de
San Francisco; el serafín que retrataron
Giotto y Murillo, e idolatrarou:—
San Luis y San Fernando; Dante y
Lope; el titán que levantó el Panteón
sobre el Coloseo; el jóven de angelical
hermosura, que manejó la escua-
dra y el pincel, pulsó lira de pla-
teadas cuerdas y de haber vivido
más habria cenido rojo birrete;
y el soldado de Lepanto, que reu-
nió en sí el más envidiable epi-

teto heróico y el epíteto literario más
insigne.

Créese que Fr. Antonio Marchena
perteneció á la Junta de Córdoba; y
que defendió en las sesiones de la mis-
ma, los proyectos del Genovés. Juicio
hay de buen ímán que atraen á pen-
sar así. La carta de D. ^o Gabel nos in-
dica con claridad meridiana, que
el buen astrólogo, desde el principio se
declaró de parte de Colón y sostuvo q.
era científica la idea de buscar el
Oriente del Asia por el Occidente de
Europa y llegar á las comarcas del
Mango y Cipango, á través de las

temidas aguas atlánticas. El Doctor Rodri-
go de Maldonado, aludiendo á los indi-
viduos de la Junta de Córdoba que re-
chazó las opiniones y el plan del Ge-
novés, escribió: - é contra el parecer
de los mas dellos porfió el dicho Al-
mirante. Estudiando los dos textos bien
y copiándolos, se forma el juicio
de que, si desde el principio Fr. Auto-
nio Marchena estuvo al lado del
nauta genovés, perteneció á la mi-
noría de la célebre Junta de letra-
dos y marineros. Confirmannos
en él, las palabras de Colou en au-
terior página copiadas y que

dicen:— Ya saben Nuestras Altezas que anduve siete años en su Corte importunandolos por esto; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filosofo, ni de otra ciencia que todos no dijeren que mi empresa era falsa; que nunca yo hallé ayuda de nadie, salvo de Fr. Antonio de Marchena, despues de aquella de Dios eterno.

Luego, entrade el Fenovis:— que no halló persona que no lo tuviese á buelca, salvo aquel padre Fr. Antonio de Marchena. En los párrafos transcritos hay exageracion; y habria que declarar que encierran una

falsedad descarada, si se aseptare que se refieren á proteccion distinta de la científica.

Es incuestionable, que el descubridor inmortal, cuando escribia lo que acabais de leer, habia recibido auxilios muy eficaces del Duque de Medinaceli, de Quintanilla, del Gran Cardenal de España, de la Marquesa de Moya y de otros hijos de este noble pais. Colon tiene afirmado, que los Reyes Catolicos debian las Indias á Fr. Diego de Deza y á Juan Cabrero. Considero como protectores suyos, á Santangel,

al terovero Sánchez y a la madre Ana
Corres, en las cartas que les dirigí, per-
suadido de que los tres se holgarían
de los éxitos de que les hablaba. La fra-
se no hallé ayuda de nadie, alude,
porque no puede aludir a otra, a
la ayuda científica. El texto así lo
indica. Que nunca yo hallé ayuda
de nadie, aparece escrito, después de
la aseveracion nunca en todo este
tiempo se halló piloto, ni marine-
ro, ni filósofo ni de otra ciencia, que
todos no dijeran que mi empresa era
falsa. Los dos hechos consignados son,
el uno la razon del otro. Covitobal

pudo decir que no habia hallado en España ayuda de nadie, porque en todo el tiempo á que referias, no halló en España piloto, ni marinero, ni filosofo, ni de otra ciencia que no dijese, que era falsa la empresa proyectada. Estos pilotos, marineros, filosofos y hombres de otra ciencia, no podian ser sino los que formaron la Junta de Córdoba, por haber sido los únicos que con caracter oficial, emitieron aqui opinion acerca de los planes del Genovés. En Salamanca, es verdad que este conquistó voluntades y

avassallo' spiritus; mas las Conferencias
celebradas en la sabia ciudad, fueron
de índole privada. En la Corte, los en-
cargados de ver la calidad del nego-
cio que le preocupaba, se lo declara-
ron imposible y vano, de toda re-
pulsas digno; desautorizandole á
los ojos de los descreidos y de los ruti-
narios; y lo convirtieron en blanco
de ironias e invectivas muy crueles.

Dado pues que Cristobal des-
de su llegada a España, se vio rodea-
do de protectores valiosos, y que el Ge-
novés no pudo escribir lo que sabeis
sino aludiendo á los encargados por

los Reyes de platicar con él sobre su ida á las islas, la frase que no halló persona que no lo tuviese á burla, salvo aquel padre fray Antonio de Marchena, parece confirmar la interpretación dada á la de Rodrigo Maldonado, tras la lectura de la carta fechada en la Española.

Y étenos ya, en la hora de parar por los filtros de la crítica una noticia, que algunos han engarzado en la biografía del buen astrologo y algunos en la de aquel cocifeor, nacido para respirar la paz, elaborada entre las columnas del templo

y el resplendor de las sagradas lámparas,
entre las trompetas plateadas del órgano
y las espirales de incienso que parecen
un haz de flores místicas del jardín del
alma vaporándose sobre el altar, y
lejos de donde todo pugna y batalla,
con el furor y la magestad que pug-
nan y batallan las olas de agua en
el Océano y las olas de aire en la atmo-
fera, — marmita colosal donde hierve
el vago y que burbujea nubes.

¿Acompañó a Cristóbal a las Yu-
cías el P. Antonio? Creen varios his-
toriadores, que sí. Otros opinan lo con-
trario; y sostienen que fue Fray Juan,

el religioso que acompañó á Cristóbal
en uno de sus viajes. Sentencia firme
ha recaído ya en este litigio, en el que
han informado maestros ilustrados en
el arte de examinar con exactitud,
subiduría y verdad los motivos, y
en el de explicar las pruebas.

Ni al P. Pérez ni al P. Mar-
chena nombran, y al P. Boil sí,
el Doctor Chanca y Martín (16); y
tampoco nombrados Cristóbal en
el Memorial que dió á Antonio
Gorres y en las cartas que hubo
de escribir á los Reyes, á la nodri-
za del Príncipe, al P. Gaxián

Gorrício y a D. Diego.

En De origine serafica religionis franciscana ejusque progressibus de Goussaga (17) se lee:— Algunos dias despues de la toma de posesion de la isla, varios de nuestros hermanos, entre los que hallábase Fr. Juan Perez, aquel que con sus insinuaciones persuadió a Colon de que debia conquistar tan magnifica provincia, llegaron a esta comarca tras una navegacion feliz y dieron comienzo a la fundacion de aquella. El hermano Juan Perez fue el primero que entró en la isla y mandó construir una choza pa-

jirza deucasas dimensiones, en la cual
celebró la primera misa y depositó el
Santísimo Sacramento. He aquí la pri-
mera iglesia de todas las Indias Occi-
dentales.....

..... Habiendo llegado después
á esta ciudad Fr. Juan Pérez, apre-
suróse á edificar y lo hizo rápidamen-
te una capilla de pajas y dió feliz co-
mienzo al presente convento. Fue de-
dicado al seráfico Padre San Francisco.

Por su gran devoción á nuestra será-
fica Orden y por gratitud á Fr. Juan
Pérez, Cristóbal Colón mandó construir
de piedra labrada la iglesia y el mo-

monasterio que alberga cuarenta hermanos, dotándolos de los enseres necesarios. Es difícil pintar la devoción de los indios al convento. Con exvotos de plata, de oro y de cera, ornan con elegancia una de las capillas.

Lucas Wadingo (18) afirma, que Fr. Pêrez marchó a las Indias Occidentales, con el Comisario apostólico y doce sacerdotes; y saluda en el amigo de Cristóbal, el fundador del primer templo cristiano, erigido en las playas de oro del continente virgen, aunque conviene con Gouzaga al decir:—
La fuit Columbi erga sodalitium

pietas et erga Perezium gratitudo, ut
clitior potentior que effectus, Ecclesiam
et fratrum habitaculum solidius
magnificentiusque exposito lapide
refecerit et necessario instruxerit
supellectile. Caput in immensum
crescere erga fratres insularium neo-
phytorum devotio; etenim tanquam
fidei magistros reverenter colebant
et tanquam animarum suarum
curatores abunde sustentabant. Exe
el autor de Anales de los Frailes
Menores, que el guardian atravesó
el Atlantico, en el segundo viaje
de Colón.

Fr. Juan Meléndez, hijo insig-
ne de Santo Domingo de Guzmán (19)
refiere: - que los religiosos de Nues-
tro Seráfico Padre San Francisco, pri-
meros sacerdotes y ministros apos-
tólicos que acompañaron á Colón
á once del mes de Octubre de mil
quatrocientos noventa y dos, con gene-
ral aplauso de la armada descubri-
eron una isla de los Lucayos, llama-
da Guanahani, y que el M. R. P. Fr.
Juan Perez de Marchena, Guardian
ó ex Guardian de la Rábida, que
los acaudilló en la conquista de
tan grandiosos imperios, tomó po-

sesion por el Papa y por la Iglesia
en una que hizo de ramas y pajas...
... en que dijo misa y puso el santisimo Sacramento, y fue la primera de todas las Iglesias de Indias (20).

Forge Cardoso (21), Fortunato
Herberto (22), y el P. Simon (23), dicen,
que uno de los primeros frailes que
desembarcaron en las playas virgenes
fue Juan Pérez de Marchena.

F. Diego de Córdoba, varon ilustre por su virtud y su sabiduria (24),
despues de referir lo atestiguado por
Gouraga, escribe: - Con que si no hu-
biera venido el P. Marchena en la

primera navegacion, es cierto que los sacerdotes que vivieron en ella, o alguno de ellos habia de celebrar y levantar alguna ramada en aquella isla para poner el altar, pues no es creible que en tantos dias como allí estuvo su ejército de ciento y veinte españoles con su general, capitanes, oficiales de mar y tierra y los mismos frayles habian de carecer de misa y sacramentos, viniendo para administrarlos; y pues el P. Marchena, segun estos graves autores, fue el primero que dijo misa y erigió iglesia, luego de autoridad de ellos se infiere con evidencia que vino en el

primer viaje. Esto es muy creíble,
porque habiendo sido el R. Marchena
suerte y guía de Cristóbal Colón en
esta empresa y tomado tan á pecho
su despaño, que, como dice Antonio
de Herrera, se halló en Palos al tiem-
po de salir la armada, á disponer los
ánimos de los marineros y gente de
mar, que dudaban de entrar en via-
je no conocido, ayudando grande-
mente á Colón su amigo é hijo spi-
ritual, que era su confesor; i quise-
duda que no le querria descomparar
hasta ver el fin de la jornada.?» (28).

Juan Díez de la Calle re-

lata:— Que el primer pueblo que se descubrió fue la Natividad y el primero que edificó iglesia y dijo misa aquí fue el Padre Fray Juan Pérez de la Orden de San Francisco, Guardian de la Rábida, que le favoreció mucho con sus Magestades para que le encargassen esta conquista (26).

El sabio teólogo e historiador eclesiástico Fr. Antonio Dana, expresa en los terminos que siguen:— Quiso Dios hallarse Colón las Indias tan deseadas y el nuevo mundo que prometia; y saltando en tierra tomó en

ella la posesion de las Indias por los
Reyes de Castilla en un castillejo de ba-
vra y de madera que hizo. Y su gran
de amigo y confesor fray Juan Perez de
Marchena que iba en su compaña,
tomó tambien la posesion del Nue-
vo Mundo por el Papa y por la Iglesia
en una que hizo de unos ramos y pa-
jas en que dijo Misa y puso el
santissimo Sacramento y fue la pri-
mera de todas las Iglesias de las In-
dias, y los frayles de esta Orden los
primeros religiosos que pasaron a
ellas juntamente con el mismo
que las fué a descubrir (27).

El P. Fr. Juan del Olmo, en Arbol Se-
nario expresase en idénticos terminos,
Fr. José de Borrubia (28), continuador
de Wadingo y Gonzalez de Torres escri-
be:—(29) "Habiendo llegado (el Admini-
strante) á la (isla) de Boctio, la llamó
Española por la gran semejanza que
en árboles, plantas y pescados halló
con nuestra patria. Fundó en ella
un castillo y erigió la primera vi-
lla del nuevo Orbe; á que llamó la
Natividad. En esta poblacion hizo
la primera iglesia de palos y va-
mas nuestro venerable Padre Fray
Juan Pérez de Marchena; en ella

dijo la primera misa y reservó para los cristianos el santísimo Sacramento.

Esta iglesia es la primada del Nuevo Mundo y es la que puso la primera planta la religión de San Francisco. Así lo hallamos asegurado y el año pasado (1752) nos lo dijo el Ministro Provincial de aquella provincia (30) que se fundó por entonces, en la Española. Pondré sus cláusulas, no solo porque comprueban auténticamente esta Primacia, sino por el oportuno elogio con que se celebra. Dice así: (31) "Fyo viendo que nuestro fundador vino con el

descubridor Don Christobal Colon; y,
como consta de nuestro archivo pro-
vincial, lo fue el Venerable y muy
Reverendo Padre Fray Juan Perez
de Marchena, fundador de esta pro-
vincia, vino a ella, siendo actual
guardian de la Arrábida, el año
de mil quatrocientos noventa y dos,
edificó la primera iglesia que hu-
bo en estas Indias, en el pueblo que
se fundó en la isla española, llama-
da Natividad, y el primero que cele-
bró y dijo misa en ella, diré de vos
lo que cierto autor dijo en caso
semejante: (32) Vos,

o qui primum extremos properasti ad Indos,
Ut noscent Verum pectora caeca Deum,

Quán bene pro tali vestrum pietate cruorem
Fudistis! major se fert inde seges.

Nequiquam ferro proscinderet arva colonus,
Semini ni gravidos spargeret imber agros.

Cernitis, ut magno crescat jan fenore messis,
Et vestra uberior sit labor ille nece."

De los textos citados deducireis:-

- que hay escritores que sostienen que
marchó al Nuevo Mundo Fr. Juan

Perez; que los hay que dicen, que cru-
zó el Atlántico el P. Marchena; que

los hay que afirman, que con los
primeros religiosos que desembarca-

ron en las Indias, fue Fr. Juan Pérez de Marchena; que no falta quien diga, que el fraile que nos ocupa acompañó a Cristóbal en su primer viaje, ni quien sostenga, que esto aconteció en el segundo; y que lo mismo los que han hablado de Fr. Juan Pérez y de Fr. Marchena, que los que han escrito en sus obras Fr. Juan Pérez de Marchena, Maman al franciscano, guardián de la Rábida.

Ha retornado, como veis, en páginas de fecha posterior, la confusión de nombres que mancha la de Gomara y Herrera. De lo referido por los dos,

tomado de la biografía de D. Hernando
y del físico Garcia y de la carta de los
Reyes Católicos al Almirante recomen-
dándole el astrologo, se ha deducido
que pasó a las Indias de los primeros,
no Fr. Antonio, no Fr. Juan, y si
Fr. Perer de Marchena.

La liga de nombres sospe-
chada por Navarrete, ha induci-
do a mas de un escritor, a dar al
cosmografo franciscano el nombre de
Juan, el apellido de Perer y la ca-
lidad de guardián de la Rábida.

Sin temor de equivocarnos
podeis afirmar, que murió sin ha-

ser visitado las Indias, el religioso que
dio al descubridor de America almor-
que, mesa y consuelo y le traxó el ca-
mino del virreinato y de la fama (33).

La historia nos ha conservado
los nombres de los individuos que cru-
zaron el Atlantico en la primera ex-
pedicion del Almirante; y entre ellos
no aparece el célebre ^{Ingeniero} ~~Proy.~~ Mas aun!
Coba, que en sus minuciosísimos
escritos jamas se olvida de uno solo
de los sucesos que presenciava, ó de
los actores que en lo que relata figu-
raron, no deslizo por su pluma una
palabra, que autorice a sospechar

tomó parte W. Pérez, en la mas atre-
vida odisea oceánica que la huma-
nidad celebra en sus anales.

El silencio del Genovés es asaz
expresivo, porque no puede aceptar-
se que si Fr. Juan le hubiere acom-
pañado a las Indias, hubiera de-
jado de mentarlo. Asaz expresivo
es tambien la ausencia del nombre
del ^{Inundán} Prior de la lista aludida, por-
que tampoco puede aceptarse en
la hipótesis que combatimos, el
olvido de persona tan principal,
en una Relacion en la que se lee
el apellido de tanto oscuro mari-

nero. Además, que la lectura de las
páginas de los historiadores contemporáneos del descubrimiento de América persuade, de que en el primer viaje de Cristóbal, no cruzó el Atlántico, religioso ni sacerdote alguno. Si en el primer viaje de Cristóbal hubiese cruzado el Atlántico algún religioso ó algún sacerdote, lo mencionarian los historiadores contemporáneos del descubrimiento de América; y no sucede así. El hecho parece inverosímil, si se considera que uno de los propósitos que impulsaron, sobre todo á Isabel la Católica,

a proteger la empresa proyectada por el inmortal nauta fué, el redimir miriadas de almas de la esclavitud del gentilismo; y si se considera tambien, que Colou peclia mástiles para llevar las aguas del Jordau allende los mares y sonaba en la conquista de Jerusalem y en el rescate del sepulcro de Cristo, utilizando el oro que habian de suministrar las minas de Cibao y el Cathay. Sin embargo es, no ya verosimil sino comprensible.

Sabido es, que cuando Colou se presento en Palos, despues de firma-

das las Capitulaciones de Santa Fé, no
bien se divulgaron el destino de los bi-
ques a que referirse la Real Provisión
leída en la iglesia de San Jorge y
el del barco que debería armar el
Genovés y además el objeto del viaje
que se proyectaba, el terror entró por
asalto y sin lucha en los animos
y la fantasía agigantó los peligros
que traía aparejados la empresa
de bucar al O., por donde hasta en-
tonces no sabíase por cierta fe que
hubiese pasado nadie, los confines
del Asia.

El proyecto espantó de tal

modo á los mas averados á las borrascas y á las perfidias de las olas, que los armadores y marineros de Palos y sus cercanias, procuraron eludir las órdenes y mandamientos de los Reyes; y no respondieron á las excitaciones y promesas de Cristobal. La oposición y la resistencia pasiva de los hombres de mar de los aludidos puertos crecieron con tal torcaza, que los Monarcas vieronse en la necesidad de enviar un oficial de la Real Casa, con órdenes para que las autoridades maritimas de la costa, embargaran los buques de sub-

ditos españoles que eligiese Colón; y para que obligasen a los patronos y marineros a embarcarse a las órdenes de éste y tomar el rumbo que él quisiera. Tales mandatos resultaron estériles. Lejos de variar la actitud de las tripulaciones y los armadores, hicieron general la desobediencia. "Vanamente, escribe un historiador ilustre, procuraban los alcaldes por su parte y por la suya el continuo de los Reyes Juan de Penálope, estimular, apremiar y compeler a los pilotos y marineros a embarcarse en los navios abando-

nados desde que el embargo se hizo, "El envío del corregidor especial Juan de Cepeda; el apresto de la fortalera de Palos para hacer uso de la artillería y llevar al extremo la imposición; las cartas y sobrecartas que probaban el interés y empeño de los Reyes en el apresto de la armada (34); ningún otro resultado alcanzaron, apelando los marcanes a' cualquier recurso, incluso el de ausentarse de la localidad, porque no era cosa de ir en busca de tierra no oída ni sabida."

Si consideráis que todo esto

ocurrió, apesar de la popularidad
de que gozaba el Genovés entre los au-
daces marinos de la comarca á donde
se trasladó desde Granada y de los
auxilios personales y recomendacio-
nes de Sr. Pérez, reconocieris que la
popularidad del Genovés, los auxilios
personales y las recomendaciones de
Sr. Juan Pérez, no bastaron á ven-
cer las repugnancias concluidas
en los hombres de valor mas severo,
por el pavor que les inspiraban
el jamás surcado Tenebroso, limi-
tado por un abismo segun la creen-
cia mas común, y un plan jurga-

do imposible por cosmógrafos y ma-
rinos muy peritos en Lisboa y Córdo-
ba.

Si el Genovés y el ^{Inordin} prior no con-
siguieron atraer á la arriesgada
empresa, á los mas identificados
con las olas, no es extraño que no
coniguieran atraer á la arriesga-
da empresa frailes. Es una ver-
dad histórica bien definida (35),
que habria fracasado la expedición
intentada sino hubiese conocido
Cristóbal la familia de los Pinzones,
cuando hallabase decidido á dar-
se á la vela en tablas, tripuñadas

por presidiarios.

Martin Alonso entró en el proyecto; prestó sus buques, su hacienda, sus servicios personales y los de sus parientes y amigos de aquel; y todo cambió de faz. En un mes, dicen á una los cronistas y los testigos que declararon en el pleito ya varias veces citados, estuvieron equipadas y dispuestas para zarpar la Santa Maria, la Pinta y la Niña. El gran marinero, solo se curó de proporcionar á Cristóbal carabelas y tripulantes prácticos, cuyo valor y cuyas dotas fueron garantía en la difícil expedición que

se intentaba hacer. El gran marinero, solo se curó de facilitar la ejecución de la empresa que el italiano había concebido. El gran marinero su fin, solo se curó de tomar medidas para afrontar y vencer los peligros de una navegación arriesgada. Harto lino, pues sin su concurso el proyecto patrocinado por los Reyes, se habría malogrado.

La expedición la armó Martín Alonso y nada más que Martín Alonso; y la armó, atento a los intereses ya defuicidos. Quien no pudo arrastrar tras sí, lo que sin

Pinzon no habria tenido, no maravilla
que ni aun auxiliado por Fr. Peron no
inflamase el heroismo en el pecho de
un solo fraile. Se embarcó sin él,
porque el propósito principal que
animábale emanaba de un deseo cien-
tífico que realizado, le colmaria de
gloria y poder. Es verosímil el creer,
que el guardián tuvo algo más que
conatos de acompañar a su ilustre
amigo; y que los deberes de su cargo
impidieronle el complacerse, yendo
a las Yndias. Ved como resulta expli-
cable el fenomeno de que no formara
parte de la primera expedición a las

Indias, hombre alguno consagrado al
servicio de Dios. El hecho nos inclina
a pensar, que no sea verdad, como al-
gunos historiadores dicen, que en los
días que vivió Cristóbal disponien-
do su viaje, Fr. Antonio de Marche-
na hallábase en la Rábida. Si tal
hubiese acontecido, es casi seguro que
la palabra de Fr. Juan Pérez, empu-
jando la fe que el astrólogo tenía
en los projectos del gran marino,
hubiese conseguido dar á los maes-
tres, pilotos y tripulaciones convenci-
dos por Pinxón, la buena compañía
de un religioso. Esta demor-

trado pues con razones solidas, que el
guardian de la Rábida no se embar-
có con su amigo Cristobal, el 3 de Ago-
sto de 1492. Tampoco lo hizo en 1493.

En la segunda expedicion
del Genovés fueron a las Indias, el
segundo Doctor Chanca, fray Juan de
Bisio, fray Juan de la Dueta llamado
el Bermejo, el marino Juan de la
Cosa, el intrépido Alonso de Ojeda,
Pedro Margarite, Bernal Diaz de Pisa,
Juan Aguado, Alonso de Valencia,
el santiagués Olmos de Ayala, J. de
Rojas, el Comendador Arroyo, fray
Bernardo Boil que fué de vicario

apostólico, y que Abad después de San Miguel de Cuixá, entre las rocas y los precipicios de la montaña cantada por Virnes, allá en las soledades de la ermita de las Trinitad donde vivia entregado á la contemplacion, tradujo de Religione y varios religiosos más, desconocidos todos, excepto Fr. Roman Pano.

Ahora bien; si Fr. Juan Pérez, confesor de la Reina, persona tan querida de sus monarcas, que sin la amistad que profesó á Colón y el apoyo que dispensase al proyecto, tal vez, y sin tal vez, no habrían

ido a las Indias las carabelas zar-
padas en Palos en un día solemne,
hubiese querido cruzar el Atlántico
con el Genovés, ¿creeis que los Reyes
Católicos hubiesen entregado la bula
de Alejandro VI, al P. Boil? En
modo alguno. Van elevado honor
lo habrían conferido al venerable
guardián de la Rábida.

La férrea ley de la lógica nos
obliga a decir, que los historiadores
que en sus textos nombran a N. Juan
Pérez, cometieron un error. Confun-
dieron al guardián con el astrólogo.
Escribieron el nombre del guardián,

en lugar del nombre del astrólogo. Rec-
tificad la equivocacion; y serán acep-
tables. Concordados con la carta varias
veces aludida, servirán para demos-
trar, que fué á las Indias en cali-
dad de astrólogo en la expedicion de
1493, Fr. Antonio de Marchena. Gouza-
ga escribe Ad has partes secunda
navigatione trajecore. Con esta frase,
entienden algunos que el fidedigno
cronista quiso decir, que el fraile
que nombra pasó á las Indias, en
el segundo viaje de Cristóbal. Y otros
entienden, que con la citada frase
quiso decir, que el aludido fraile

Uegó a las Indias tras una navegación
afortunada, porque las palabras se-
cundus y secundare, cuando de mate-
rias náuticas se trata, significan fe-
liz, prospero, prosperar y hacer feliz.
En este sentido, exclaman, las usa Pro-
percio en sus elegías, dignas de las Gra-
cias según Pouchay (35).

En este sentido, añaden, úsalas
el desterrado en Tomos (36). En este
sentido demuestran que las usa Tácito;
y por en c^o la vista dos páginas muy
conocidas de los Anales. La discusión
de ambas opiniones no ofrece interés
alguno para nosotros, según vais a ver.

Queda demostrado que los actos
imputados por Gouzaga á Fr. Juan Pe-
rer los ejecutó Fr. Antonio de Marchena,
pues dió al astrologo el nombre del
guardian. Sitá demostrado que el
astrologo no acompañó á Cristóbal
en su primer viaje. Pues el P. Gou-
zaga se refiere al verificado en 1493,
traduzcais como querais la frase
secunda navigatione, dado que aquél
fue mas prospero aun que el anterior,
porque en él además de que impul-
só siempre las carabelas viento muy
favorable, la alegría y la anima-
cion ni un minuto cesaron de reinar.

a' borclo.

El texto de Wadingo, si rectificais el error que por culpa del de Gomara afealo, es demostrativo de que el P. Marchena fué a las Indias en el segundo viaje de Cristóbal. Lo es de igual concepto, el de Arturo en el Martirologio franciscano, si en la página aludida, desvanecéis la obvia confusión de nombres que la mancha. Y de igual concepto serán demostrativos otros textos citados, si los sometéis a una clarificación habil, en el laboratorio de la crítica.

Ante la prueba producida por los cronistas nombrados, unigum valor

tienen el silencio del Doctor Chanca, las Casas, Mártir y Cristóbal ya indicado.

Los argumentos negativos, en las reglas de la lógica, no pueden alegarse como medios de probanza contra los afirmativos. Y de la circunstancia de haber estado presente en el acto de la consagración de la iglesia de la Habela Sr. Bernal Boil Vicario apostólico, no puede deducirse como imposible, el que otra persona oficiara la primera misa oída en el Nuevo Mundo. Que el célebre benedictino sacrificara euella, ninguno de los escritores que la presenciaron afirmalo. Cabe que el P. An-

tonio la dijere y el Vicario apostólico hu-
ciera las otras solemnidades del rito, ben-
dijere el templo y practicara las demás
ceremonias. Existen indicaciones de que
la primera misa celebrada en la Yabe-
la lo fue por hijos de San Francisco.

Gonzaga, ya sabeis lo que escribió y co-
mo debe ser interpretado lo que escribió.

Rese al Mtro. Fr. Alonso Remon (37), en-
tre los primeros religiosos enviados a las
Yndias, los hubo franciscanos (38).

Puede pues conjeturarse con acier-
to, el viaje y la celebracion de la prime-
ra misa que atribuimos al P. Marchena,
Aunque prescindais de otros datos que

dan solides a la opinion sustentada.

Y nada mas sabere hoy del venerable religioso, cuyo nombre ha parado a la posteridad, rodeado de aureola tan resplandeciente, qual la que agracia el del eremita Fr. Roman Pano, suavizador de los infortunios del indio. De Fr. Antonio volveremos a hablar, en paginas posteriores. Coged para el estrellas, a fin de que podais tejerle la quinquialda de que es digno.

IV.

Determinación de la fecha respectiva de las visitas de Colón á la Rábida, anteriores al descubrimiento de América.

Fueron tres las visitas que hizo Cristóbal á la Rábida, antes de su primera expedición.

Herido el Genovés en Lisboa por una deslealtad inicua, abandonó secretamente Portugal y se trasladó á España. Oíd lo que dicen, los textos más dignos de crédito.

Escrive D. Hernando Colón, que viniendo su padre de Portugal á fines del año 1484, dejó á D. Diego en la Rábida,

y de la Rábida pasó á Córdoba, donde
estaba la Corte (39).

Herrera, después de referirnos
el viaje del liquor á España desde la
desembocadura del Tago, añade:—A-
portó á Palos de Moguer, de donde se
fue á la corte que se hallaba en Córdo-
ba, dejando su hijo en el monasterio
de la Rábida media hora de Palos, en-
comendado á Fr. Juan Pixer de Mar-
chena, guardián de aquella casa, al-
go cosmógrafo y docto en letras hu-
manas (40). Y el P. las Casas, con tem-
poraneo de Colón y muy amigo de
la familia de éste, dice:—Salio de

Portugal por el año de 1484, ó al principio del año de 85, y tomando á su hijo, niño, Diego Colón, dió consigo en la villa de Palos, donde quiza tenía cognoscimiento con alguno de los marineros de allí, é tambien por ventura con algunos de los religiosos de Sant Francisco, del monesterio que se llama Santa Maria de la Rábida, que está fuera de la villa, un cuarto ó algo mas de legua, donde dejó encomendado á su hijo chiquito Diego Colón (41).

Segun el testimonio de los tres respetabilisimos historiadores, Colón, á

su salida de Portugal, se detuvo en la Rábida. Los citados asertos hallanse conformes con la declaracion prestada por el fisico Garci Hernandez en célebre pleito; declaracion un tanto oscura, aunque no indecifrabable, y tenida por fuente historica de luz muy pura. Dice asi; y contesta á la pregunta decimotercia del Fiscal:— Fue sabe que el Almirante D. Cristobal Colón, viniendo á la arribada con su hijo D. Diego, que es agora Almirante (1492), á pie, se vino á la Rábida, que es monasterio de frailes en esta villa, el cual demandó á la porteria que le diesen para aquel

niñico, que era niño, pan y agua que
bebiese; y que estando allí endè este testigo
un fraile que se llamaba Fr. Juan Pérez,
que es ya difunto, quiso hablar con el
dicho Cristóbal Colón, e viendolo dispo-
sicion de otra tierra e reino, ajeno en
su lengua, le preguntó que quien era
e donde venia; e que el dicho Cristó-
bal Colón le dijo: que él venia de la
corte de S. A., e le quiso dar parte de
su embajada, a que fue a la corte e co-
mo venia; e que dijo el dicho Cristóbal
Colón al dicho Fr. Juan Pérez como habia
puesto en plática a descubrir ante S. A.,
e que se obligaba a dar la tierra firme

(de esto trataba el pleito), queriendole a-
yudar S. A. con navios e' las cosas pertene-
cientes para el dicho viaje e' que convi-
niesen; e' que muchos de los caballe-
ros y otras personas que asi se falla-
ron al dicho varonamiento, le volaron
su palabra e' que no fué acogida,
mas antes facían burla de su varon,
diciendo que tantos tiempos acá se
habian probado e' puesto navios
en la buscar, e' que toda era en
poco de aire, e' que no habia varon
dello; que el dicho Cristóbal Colón,
siendose su varon disuelta en tan
poco conocimiento de lo que prome-

tra de facer e' de cumplir, e' se vino
de la corte e' se iba derecho desta vo-
lla a' la villa de Huelva para hablar
y verse con un su cuñado, casado con
hermana de su mujer, e' que a' la
sazon estaba, e' que habia nombre Mu-
liar; e' que viendo el dicho fraile su
razon, envio' a' llamar a' este testigo,
con el cual tenia mucha conversacion
de amor, e' porque alguna cosa sa-
bia del arte astronómica, para que
hablase con el dicho Cristóbal Colón, e'
viese razon sobre este caso del descu-
brir; y que este dicho testigo vino lue-
go e' hablaron todos tres sobre el caso,

é que de aquí eligieron luego un hom-
bre para que llevase una carta á la
Reina D. Isabel (q. h. s. g) del dicho Fr.
Juan Pérez, que era su confesor; el
cual portador de la dicha carta fué
Sebastián Rodríguez, un piloto de Le-
pe, é que detuvieron al dicho Cristóbal
Colón en el monasterio fasta saber
respuesta de la dicha carta de S. M.
para ver lo que por ella proveian, y
asi se fixo; é desde á catorce dias
la Reina nuestra Señora escribió al di-
cho Fr. Juan Pérez, agradeciendole mu-
cho su buen propósito, é que le rogaba
é mandaba que luego viera la presen-

te pareciere en la corte ante S. A. é que
dejare al dicho Cristóbal Colón en seguri-
dad de esperanca fasta que S. A. le es-
cribiere: é vista la dicha carta é su dis-
posicion, secretamente se partió, ante
de media noche, el dicho fraile del mo-
nasterio, é cabalgó en un mulo é cum-
plió el mandamiento de S. A., é pa-
reció en la corte; é de allí consultaron
que le diesen al dicho Cristóbal Co-
lón tres navios para que fuese á des-
cubrir é facer verdad su palabra da-
da; é que la Reina nuestra Señora,
concedido esto, envió veinte mil ma-
ravedises en florines, los cuales trujo

Diego Prieto, vecino de esta villa, é' lo
dió' con una carta á' este tertigo para
que los diere á' Cristóbal Colón, para
que se vistiere honestamente y merca-
se una bestezuela é' pareciese ante
S. A.; é' quel dicho Cristóbal Colón
recibió' los dichos veinte mil marave-
dies é' partió' ante S. A., como di-
cho es, é' consultaron todo lo suso-
dicho, é' de allí vino proveído con
licencia para tomar los dichos na-
vros quel señalase que convenia
para seguir el dicho viaje; é' de es-
ta fecha fué' el concierto é' compañía
que tomó' con Martin Alonso Pinzon é'

Vicente Yáñez, porque eran personas suficientes e sabidos en las cosas de mar, los cuales allende de su saber e del dicho Cristóbal Colón, le aviaron e pusieron en muchas cosas, las cuales fueron en provecho del dicho viaje; e de esta pregunta esto sabe (42).

Analicémosla. Todo lo que en ella aseverase hasta la palabra Muliar, consta al testigo, porque estaba en la Rábida, cuando llegó al monasterio Colón; y lo aseverado después de la palabra Muliar, consta al testigo, porque fue llamado al convento para que hablase con el Genovés. Luego el finco alu-

de á sucesos, ocurridos en dos fechas dis-
tintas. Los narrados hasta la palabra
Mullar, es obvio que refierense al año
1484.

Según el físico, Colón manifestó
á Fr. Juan Pérez que venia de la Corte
de S. A.; y esa corte no podia ser la de
los Reyes Católicos. D. Fernando y
D. Isabel, constituian entonces una
monarquía, singular en la historia.
Tenian derechos separados á la so-
beranía y consejos distintos; y ejercian
á veces la autoridad real por sepa-
rado. Usidos sin embargo, por miras
e intereses comunes y por la mas ex-

quisita mutua deferencia, a nombre de los dos eran ejecutados los actos todos de la soberanía, las firmas de los dos suscribían todos los documentos públicos, veíase los bustos de ambos en la moneda, y en el sello real estaban las armas de Castilla y las de Aragón (43).

Dados estos antecedentes históricos, cuando el guardián preguntó de donde venía al futuro descubridor de América, si este hubiera venido de la Corte española, habría contestado que de la de Sus Altezas. Si dijo de de la de Su Altera, claro está que a Lisboa se refería

ria.

Recordad ahora lo que en el vecino
pais habiale ocurrido. En Portugal
encontró: — un rey, que le oyó con mu-
cha atención y le otorgó su asentimien-
to (44); una Junta de maestros y o-
bispos, que recibió mal el proyec-
to grandioso y atrevido que le fue
consultado; y un Consejo Supremo
que lo rechazó, aceptando las ra-
zones dadas por los médicos del
rey y los mitrados y aduciendo a
dunas otras, de índole no científica.
En Portugal encontró un Diego
Ortiz, que propuso a S. A. un me-

dio seguro de entretener con dilaciones
y esperanzas al italiano, y de comprobar
si encerraban verdad las teorías sostenidas por éste. En Portugal en fin,
encontró un rey que se prestó á que
subrepticamente se trazaran cartas
nauíticas, según las indicaciones dadas
á Cristóbal y que pretextando un envío
de hombres y víveres á las islas de
Cabo Verde, dispuso una carabela
con la orden reservada de caminar
hacia el O. hasta hallar las tierras
que sospechaba existían el hijo ilus-
tre de Génova. La frase muchos de
los caballeros y otras personas que

asi se fallaron al dicho razonamiento, —
— es decir, al en que se obligaba á dar la
tierra firme queriendo ayudar
S. A. con navios é las cosas pertenecien-
tes al dicho viaje é que conviniera, —
se refiere á los sucesos apuntados. Ca-
balleros y personas de España, en épo-
ca alguna le volaron su palabra.

En España conquistó desde el
primer instante, los entusiasmos ex-
plícitos de la Reina y la atencion re-
flexiva del Rey. En España contra-
riáronse dilaciones, causadas por lo
pobrero del Erario y la guerra de
Granada; tuvo adversarios que no

le suministraron proteccion, ni le trataron
con crueldad; hablo' a' un trono que ja-
mas faltó a' lo que le prometiere; y genio,
yo en el primer dia de su llegada, pro-
tector, que lo ampararon con lealtad.

Léese en la declaracion, que
Cristóbal demandó a' la porteria del
convento que diesen para aquel niño,
que era niño, pan y agua para
que bebiese. Niño era D. Diego, cuan-
do salió Cristóbal de Portugal; y niño
chiquito. Léese tambien, que los caba-
lleros y otras personas que le habian
volado su palabra decian: - Que
tantos tiempos acá se habian probado

en la buscar (la tierra firme), e' que todo
era un poco de aire, e' que no habia ra-
zon dello. Visiblemente aluden estas pa-
labras, a' las frustradas exploraciones
maritimas de las Indias, de Portu-
gal, que hasta el año 1488 no fran-
queó en el Tormentorio, las puertas
que le abrieron el paso apetecido
por el principe insigne que fundó
el Instituto de Sagres para atraer
a' Lisboa los manantiales del oro, y
al Cristianismo y a' la civilizacion
que tiene su cara solariega en Belén
y sus pergaminos nobiliarios en el
Golgota, pueblos y razas infieles.

Visiblemente aluden á los tiempos,
en que Portugal no habia hallado las tie-
rras ignotas que buscaba. Visiblemente
aluden en fin, á los en que el licenciado
Calkadilla pronunció este grave dis-
curso:— La tendencia de Colón no es o-
tra que distraer la atención, agotar
los recursos y dividir la fuerza nacio-
nal, ya harto debilitada por las re-
cientes guerras y pestes. Mientras su
poder estuviere así roto y disperso en
remotas, inútiles y ociosas expedicio-
nes, se hallaría Portugal peligrosam-
ente expuesto á los ataques de su ac-
tivo enemigo el rey de Castilla..... Ya

se ocupa S. A. de suficientes empresas
de cierto provecho, y no tiene para qué
empenarse en otras fantásticas y vi-
sionarias.

En la declaración de Garci Her-
nandez se dice:— y viendolo disposi-
cion de otra tierra e' reinos ajeno en
su lengua. Estas palabras retratan
al Colón del año 1484. El Colón del
año 1484, en su aspecto exterior y en
su idioma, pregonaaba un origen
extranjero.

Sin necesidad de razonar mas,
puede pues darse como probado que
el monasterio de la Rábida lo visitó

por primera vez Cristóbal, a su salida
de Portugal. Confirma el aserto una
declaracion prestada por el vecino de
Palos Fernando Valiente, al contestar
a la pregunta de cima del fiscal W.
Malobos. Dice así:— Lo que se sabe
de esta pregunta es, que Don Cristóbal
Colón antes que fuese a negociar con
los Reyes Católicos sobre el descubrimien-
to de las Indias, vino a la villa de
Palos a buscar favor e ayuda para
ir al dicho viaje, e posó en el monas-
terio de la Rábida, y de allí venia
algunas veces a la villa de Palos e ha-
blaba con un Pero Vazquez de la Fron-

terra, que era hombre muy sabio en el arte de la mar, e' habia ido una vez a hacer el descubrimiento con el infante de Portugal; e' este Pero Vazquez de la Frontera daba avisos al dicho Colon e' a Martin Alonso Pinson e' animaba la gente e' les decia publicamente que todos fuesen a' aquel viaje, que habian de hallar tierra muy rica; e' esto que lo sabe este testigo porque vio' a' dicho Colon e' oyo' decir lo que tiene dicho al dicho Pero Vazquez de la Frontera, e' lo decia publicamente en las plazas en este tiempo, e' este testigo vio' que

el dicho Colón é el dicho Martín Alonso
se oydaban hablando é negociando
ambos juntos, é vió que Colón se par-
tió é se dijo que iba á la corte á nego-
ciar con los Reyes Católicos que le die-
sen dineros ó recabdo para su cami-
nar el armada etcétera (48).

Acerca de los hechos narrados
después de la palabra Mullar, no ca-
be dudar á que fecha se refieren.
Hernando Colón dice, que después
que su padre, hubo gastado inutil-
mente, largo tiempo en la corte y con
el Duque de Medinaceli, fuere al
convento de la Rábida. Herrera,

que Colón pasó en la Corte cinco años, transcurridos los que marchó a la Rábida. Y el P. las Casas, que Cristóbal se encaminó al convento nombrado, al ver que no adelantaba gran cosa, ni en la Corte, ni cerca de los Duques de Medina Sidonia y Medina Celi. Los textos citados confirman lo que Garci Hernández asevera; y lo que Garci Hernández asevera, confirma los textos citados.

Después que Dr. Juan, el físico y Cristóbal hablaron todos tres sobre el caso, fué confiado al piloto de Lepe el encargo de llevar una carta a la Rei-

na. Catorce dias despues, escribió Gabel
la Católica al P. Rover. A seguida este, ca-
balgando en un mulo se presentó en la
Corte. Logró su proposito; y no bien la
ilustre Señora concedió lo que su antiguo
confesor deseaba, envió á Cristóbal veinte
mil maravedises en florines, los cuales
trujo Diego Prieto. Recibidos por Colón,
partió este ante S. A.; y de la prerencia
de S. A. vino proveido de un permiso
para tomar los navios que señalase
y que demandaba. Los sucesos indica-
dos sucediérouse sin interrupcion. Se
sabe la fecha cierta en que alguno
de ellos aconteció. De todo lo cual de

dícese que en 1491 visitó por segunda
vez la Rábida el marino de Génova.

Por tercera piso aquel claustro en
1492; y no es lícito dudarlo. Por decirlo
así, es de dogma el creerlo. La histo-
ria dice, que el 12 de Mayo de 1492 salió
Cristóbal del Real de Santa Fe con di-
rección a Palos y se hospedó en el
monasterio. Le dijo adiós, una
de las mananmas mas benditas que
nunca han inundado las casca-
das, de luz de oro y penascos de za-
fir, del sol de Andalucía.

V.

Salida de Colón de Portugal.

Nación alguna ha amado á otra jamás, con la justicia que idolátranse Portugal y España. La naturaleza es idéntica, donde el Gajo arrastra rubies, perlas y orientales záfiro que brillaron en las coronas de Guarrázar y donde el Gajo entra en su sepulcro, tallado por Dios en el inmenso diamante líquido, que llamais Atlántico. El país emblesador que se descubre desde las ermitas de Córdoba ó desde el Miguelete, asemeja al emblesador país que se descubre de

de mil picos, coronados de madre set
va su la antigua Lusitania. Uno
mismo parecen, el cielo estrellado de
las noches de la Alhambra o' el de las
noches de la ciudad en que tiene su
tumba ornada de millares de san-
dalias de peregrino, el Apóstol y el
cielo estrellado de las noches de San-
tarem y de Coimbra, - de la Coim-
bra sabia!, que por su Universidad,
sus limoneros y sus jardines, pare-
ce Salamanca recortada en el dul-
ce regazo de Sevilla. El sol que abre
los capullos en las florentas del Gua-
dalquivir y el Júcar, filtra su

luz en la espesura que forman los sauces y los cedros del lugar de las Lágrimas, hace brotar margaritas en las quiebras de las áridas y desnudas rocas del Moncayo y abrillanta las nieves del Monsen, al ponerse, diáscis que es una granada de oro desfaciéndose en lluvias de piedras preciosas, ya lo contempléis al borde de las rias de Galicia ó del desagüe del Miño, al pie de los avellanos de la costa de Cataluña ó desde los pensiles de Belén y entre los jaramineros de Ciutra.

Hojead los fastos de la literatura

ra española y los de la literatura veci-
na; y decidme, si podéis conocer bien
la de los Luises, ignorando la que en-
noblecce la lengua no tan sonora y
múrgica como la del Pérsiles, si mas
saturada de perfume oriental en Las
Lusiadas, que en los poemas patrios,
y mas rica en palabras árabes, voces
y giros que en Meléndez y Moratin,
en las páginas del enciclopedico Fr.
José Agustín Macedo, el improvisa-
dor Barbosa, Diniz y Filinto, ó en las
metamorfosis de Castillo, las trovas
de Palmeirim, los himnos sagrados
de Lemus y las marisias versifica-

das de Gómer. N. Agustín de la Cruz
y Antonio Ferreira (46), casi son los
únicos que no sacrificaron en el ab-
tar del número español; los Macías
y Alfonso X escribieron en la lengua, cu-
yos orígenes han investigado entre
otros, Gouza, Duarte Núñez y Amador
de los Pios (47); el trovador portugués
cantó en castellano; en la corte de D.
Manuel el Feliz sonó el habla de los
Mauriques; maguado está el Can-
cionero de Resende de cantigas, glo-
sas, trovas, requetas y derires, que
a pesar del matiz que les dan al-
gunos modernos nos pertenecen (48).

y Camoens nos tallo' versos dignos
de las Gracias, — de las deidades, que
do quier asentaban el desnudo y
blanco pie, hacian brotar claveles.

Las coplas atribuidas al coetaneo
de Mauvegato Guesto Ausúrez (49),
ufanan a' Galicia y ufanan a' Por-
tugal (50). Va unido al del Condes-
table de las siete Partidas (51), ami-
go de los más celebrados ingenios
de la corte de D. Juan II, sobre todo
del sabedor e' bem falante, danos
trouador sentido y cronista abastante,
y victima de cruel celada en Alfa-
mobera, — el nombre del inuitador

de los Ayalas y Santa Marías, que
manejó con propiedad el habla del
Laberinto y ganó por de esforzado
en la batalla en que recibió, como ga-
je de su fidelidad D. Guigo Lopez
de Mendoza, su título más conocido.
El hijo del Duque de Coimbra, que
en los Prados del Rey perdió la espe-
ranza de reinar y para no morir
tuvo que arrojar la sobrevesta, nos
legó Sátira de felice e infelice vida (52),
calcada sobre la Comedieta de Pousa.
Recordad, - porque la lengua del
himno que se cantaba o leía al pe-
negrino en sus noches de vela jun-

to al sepulcro del Apóstol, cultivada
voulá Alfonso X, Macías, el Avredia-
no de Toro, Pero González, el mismo
Marqués de Santillana y Rodríguez
del Padrón, — que las mas antiguas
poesias escritas en el romance, ya
formado en los dias del Obispo Gel-
mirez, estan confundidas con las es-
critas en el habla de Johan Xoáves
de Paiva (53), y en el Cancionero, que
algunos creen sea el libro, que vio
en la morada de prócer insigne,
D.^o Mençia.

Recordad: — que Laca de Miran-
da cincelo' Removoso y cien com-

posiciones más; que Gilvestre (84), el
organista de la catedral de Granada,
elogiado por el Fenix en su Laurel,
y amigo del alma de Luis Barahona,
dió al Cancionero sagrado bellí-
simas flores, obsequio al amor con
discretas galanterias y á la moral
con sensadas advertencias (85); que
Jorge Montemayor, músico y bardo
de peregrino número y energía
sensibilidad, creó bellísima Diana,
dulces y tristes romances, muy lin-
dos cuadros pastoriles y letrillas
del mérito de A coger el trébol da-
mas de Encina, y La Flor de Nur-

guen de Meléndez; que el Lope de
Pueda portugués (56), escribió en
castellano muchos de sus autos; que
debéis a Jeronimo de Cortereal
La batalla de Lepanto, a Antonio
de Fonseca. Ioaris Filis y al titoli-
nico Melo (57), capitulos prosados
con robuster; y que los compila-
res de Fenix renascida (58) y del
Postilhao de Apolo (59) formaron
tan magnificos ramilletes, con
rosas del jardin de la musa que
lava su rostro, en las aguas del
territorio donde el Duero y el Tago
nacieren; y con rosas del jardin

de la musa que lava su rostro, en las
aguas del territorio donde el Duero
y el Tago mueren. Recordad la
perla que pulió Camoens (60). Y
recordad que si la rana ibérica tie-
ne joya de la indole de una de las
que inmortalizan la península
donde el rayo solar truécase en miel
en el Híbla, se debe: - al país, en
el cual el refinamiento, el saber y la
admirable perfeccion de la lengua
coincidieron con el vivir heroico ó á
causa de que este duró más allí, ó
de que aquellos nacieran más tem-
prano que en otras regiones; - al

país, en que los Ercillas Mamase,
Duro (61) y Basilio Gama, y pulso-
ron el harpa apolina el Yufante
D. Pedro y los hijos del vencedor de
Aljubarrota; al país, si humilde
en la crítica filosófica é impar-
cial (62) y poseedor de un teatro (63)
y de un romancero (64) inferiores
al romancero y al teatro de Espa-
ña, que escribió la tragedia Iva
de las magistrales de Europa en
Ynes de Castro (65), nos aventajó en
el cultivo de la épica, y nos habria
aventajado en el de la lírica erú-
dita, de no haber existido Fr. Luis

de Leon; - al pais que baltuceó su
idioma en sentir de algui en, en el
poema de la Cava (66), en los laberín-
ticos versos de Gonzalo Herminguer (67),
en los atribuidos á Egas Moniz (68), en
el canto del origen de los Figueras (69), en
el Cancionero que Carlos Stuard y el Doctor
Bellermañan han dado á conocer in-
completamente (70), en las serranas é de-
sires de Don Dionis Justiniano de su pa-
tria, en las tropas de Alfonso IV, los con-
des de Barcellos (71) y Alburquerque (72) Ga-
ya, Garcia Egaraña, Esteban Armer,
Juan Martinez, Vasco Fernandez de
Carga y Fernán González de Sanabria (73)

y en las Crónicas del Archivo nacional
y de Santa Cruz de Coimbra (74) lo ha-
blo' con los labios del florido Aquiar,
del fácil Velles de Meneses, del culto
Alvaro Brito, de Andrade Caminha
que talló la oda mejor que Ferreira,
de Alvarez de Orizute dotado de una
fantasia rival de la de Camoens, y
en la Malaca conquistada (75) la Odij-
ssea (76) y los Comentaríos de Faria, lo
clotó de firmeza y elegancia que hoy
lo caracterizan en el gabinete de Estu-
dio Barros y del Priso'stomo Vieira,
y lo pervirtió bajo la pluma de gon-
gorinos númenes, entre los que solo

Jr. Jerónimo Bahia y Jacinto Freire de
Andrade deben ser recordados;— al país,
que en el género ennoblecido por Pia-
daro ha amamantado un Garçao, un
Francisco Mannel, un Garrett (77), un
Mendes Leal y un Feliciano del Castillo,
en el ilustrado por Tácito un Couto, un
Lucena, un Fr. Luis de Sousa (78) un
Herculano, y en el inmortalizado por
Cervantes, un Piveiro y cien mas;—
al país que entre sus curiosidades
posee una épica mirárate y una li-
teratura creada por los judios (79)—
al país en fin, que ha producido gran-
des filósofos (80) y grandes matematicos (81)

y que nos disputa el Armadís de Gau-
la, el Palmerín de Inglaterra y las
mantillas de Paulo Oroño (82).

Si hermana de leche la litera-
tura española de la portuguesa, com-
plemento es la historia de Portugal de
la de España. Es común el padre
de ambos países; y se confunden las
glorias y las culpas de uno y otro. Tan
heroica fué la cuna de la monarquía
que tiene por atributo un tronco con-
tinuo con la madera y el acero de
las lanzas, espadas, armaduras y
tambores de Ourique, como la cuna
de las monarquías que hicieron en

sus escudos barras rojas ó castillos. Man-
chas de sangre real castellana ennoblecen
Vizeu; y manchas de sangre real por-
tuguesa ennoblecen Tarifa. Juntos
peleamos contra los defensores de la me-
dia luna en mil épicos combates, y
en el mas épico de todos, en el del Sa-
lado. El portugués conquistó Ceuta,
y la conservó, con un martirio subli-
me y con la paciencia del príncipe
constante, á quien la bienaventuran-
za otorgó su mejor palma y sterca
nube de incienso la musa de Calde-
ron; y además clavó la cruz en los
muros de mil ciudades marroquies

y nos precedió en la empresa de llevar
las armas á la Mauritania. Dimos
á la escuela de Sagres sabio director;
y si el lusitano exploró, colonizó, cate-
quizó el Congo y la Guinea y dobló
el cabo de las Tormentas, nosotros des-
cubrimos un mundo, escondido por
Dios en las soledades del Atlántico,
al modo que escondese en un rayo
de luz, ó en la misteriosa distancia,
ó en el silencio de la cumbre y del
bosque, el espectro solar, el eco y las
melodías con que nos saluda ha alon-
dra al abrir su puerta de ópalo
la mañana. Igual carísimo de-

beis al que triunfo en Buena Esperanza
y se estableció en Mozambique y Sofala,
y pacto con el Rey de Cananor y el
radjah de Cochin, á Cabral, á Bartolo-
mé Dias, á Cano, al Almeida que
venció en Egipto y al Almeida que
halló y conquistó las Malacas y Ci-
laín, ó á Castro que hipotecó sus
bigotes en un empréstito á Albuquerque
que el Aquiles de O Lusíadas, el
Marte portugués, el héroe de Goa, á
Gonçal de Albuquerque, á Duarte Pa-
checo y al homérico Magallanes, que
á los Pinzones, á los Cortés y al maestro
de Guetaria celebrado por Balbuena.

Padecieron lo mismo el portugués
y el español, en el calvario de la época
de los Felipes. Los dos impulsaron el mo-
vimiento filosófico de la Edad Moderna.

Si al uno gobernó un Bombal, goberna-
ron al otro Campoviejas y Stranda.
Y idéntica causa se defendió en los mu-
ros de Cádiz, que en las gargantas de lo-
mes Vedras. Alfonso X, según Beller-
mann, ó Alfonso XI, según Varnha-
gen, es el rey aludido en el Cancionero
de fines del siglo XII ó de principios
del XIII, que se conserva en la desem-
bocadura del Tago. El triunfo del
Salado fue tan celebrado por la muse

popular en Portugal como en Castilla,
y solemnizado por Giráldez (83). Un
español es el héroe del libro más her-
moso de Lucca. Hijo de Portugal
fue el que pronosticó que la incons-
tante fortuna jamás podrá poner
menzura en España; e hijo de Casti-
lla el que al comenzar la jornada
de Aljubarrota exclamó, dirigiendo
se á Alvar Perceira:— Al fin sois
los más honrados del mundo, ora
seais vencedores, ora vencidos, porque
si venceis siendo tan pocos y si vence-
mos siendo tantos, toda la gloria
y toda la fama es vuestra! Jamás

nadie extremo le cortaría lo que
Alvarez Brito, al elogiar á los Reyes
D. Fernando y D.^a Isabel. El portugués
tiene que agradecerlos, reinas como
Santa Isabel y Apóstoles como el Apóstol
de las Indias. Matra es un Eco-
nial sin San Quintín; y Barbosa
debe ser tan consultado por nosotros,
cual Nicolás Antonio.

España y Portugal están unidos
por los vínculos de la configura-
cion geográfica, de la fe religiosa,
de las costumbres y de la raza. Iden-
ticas son las faltas de los dos países;
no es posible injuriar al uno, sin

que la afrenta caiga sobre el otro; por lo cual completarse: — el soldado que peleó en las Navas y el que en la muerte de D. Enrique y el día de Aljubarrota dió base de diamante al trono que ha ornado siempre la efigie de Cristo; los audaces que se embarcaron en las carabelas Colombinas y estuvieron bajo el árbol de la Noche triste, los que admiró el orbe al verlos explorar el Plata, el Amazonas, la Florida y la Melania y los que complacieron en cubrir con la púrpura de sus reyes las tierras ignotas del Occidente y los que cercaban el pirata árabe; el mar de co-

ral y de fuego (84) y el Diabolo, — herois-
mos que recuerdanos, las columnas
formadas por mástiles, cordajes y o-
tros emblemas de la antigua mari-
neria de Portugal en el templo de los
Jeroñimos, que es á la vez, Iliada
de piedra y album en el que estan
empadronados en el mundo de la
eternidad, reyes illustres, un descubri-
dor sublime, un Homero y un Livio
que no exceden en mérito á Homero
y á Livio (85).

Si! Complétanse estos heroes, al
modo que los dos grandes bardos de
la naturaleza de los siglos modernos,

el cantor de la poesia de los rios y de los
vejeles, y el cantor de la poesia de las a-
guas y de las islas oceanicas:— Garci-
laso y Camoens. Completanse las glo-
rias de Portugal y España, porque el
alma de España y Portugal es una,
partida en dos. Y por ser el alma de
ambos países una, partida en dos,
pueden ser las dos naciones una, sin
renunciar a sus respectivos laureles.
Hoy mismo, la patria de la entidad
Portugal, es España; y la patria de la
entidad España, es Portugal.

Entre los vínculos que unen
las dos naciones con lazo indisoluble,

hay uno muy importante.

El español y el portugués, dotados por Dios de carácter aventurero, asimismo, civilizador y propagandista, de imaginación viva y altísimo patriotismo, hijos de una raza huetética, audaces en la guerra, y renuados en el sacrificio; han nacido para educar, enaltecer y redimir razas; para cortar cadenas en los Cáucos del despotismo y de la idolatría; para humanizar el Africa y verter los perfumes del alma de Europa sobre la virginal América; para erigir un altar a la justicia y a la

dignidad, entre los nopales y las mag-
nolias del país natal de los desertos y
del país natal de los edenes. Por esto,
el uno fue al Asia, dormida entre
las ruinas de sus templos y á la som-
bra de sus sagrados bosques, á estimu-
larla á despertar á la voz de Dios que
siempre la ha llamado á cumplir
un gran destino, y además al Africa
que unió las premisas de la civiliza-
ción oriental y las conclusiones de la
civilización europea (86). Por esto, el otro
descubrió y civilizó América. Ambos no
han ejecutado estos trabajos sublimes ais-
ladamente, pues han colaborado uno

y otro, en sus tareas respectivas.

Portugal nos ayudó en la de civi-
lizar América; y además..... Co-
nocido es el odio del indo-europeo al
Semítico, que pertenece á una raza
negativa y autitética en la histo-
ria, enemiga del politeísmo, intol-
erante, dotada de una fe cega, des-
poseída del espíritu de pueblo, egoísta,
sin voluntad, sin vida política, estacio-
nada, — que al obrar exclama Dios
lo quiere y al pensar Dios lo sabe; que
sacrifica en las aras de una ciencia
que no es original; que por tener
prohibido el reproducir la naturaleza,

esta privada de las caricias de la estatua-
ria y la pintura; que no conoce más
artes que la música y la lírica; y que
oye gemir su espíritu en la mar-
morra de la esclavitud y la servidum-
bre. Apesar de su inmovilidad, de
su aislamiento, de sus serrallos, de su
idolatría al ideal primitivo de su
raza, el semita es susceptible de mo-
verse; y moverse, siempre que al-
gun profeta hablale, á nombre de
una pasión superior. Entonces le
avarama el odio, y truce su Dios, su
Dios de terribles venganzas. Y hé aquí
la idea, originaria en el semita, de su

servidumbre cuando obedece y de su
indocilidad cuando rebelase, — indocilidad que le conduce a la indisciplina, a la discordia, a la inferioridad militar.

Gotas de sangre de esta rara que no tiene su personalidad, vengativa, degradada, ya por la servidumbre, ya por la anarquía, mezclaronse con la sangre de los mauritanos, los berbericos y otros mil pueblos errantes y salvajes del interior de Africa; y de este cruzamiento han nacido seres, q. anhelan ser reclamados de la barbarie y recibir la brótia de luz

de la civilización.

La necesidad de educar, ilustrar e infundir las ideas de libertad y derecho á tan desgraciadas gentes, es obvia. Dios ordenó que la satisficiera á España, tan apta para derribar tiranías y romper la argolla de la esclavitud, por sus tradiciones, su situación geográfica, su espíritu asimilador, y su carácter emprendedor y audaz, que le ha impulsado á heroismos escritos con sangre en los países todos del Orbe; — á España! separada de Africa por una cinta de agua.

El afán de vengar el agravio de

Guadalete, sentido por el soldado de Co-
vadonga y por el soldado que conquistó
la ciudad del Bajo, truécase su de-
seo de llevar la cruz al Africa: — en el
rey que clavó el labaro de Cristo en
el torreon de Aruda y holló los picos
de Sierra Abosena; en los que llevaron
con medias lunas, los negros caballos
de los monarcas aliados en las Navas;
en el aragonés que después de haber
arrojado al invasor de Valencia y de
Mallorca, marchó al Africa con Pe-
dro III y Alfonso V, y en el castellano
que se disponia á embarcarse en la
escuadra que aprestaba San Fernando

para cruzar las aguas que nos separan
de la Libia; en Alfonso X y Alfonso XI;
y si no lo ocasionó la casa bastarda, ins-
piró una de las bellísimas cláusulas tes-
tamentarias de Isabel la Católica y lle-
gó al más español de los genios a Orán,
y al Emperador y a D. Juan de Austria
a Túnez. Portugal ha sido siempre co-
laborador de España en la obra de gra-
bar la idea de la civilización en el tron-
co de las palmas de la Libia, pues la
conquista de Ceuta, la paciencia del
príncipe constante, los muros enan-
grentados de Azamor y Arcilla, Sagres
y la triste luna que alumbró los a-

marillos vuestros de los cadáveres de Alca-
traquivir dicen, que hay un solo espiri-
tu y un solo permanente, en la vara
íbera.

Y he aquí bosquejado uno de los
títulos mas grandes de Portugal, pa-
ra merecer el camino de España. Otro
lo encontraréis, en la historia de las
navegaciones oceánicas.

En 1476 se estableció Colón en Li-
boa, porque deseaba dedicarse a ha-
cer expediciones más útiles que las
que hasta entonces había emprendi-
do, y porque habiéndose iniciado en
las costas lusitanias todos los viajes

de descubrimiento, en el Océano verificado
en los lustros transcurridos del siglo XV,
en la desembocadura del Tago había
un gran centro de actividad y cultura
nauítica.

Allí continuó sus estudios e inves-
tigaciones científicas; enardeciósele
más y más la sed de instruirse; a-
cabó de familiarizarse con la vida
marítima; y contrajo íntima amí-
tad con los marítimos más afamados
de la época. La hija de uno de estos,
le dió su blanche main y un niño
llamado Diego.

En posesión de un gran cau-

dal de noticias y conocimientos prácticos y de cartas y aparatos náuticos, excelentes, aspirando á la par las brisas de un hogar feliz y las de sabiduría que aleteaban en el país más entendido entonces en el arte de la navegación, oyendo á toda hora hablar de las teorías elaboradas por los discípulos de la escuela de Sagres y de los hallazgos de nuestros vecinos por las costas occidentales de la Libia; en Portugal, tras largas vigiliias consagradas al cálculo especulativo, á la correspondencia científica y á herborizar datos útiles en los muelles, en las plazas

y en todas partes, maduró la idea de
buscar, navegando la vuelta de Occiden-
te, atravesando el temible y temido
Atlántico, el vellocino de oro que pensa-
ba adquirir D. Enrique por otra vía.

¡ Idea sublime, que floreció y fructi-
ficó por obra del estudio, de las obser-
vaciones detenidas y de la meditacion
profunda de un hombre, y que éste
defendió con firmeza y confianza,
porque hallábase dotado de gran
carácter, magnanimidad, espíritu fer-
voroso y acrisolado saber! Idea atre-
vida, que tuvo partidarios apenas fue
enunciada, porque la noble digni-

dad de quien la habia concebido, cau-
tibat las almas; y que tambien
apenas fué enunciada encontró en-
migos, porque el tono de altiver y
grandiosidad que daba á sus pre-
tensiones aun en sus dias mas des-
graciados, quien hablaba de igual
á igual á los reyes y no ejecuto
por sí mismo sus planes, por falta
del caudal preciso para armar
los buques que necesitaba, y por-
que como esperaba encontrar gen-
tes no sometidas á legalidad,
alguna, veíase obligado á solicitar
el auxilio de soberanos que pudiese

seu arrogarse el dominio de los vastí-
simos territorios que descubriese y o-
torgarle las dignidades y recompen-
sas que llegara á merecer.

Animado por la munificencia
con que se recompensaba en Portugal
á los descubridores de tierras y persuas-
dido de la sinceridad con que don
Juan II deseaba hallar el paso de la
India, Cristóbal se decidió á pedir
para su teoría protección al trono, ya
que contaba con el aplauso de Cos-
cavelli.

Acercóse al rey y le manifestó, que
si le proporcionase una flotilla tri-

probada, él iría por camino breve al territorio con el cual deseaba comunicarse el insigne monarca. Añadió, que se proponía navegar en línea recta al Occidente, á través del Atlántico; estableció sus hipótesis respecto á la magnitud del Asia; y describió en la real presencia el primer país á que pensaba arribar, la isla de Cipango.

D. Hernando dice, que el monarca oyó á Cristóbal con mucha atención y le otorgó su asentimiento.

Y Barros, que el Genovés, á fuerza de importunar á D. Juan, consiguió que

le escuchara, con aparente condescen-
cia. El rey, escribe el titolívico historiar
dor, tenía á Colón por un tonadoo vaci-
doso. Los que se sientan inclinados á
juzgar así al gran marino, no olviden
que la nota de timo modestia con que se
agravia á los males de Cristóbal,
es una calumnia propagada por los
escritores portugueses de época poste-
rior á la del nauta inmortal; y que
no es verosimil tildarse á este de a-
ficionado á lo fantástico por la des-
cripcion de Cipango que habiale oido,
quien creia en todo lo que de tal is-
la referiase y aceptaba como verdad

bien troquelada, el contenido de los cuentos orientales.

D. Juan consultó las razones de Cristóbal á una junta á la que pertenecian: - el obispo de Ceuta D. Diego Ortiz Castellano; el Licenciado Calradiella (87), mitrado de Viseo de muchas letras, gran matemático y consejero preferido por su prudencia, su piedad y su buen juicio, de la Corona; y los médicos judíos Rodrigo y Joseph, cosmógrafos insignes que habian facilitado su uníon con Martine Behem, el uso del astrolabio en las naues. Los dos maestros y los dos obispos,

o porque los últimos hubiesen aconsejado la navegacion al Asia por via distinta de la ideada por Cristobal, o por otras razones, calificaron de irrealizable e inmensato el proyecto que habian consultado. Los argumentos de los cosmógrafos no borraron la impresion profunda que los del marino genoves habian grabado sobre el espiritu de D. Juan, pues D. Juan convocó el Consejo Supremo y le confió el examen de lo que Colón proponia. El fallo de la nueva consulta, tampoco fue favorable á los proyectos del italiano. En la asamblea reunida, prosperó

el parecer que granizó el Obispo de Ca-
ta, en un discurso frío y cauteloso. A-
quel areópago, por su constitución
y el gran número de individuos que
lo formaban, venia menos condicio-
nes que la Junta de maestros y obis-
pos para comprender la grandio-
sidad y el alcance de la teoría pre-
sentada por el Genovés. La rechazó
por las consideraciones aducidas por
los cuatro cosmógrafos, que concien-
y porque hubieron de parecerles ex-
cesivas las exigencias del marino,
quien pedía que la expedición
proyectada se costeara Portugal

y además de barcos, le concediese títulos, honores y preeminencias personales.

Es creíble que el recuerdo de la mala impresión producida en el vecino país por tales pretensiones, le hicieron formar en España el propósito de ocultarlas, hasta el instante en que contó con la seguridad de que S. M. C. estaban decididos á desprenderse de los mástiles que les demandaba. Por que..... recordadlo bien! Colón en la primera visita á la Rábida, refirió á N. Juan Perez la negativa obtenida en Portugal, pero se guardó bien de aludir siquiera, á lo que

él había exigido se concediese a su
persona por el rey. En Córdoba limitó
tróse a presentar su proyecto a D.
Fernando y D.^o Isabel. Títulos y pre-
minencias no reclamó hasta el a-
ño 1494, es decir, hasta que vio deci-
didos a los Reyes Católicos a darle
algo más que esperanzas ciertas.
Diviase que este proceder preme-
citado obedecía a la idea de que
reclamando pudiese repetirse en
España lo ya ocurrido en Portu-
gal, para que las condiciones que
pensaba imponer si había de
ejecutar su proyecto, no marchi-

tasen el provenir de este, no le con-
venia revelarlas, sino en el instante
en que por estar ya decidida la Co-
rona á favorecerle y entusiasmada
con el plan, la arrogancia de las mon-
juchese perjudicar menos á la fortu-
na del otro.

El dictamen de sus acilicos no satis-
fizo á D. Juan II (88). El astuto Obispo
de Ceuta, fué uno de los cortesanos que
adivinaron que desagradaba al rey
el abandono definitivo del grandioso
y temerario proyecto; y buscó traza
de livorjear á la Corona, señalando
le su camino para no romper las

Negociaciones.

El monarca cometió la perfidia de aceptar el inicuo ardid de entretener á Colón con palabras equívocas, en tanto se enviaba un buque en la dirección que el marino había señalado.

A este fin se pidió á Cristóbal un plan detallado del viaje que intentaba y que lo acompañase de las cartas y documentos expresivos de la ruta que se proponía seguir, á fin de someter lo que se le demandaba, al parecer de los cosmógrafos reales.

Colón satisfizo tal deseo; y pretextando llevar víveres á las islas de

Cabo Verde cual se ha dicho ya, salió de Portugal una carabela, con instrucciones reservadas para seguir el demotero trazado por el Genovés. La aparición del mar de Sargazo aterró á los tripulantes, quienes apresuraronse á volver la proa hacia la madre patria. A larga distancia de las islas de Cabo Verde, airada tempestad les rompió el velamen, les obligó á cortar los mástiles y les puso en peligro de perecer; y en tal estado llegaron á las aguas de Lisboa, donde para excusar el miedo que habian sentido, dedicaronse á exagerar los azarres que aca-

baban de correr en un mar sin fin y
á ridiculizar como insensata, la teoría
del hijo de Génova. Juan de Ba-
rras y A. de Castañeda, ocultan la hiel
del conejo dado al rey por el mitra-
do Ortiz. Fernan de Durro cree in-
vencion, el envío reservado de la ca-
rabela (89). Y Vilhena Barbosa, con el
propósito de separar de D. Juan II la
odiosidad del hecho referido, admi-
te en hipótesis la posibilidad de la
salida de la nave y atribuye el
acto á un meneguado. El suceso q.
nos ocupa ocurrió, porque está com-
probado con lo que testifican his-

toriadores de merecido crédito y fortaleci-
do con datos que narran detallándolo,
el pérfido viaje. Por lo que manifestaron
varios testigos en el pleito seguido entre
D. Diego Colón y el fiscal del rey, sábese,
que la causa principal de haberse
vuelto los que tripulaban la carabela
fui, el pavor que inspiraron á los ma-
rineros las primeras nieblas del mar
de Sargazo, circunstancia expresiva
de que los expedicionarios llevaban sum-
bo, conforme á las manifestaciones
más ó menos explícitas del Garovés.
Y el físico Garcí Hernandez declarava,
que Colón dijo á Fr. Juan Pérez que

caballeros y otras personas que se fallaron al razonamiento su virtud del que se obligaba á dar la tierra firme á S. A. le volaron su palabra. La ini-
cua estratagemas, es indudable que fue
escurejada y acogida. A tal conven-
cimiento arrastran el ánimo los da-
tos aducidos. La verdad del hecho
aceptado, no contradice la parte que
correspondió en la repulsa referida,
á la exorbitancia de las condiciones
de medro personal que Cristóbal que-
ría imponer á D. Juan II. Por excesi-
vas las tuvo éste; mas lo que él bus-
caba con el ardid era, el no abando-

mar el proyecto rechazado y si resultaba posible, el hacer las ventajas de él suyas, a título lucrativo.

La deslealtad del rey indignó al noble hijo de Génova. Dices, que a Juan II hubiere agradado el renovar la negociación fracasada; y que lo intentó, lo testifica la carta que con posterioridad escribió al marino insigne.

Colón resolvió abandonar secretamente Lisboa, por él tan odiada, desde que recordábale un acto de mala fe inaudito, y trasladarse a España, lo cual verificó en 1484.

¿La verdad que el misterio de que

rodeó el Genovés su salida de Portugal,
reconoció por causa el evitar el peligro
de ir á la cárcel, por no poder satisfa-
cer las deudas que le agobiaban?

¿Al creen los que con error, in-
terpretan célebre carta de D. Juan II, y
obvidan, que la conducta ejemplari-
sima, las prendas personales y el ran-
go social de Cristóbal, dan un men-
tir á los que han osado suponer, lo
que dice el gran americano, que
copió en el Alcázar nasavita, los pai-
sajes que se descubren desde el tocador
de la Reina y tomó asomado al aji-
mer del jardín de Lindaraja. Caba-

heroso, dotado del mas exquisito sentimiento del honor y de muy severa conciencia, el 19 de Mayo de 1506, otorgó Cristóbal en Valladolid un codicilo, con el fin de remunerar los servicios que debia.

En el nombre de un solo portu-
gués se lee, en la relacion escrita de pro-
pia mano del inmortal Descubridor,
en aquel documento. La generalidad
de los sujetos, recordados en él, eran ge-
noveses que residian en Lisboa, y que
si hubiesen tenido créditos contra su
paisano, jamás habrian osado pedir-
selos, segun la ultima voluntad alu-
dida nos demuestre. No! Crisó-

bal no abandonó secretamente Portugal
por huir de la persecución de sus acre-
dores. Abandonó secretamente Portugal,
porque asustaron al hijo de Génova los
medios coercitivos que pudiera haber
empleado. Contra él la tiranía, — temer
que parecerá prudentísimo á quien
recuerde que Juan II sabía mandar
degollar duques y arrojar obispos
á las cisternas (90). La epístola en que
suplicó el monarca portugués á Colón,
que volviere á Lisboa, seguro de que
no se le arrestaría, no prueba lo que
Living cree. En una hora ya carac-
terizada, acordárouse de la simpatía

personal que le profesaba Juan II, Cristóbal le escribió. Juan II le contertó; y á fuer de discreto, suspicaz y cauteloso, lo hizo en terminos que diesen á la carta el carácter de un salvo-conducto, necesario en tan accidentada época, á quien quiera que tuviese que tratar asuntos arduos con los turcos. Las seguridades prometidas en el documento que nos ocupa, no holgaban; mas no significan que el Genovés saliese de Portugal, por burlar el asedio de sus acaudales o librarse de ser encarcelado.

Es hoy una verdad dogmática para el historiador, que Cristóbal se

tratado al país más digno de él desde
Portugal, es decir, á España. La hizo en
1484, á la luz de uno de los soles más
perlinos del cielo que envió cien veces
á Santiago, montado en su toro, á
auxiliar al que peleó por la fe aman-
cida en el Gólgota, en la batalla de si-
glos de la Reconquista.

Y hé aquí que nos salta al
paso una tesis, acerca de la que se ha
escrito mucho y muy bueno. Histo-
riadores hay, que reproducen al
Genovés tratando de lo de Portugal á
España, llevando al niño Diego de
la mano ó en hombros, y por dióscan

do. Contra esta opinion se ha excepciona
do, que Cristobal no fue a la Rábida des
de Lisboa por tierra y a pie, ya porque
sea increíble que hiciere asi un viaje
tan largo, ya porque contaba entre
la marineria muchos amigos con que
se tenia confianza para pedirles un
sitio a bordo, ya porque al venir a
España proponiase, en primer termino,
el ir a Huelva y elado que la
entonces villa debiera encontrarla sin
necesidad de llegar hasta el monaste-
rio, no se comprende, escribe un autor,
que parara por delante de la puerta
de la casa que buscaba, sin atravesar

los diñteles de la misma.

Hay tambien historiadores, que nos retratan al Genovés desembarcando en Cadix ó en S. Lucas, y después andando con el místico leguas y más leguas por la costa. Y los hay que dicen, que Colón desembarcó en Palos y desde Palos marchó á Huelva. No se fijan en que la antigua Onuba está al Norte, la Rábida al Sud y entre la Rábida y la antigua Onuba, Palos.

Para resolver la cuestion, hay que estudiarla sobre el terreno ó á la vista de un plano hidrográfico ó leer meditando las páginas concien-

tandas de un conocedor de la topografía
de las localidades nombradas.

"El puerto de Palos - dice un autor
ya aludido, - está situado entre Huel-
va y la Rábida, guardando casi
la misma equidistancia entre el uno
y el otro de aquellos dos puntos; Huel-
va, mirado desde aquel puerto, cae
á la derecha, y la Rábida á su izquier-
da. Pues bien: si se quiere ir desde
Palos á Huelva, preciso es tener enten-
dido que para ello hay dos vías, ma-
ritima, ó mejor mixta de fluvial y
marítima la una, y terrestre la
otra. Por la primera se atraviesa el

Rio Tinto, describiendo una línea obli-
qua que se aleja de Huelva, corrien-
dose hacia la izquierda como quien
se dirige a la Rábida; pero luego se sal-
va el vértice de aquel río y se entra
en las aguas del Odiel hasta llegar
a la Capital. Este viaje viene a ser
como de una legua o poco más.

Por otra parte brevemente
se hace el mismo trayecto cruzando
el Tinto en línea transversal para
entrar en un estero que va dejando
a su izquierda el Odiel; hasta tan-
to que se pleamar junta el dicho
estero o canal con este último río en

El mismo Guelva. Mas cuando la mar
está baja, las aguas del estero no su-
ben hasta aquella ciudad, y en
tal caso hay necesidad de desem-
barcar un kilómetro antes de llegar
al muelle. De todos modos, este se-
gundo viaje por agua desde Palos
a Guelva, puede hacerse en cua-
tro kilómetros durante la pleamar,
y en unos cinco kilómetros en bajamar.

Hay otra vía, que es la terrestre,
desde Palos a Guelva; pero esta no se
hace acaso en tres horas, por el impedi-
miento que opone el hinto, el cual, bifur-
cándose por encima de Palos, obliga al

viajero á dejar á la izquierda la mencionada
de capital, alejandole más y más de ella
por un largo trecho hasta ganar el puerto
de Moguer. Nosotros hemos hecho
esta penosa jornada para poder ha-
blar de ella por experiencia; y, como
es de suponer, quedamos bien hartos del
camino.

Para explicar con mayor
claridad las distancias que de-
termina, el sabio escritor eludi-
do (91) ha formado este Itinere-
rio entre Huelva, la Rábida
y Palos: —————

		Distancias			Tiempo q. se emplea.	
		Kilom. ^s	Metros	Total	Horas	Minutos
De Huelva al convento de la Rábida	Por la vía Odriel hasta el embarcadero en lan- cha.....	6	500	} 7K. 100m.	0	50
	Desde el embarcadero al convento.....	0	600			
De Huelva a Palos.....	Por la vía Odriel en lancha.....	6	0	} 11K. 600m.	1	30
	Por la vía del Tinto hasta el puer- to de Palos en idem.....	4	500			
	Desde el puerto de Palos al pueblo.....	1	100			
De Huelva a la Rábida por tierra	Desde Huelva a San Juan del Puerto, por carretera.....	12	0	} 27K. 00m.	3	00
	Desde San Juan del Puerto a Moguer, en idem.....	5	0			
	Desde Moguer a Palos, idem.....	6	0			
	Desde Palos a la Rábida.....	4	0			

Después de las lecturas que acabáis de ha-
cer, os habréis convencido de que Colón,
brogando desde Lisboa con rumbo a Nueva
va, vióse obligado á arribar á Palos,
ó lo que es lo mismo, que sin suponer
el viaje de Cristóbal marítimo, no es con-
cebible la probada ida de aquel á la
Rábida, en 1484. Y hay que suponerlo,
aunque para atribuirle tal carácter
no hubiere ^{otras} razones, á la lectura de las
palabras del intachable testigo, que
varias veces hemos nombrado. Garcí Her-
nandez dice: Que sabe que el dicho Al-
mirante D. Cristóbal Colón viniendo á
la arribada con su hijo D. Diego.....

La ida á la arribada ocurrió en 1484, pues si no se acepta el deslinde de fechas trazado, y se dice que el Genovés no pisó la Rábida hasta el año 1491, resultaría imposible. Y si para no serlo, es preciso fijarla en el 1484, las palabras del físico dicen, que Colón salió de Lisboa por mar:

Convengeunos pues, en que el navío de Génova fundió en Palos, apesar de que desde la corte de Portugal se iba derecho á la villa de Huelva para hablar y verse con un su cuñado, casado con hermana de su mujer..... é que había nombre Muliar. Estas palabras son de oro, por el carácter y la ca-

lidad del testigo que las pronunció, y por-
que la existencia de Bulliar y su mu-
jer Niolante Mornix, está demostrada.

La atestiguación:— dos cédulas reales,
publicadas en peregrino libro (92); el
testamento de D. Diego Colón hecho en
Sevilla á 22 de Febrero de 1515; y el Me-
morial que dejó su poder de aquél
el descubridor de América, al salir
para las Indias por tercera vez.

Al tomar Cristóbal la resolu-
ción de dejar Portugal para hacer la
vida de pretendiente, tuvo que ocu-
mirsele que era una dificultad el
mítico y es lógico que pensara su

dejarlo en hogar seguro y tranquilo. Es,
pues, mas que verosimil el propósito de
ir á Huelva, con que se embarcó en Lin-
boa el Genovés, dado que Abulian en
Huelva residia y era concañado del
gran náuta, pues D. Diego Colón, al
llamar tía suya á Violante Muñiz,
da á entender que la unian lazos fra-
ternales á D.^{ca} Felipa. Un concepto se
ha deslizado por la pluma, que yo es
oportunidad de recoger, ó sea, el que re-
fiere se á si Colón vino á España por dis-
seando. La crítica seria ha quemado
en el horno donde forja sus racionales,
los andrajos que han colocado sobre los

hombres de Colón, los aficionados a re-
mancear la historia.

Si en Portugal había vivido, aunque
con modestia, con holgura, en 1484 no po-
día encontrarse en situación de pedir
pan y agua mendigados. Consta, que
en el país vecino se consagró, a asun-
tos mercantiles y a trazar cartas y
planos geográficos, que vendió bien,
y el dato prueba que además de los
tesoros de su genio, Cristóbal tenía en
su cultura recursos de vida más que
sobrados.

Quitanos por decir, para poner re-
mate a este capítulo, que reflejando

la luz de las ideas últimamente admitidas, se
lee la declaracion del físico Garcá Hernandez,
se lee la hitoria verdadera del Genovés, de
de que salió de Portugal hasta que escribió:
In nomine D. N. Jesu Christi eu immortal.
Diario.

VI.

Primera visita de Colón a la Trávida.

D. Juan II no era el monarca elegido
por Dios, para engarzar en el oro de una
corona real el sol de las Indias. Por esto lle
gó tarde a Portugal, Colón.

Este reveló a aquel un gran proyec.

to, cuando la idea de abrir un camino
marítimo a la India, metódicamente
superada a ejecutar por D. Enrique,
estaba en vías de hallarse mejor funda-
da y tenía excitados la especulación
mercantil y el amor al lucro. Venecia
y Génova suscitaban a Lisboa, que el
comercio con el Asia producía fabulosas
riquezas. He aquí el primum movi-
le de las causas, que motivaron el de-
seo que cosechó Colón en Portugal,

Portugal no podía abandonar el
camino que tenía ya muy adelanta-
do. Al acometer la tarea de super-
sar el traxado de otro, acumulaba

una labor imposible sobre la ya inágu-
da. Cristóbal llegó tarde hasta las gradas
del trono portugués; y la ley de la divi-
sion del trabajo, muy obedecida por
la historia, se impuso. En su virtud,
quedó reservada al país vecino la em-
presa de continuar las metódicas
exploraciones por la costa de Africa.

Indignado Colón con justicia, por
la execrable deslealtad de que se ha ha-
blado, decidió enviar sus propuestas á
la corte británica con Bartolomé; y huir
secretamente de Portugal, con el niño
Diego. Segun podemos colegir, escribe
Las Casas, considerando el tiempo

que Colón estuvo en la corte de Castilla,
que fueron siete años, por alcanzar el
favor y ayuda del Rey y de la Reina,
y por alguna de sus cartas, en especial
escritas á los Católicos Reyes, y por o-
tras circunstancias, primero debió
de haber salido Cristóbal Colón para
España que su hermano para Ingle-
terra; y así salió aquel de Portugal
por el año 1484. La nave en que el Ge-
novés vino con su hijo, de Portugal,
debió verse precisada por alguna tor-
mente á dirigirse, guiada por el
Puntal, hacia la barra de Huelva
en busca del refugio obligado de los

buques que entre el Trafalgar y el San-
ta Maria eran sorprendidos por algún
temporal del E., el S. E. y el N. E.

Es el puerto de Palos, el primer sitio
de desembarque, que aparece al
que entra en la vía orubense; y es lo
natural, que en él tomase tierra
Colón y Diego. Al pisarla, vio aquí
alzarse sobre la extremidad de un pro-
muntorio la Rábida; y de suponer
es, que se le ocurrió la idea de ir
a pedirle el asilo que necesitaba, má-
xime, si como sospechaba Las Casas
tenia conocimiento con alguno de los
religiosos del devotísimo claustro.

Es verosímil que Cristóbal conociese
de nombre á Fr. Juan, porque Fr. Juan
tenia muchos amigos entre la marina-
ria de la costa proxima al convento
y sus amigos visitaban Lisboa, en
cuyo muelle habia tratado á mil
hombres de mar portugueses y es-
pañoles, el inmortal viajero.

Erán: - el dia lluvioso y frio;
el camino mas largo para quien
lo ignoraba que para quien lo co-
nocia; y la fortaleza del muchacho
escasa. Es lo natural, que su buen pa-
dre lo tomara en los brazos, á fin de
disminuirle las fatigas del viaje, ca-

da ver mas penoso por la crudeza de la estacion y el cansancio, y porque Cristobal no llevaba rumbo seguro. Obligado a torcer la direccion que habia tomado por un accidente del suelo que pisaba, el Genovés emperó a subir un montecillo accidentado y pedregoso; y sintiendose cansadísimo y viendo más exhausto de fuerzas aun al muchacho, fue a sentarse en las gradas de granítica cruz que se alzaba, al xase aun, a breve distancia de la puerta del monasterio. El niño se colocó junto a su padre; sobre el muslo de este dejó caer la cabeza;

y Colón fijó los ojos en el edificio. "Era una fábrica de arquitectura gótica, sencilla, pobre, cuya severidad de líneas correspondía al destino religioso de la misma." A la parte de la izquierda corría una tapia baja, y por detrás de ella sobresalían las copas de robustos árboles, entre los que destacaban sus tristes y uniformes siluetas algunos enlucidos cipreses, cuya vista dejó sorprendido el ánimo del espectador, que no sabía resolver si contemplaba un jardín ó un monasterio. "En el centro veíase la puerta formada por gruesos baque-

tones, y á la derecha se descubrian las
veintenas ojivales del templo, de cuyo
centro se desprendia una tenue clari-
dad, y el acompasado rumor de las pre-
ces que entonaban á coro los religiosos (93)."

Cristóbal se acercó á la porteria
empujando, no por las necesidades pro-
prias de un mendigo, sino por las del
viajero que lleva la ruta atterada.

Se acercó, no á pedir limosna pa-
ra los ojos, sino pan y agua para
el muchacho, que por su debilidad
estaba más necesitado de calmar el
hambre y la sed, que habia sido a-
saltado durante aquella obligada

y difícil marcha. A seguida, tuvo el niño un pedazo de pan que mirar que mirar á los alimentos que Cristóbal le iba dando.

Un historiador muy erudito, gloria de la andaluz tierra, acaba de escribir lo que sigue:— "Mientras Colón miraba con ternura á su hijo saciando el hambre y la sed, hubo de pasar por el claustro un mozo franciscano, joven, de elevada estatura, frente desembarazada, ojos vivos y distinguido porte, á quien llamó la atención la figura del forastero. Le detuvo á contemplarle de le-

jos, y encontrando alguna cosa extrava-
clinaria en sus modales, prendado
de la gracia infantil del niño, y ad-
mirándole tambien, sin duda algu-
na, varios objetos que habia sacado
del Turvón para buscar la comida
de su hijo, se acercó á ellos lenta y
afectuosamente, y procuró informar-
se de las causas que habian conducido
á los dos viajeros á un convento fue-
ra de todo camino y que no señalaba
direccion para pueblo alguno.

Era el fraile un buen astrologo, y se llama-
ba fray Antonio de Marchena. Con
Cristóbal quiso hablar, y en efecto habló,

después que aquel tubo demandado
pan y agua para el niño, que era mi-
nico, un fraile; mas el fraile no se
llamaba Fr. Antonio de Marchena.
Mas aún! Puede asegurarse que no es-
tata en la Rábida Fr. Antonio de Mar-
chena, cuando ocurrió el dramático
episodio que nos ocupa.

La declaracion de Garci Hernan-
der, es explicita y de gran fuerza
probatoria. El físico de Palos dice, que
el mozo que quiso hablar con Cristó-
bal Colón se llamaba Fr. Juan Pérez;
y lo que dice, constale como testigo
presencial del suceso. Y no cabe sos-

preclar que este Sr. Juan Pérez sea otra
persona que la del que fué guardián
de la Rábida, pues aludiendo á año
posterior, el testigo nombra al dicho Sr.
Juan Pérez, especificando que era con-
fesor de la Reina.

Si! En el día célebre á que nos re-
ferimos, fué el fraile que el médico
García nos señala, el que oyó á Colón
mil palabras alusivas á sus viajes
y proyectos y á los disgustos que le
alijaban de Portugal. Y cumplenos
dejar consignado que en la aludida
conversacion, no habló, como el genio
que expone una idea científica, sino

el lenguaje de un caminante que ma-
nra su vida. Y la prueba de que tie-
no este carácter y no aquella profun-
didad, la tenéis en la misma declara-
ción.

En la Rábida estaba Garcé Hernan-
dez, que alguna cosa sabía del arte as-
tronómico, cuando llegó Cristóbal.

Si queréis suponer que el Genovés in-
formó de su proyecto al morije en
terminos científicos, tendréis que a-
firmar que el físico los escuchó, pues
si cuando supirió la plática no hu-
biera estado en el lugar donde ocu-
rría, le habría mandado llamar

el fraile, como hizo en otra fecha, y la
intervencion de Garci Hernández, en la
conferencia, habria dado por resulta-
do un patrocinio de índole idéntica,
á la del que supuso con el envio de la
carta de que fué portador Sebastian
Rodríguez. Esto no ocurrió, en 1484.

¿Queréis creer por el contrario, que
aquel con quien conversó el viciario
genial Hamábase Fr. Antonio
de Marchena, gran astrologo? Pues
no dudéis que el gran astrologo Fr.
Antonio de Marchena, habria compren-
dido la magnitud de los proyectos del
italiano, á la alusion mas tenue que

este hubiera hecho. Y lo lógico es pensar,
que habiéndose conformado con el parecer
del autor de los mismos, hubiere
solicitado el apoyo del P. Pérez, que
gozaba de influencia en la Corte. Car-
ta recomendatoria del plan científico
colombino no salió de la Rábida,
hasta 1491. Ved, pues, una razón
indirecta, demostrativa de que el P.
Marchena no empujó a estar al la-
do de Cristóbal en el célebre monas-
terio, y sí en la Junta de Córdoba.

Si un mecenazgo científico no,
un favor de igual importancia re-
cibió entonces el Genovesi en la Rábida.

Un grave inconveniente, como dice un
veritas de pro, se ofrecia para las ne-
gociaciones que Cristobal tenia que em-
pezar desde luego: - el niño que le a-
compañaba, tan necesitado de la
ayuda, la proteccion y el amparo que
su desvalido padre no podia darle.

Las dificultades que rodeaban los pro-
yectos del Genovés y la vida agitada
que el procurar que no se malograra
le imponian, exigian que el mozalve
se separara de su padre. Rindién-
dose a esta necesidad el buen Cristobal,
al salir de Lisboa, buscó para depositar
el pedazo mas querido de su corazón.

el hogar de Maliax. A ella ocurrió Fr.
Juan Pérez, pues el niño quedó por
entonces en el monasterio para con-
certar después la manera de que vi-
viese al lado de sus tíos; y el Genovés, de-
sembarazado de aquel dulce y difi-
cil obstáculo, partió para Sevilla.

No hay audacia que alcance
a poner en tela de juicio que Diego
Colón, el hijo legítimo del descubri-
dor de América, recibió la primera
educación en la Rábida. Que llegó
al santo claustro, lo afirma el pro-
bo y veraz físico Garcí Hernández.
Que en él se quedó, lo indican de-

documentos que constituyesen prueba
muy robusta, en el proceso donde apa-
recer. Tiene afirmado Juan Martinez
Pinzon, en el pleito mas de una vez
ya aludido: - Que conoció a D. Cristó-
bal Colón e a D. Diego Colón su hijo, e
a Martin Alonso Pinzon..... e que
al dicho Cristóbal Colón conoció por es-
pacio de dos años, poco más o menos,
e al dicho D. Diego Colón catatro o cinco
años, e al dicho Martin Alonso Pinzon,
su padre, conoció por espacio de trein-
ta años.

La declaracion significa, que el
testigo habia visto a diario, o casi a dia

rio, por espacio de quatro á cinco años,
á Diego Colón, ni entras que á diario
ó casi á diario habia visto á Cristóbal,
por espacio de dos, poco mas ó me-
nos. Si decir, que en años en los que
no veia al padre, Juan veia al hi-
jo. Transparenta la frase, la idea
de una separacion entre Cristóbal
y Diego, determinada en la Rábida.
Y para tener por verdad su conteni-
do hay que aceptar, la residencia
del muchacho en la Rábida, pues
no es posible suponer que durante
los quatro ó cinco años á que refiere
se Juan Martín, permaneció Diego

en Huelva al lado de Huelva. Las diá-
rias comunicaciones entre Huelva
y Palos son difíciles de establecer entre
sí mismos.

En el mismo pleito en que decla-
rase el hijo del gran Pizarro, hiroló
Juan Rodriguez Caberudo, avicinda-
do en Moguer, en estos terminos:—

"Sabe que puede haber veintidos años
que este testigo vido al Almirante viejo
en esta villa de Moguer, andando ne-
gociando de ir á descubrir las Indias
con un fraile de San Francisco que
andaba con el dicho Almirante, é
que en este testigo le demandó el dicho

Almirante una mula en que fuese
el dicho fraile á la corte á negociar,
y se la dió: y que se sabe que el dicho
Almirante se partió el año 92 desta
villa e de la villa de Palos á descubrir
las dichas Indias, e las descubrió e vol-
vió en salvo al puerto de la villa de
Palos, descubiertas ya las dichas islas...
..... Al tiempo que se partió, le dió
á D. Diego, su hijo, su guarda á este
testigo y á Martín Sánchez, clérigo....."

A través de la entrega afirmada
en estas palabras, se adivina, que al
ser verificada, estaba el mismo bajo la
custodia del guardián de la Rábida.

Y que estuvo encomendado á la solicitud de Sr. Juan Pérez en el monasterio, lo reconocen con rara unanimidad D. Hernando Colón, el P. Las Casas, Herrerera, Muñoz (94), Ortiz de Lúñiga (95), W. H. v. y Brosselly de Lorgues (96).

Es, pues, un punto histórico bien desfigurado que el único moró en la Rábida al euiddado y bajo el magisterio de Sr. Juan Pérez, favor que el religioso dispensó á Cristóbal por simpatía personal, lo cual no excluye la posibilidad de que lo hiciere, porque el lugar hubiera cambiado de residencia. Algún escritor, al patrocinarse la especie

de que Diego vivió en la Rábida desde
1434 hasta el inmortál 3 de Agosto de
1492, ha sostenido, que en el pacífico
claustro tuvo olvidado Cristóbal á su
hijo. La aseveracion es por demás gra-
tuita.

Es verdad, que no volvió á verle du-
rante un largo periodo de tiempo; mas
considerad que durante ese largo pe-
riodo de tiempo, á Cristóbal no le sobra-
ron los recursos metálicos, ni podía
distraer horas á las tareas á que he-
lábase consagrado. Acuétióse lo
que á esos hombres, que han vivido
entregados por entero, á los placeres

infinitos del trabajo, á las contemplaciones continuas de las típicas imágenes que vagan por la mente, á la elaboración de obras de la trascendencia de la Crítica de Kant y del Cálculo de Newton. Dedicado el Genovés al goce de un magno pensamiento científico, se encontró con la vida absorbida por ideal sublime en tales términos, que no quedó al corazón y á la voluntad de aquel hombre el espacio material, sino para sentir y querer lo que á su ideal convenia sentirse y quisiera. Esto no significa, que no se acordase de su hijo.

En la

historia tenéis la prueba de que el exi-
mo artífice de eximia idea, aunque
abismado en las soledades de su espi-
ritu soñador, fue siempre dulcissi-
mo padre, pues no bien se le pre-
sentó la posibilidad de tener que re-
nunciar á la proteccion de España
que pedia, marchó á la Rábida
con dos objetos. Era el uno, el solici-
tar el patrocinio de Fr. Perer para el
proyecto. Era el otro, si no conseguía
aquél, ó si consiguiendolo resulta-
ba ineficaz, el recoger al niño. Los
historiadores de mayor autoridad,
asi lo dicen. Calumnian, pues, á

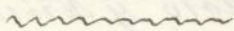
Cristóbal los que afirman, que tuvo olvi-
dado en el claustro franciscano á Diego,
vulto gracioso y amable, de tez de nieve,
ojos azulados y cabeza rubia que irra-
diaba encantos eulogecedores.

Trasladámonos ya á Sevilla, ca-
mino de la que dejamos al enriado
por Dios para llevar á vírgenes playas
de nácar y oro,

el madero soberano
iris de paz, que se puso
entre las iras del cielo
y los pecados del mundo.

VII. ↗

Segunda visita de Colón a la Rábida.



Uno de los dos propósitos que Colón trajo consigo en 1484 (97) al pisar España, se ha cumplido. El otro es, el que lleva a la gran caminito de Sevilla.

Va a la ciudad del cielo azul, en busca de protectores para la empresa que ha concebido, en el idílico país donde entra en el mar el aurífero Hajo.

El Genovés salio de Portugal para venir a España, pues razón idéntica a la que habiale movido a acer-

carre al trono de D. Juan II, con la esperanza de que le concedería los mástiles que iba á pedirle, se movió á ahora á acercarse al trono católico con la esperanza de obtener lo que D. Juan II no le había dado.

Portugal odiaba á muerte al sectario de Mahoma; y á muerte odiaba al sectario de Mahoma Español. Libre aquel del yugo árabe antes que nosotros, no bien hubo arrojado de su hogar á los infieles, se dedicó á hostilizarlos en las calcinadas tierras del Africa. Animado de tales miras, el portugués pensó en circunnave

gar el continente de los desiertos y de los ríos subterráneos, para ver si lograba aproximarse á la entrada del Nilo y hacer suryo el comercio de la India, que enriquecía á los soldanes de Egipto. Los soldanes de Egipto, en sus aduanas, exigían á los artículos procedentes de la plaza de Alejandria, el pago de derechos tan enormes, que á algunos europeos obligaron á pensar en restablecer la abandonada ruta de Carvis y Bagdad (98).

Entrevió el portugués la posibilidad de ir por mar á donde descaba; primeramente, discurrió por las cos-

tas de la Mauritania; y descubrió des-
pues la Madera, que convirtió en el
cala de odiseas posteriores. El impul-
so estaba ya dado, al llegar Cristóbal
á Lisboa, por D. Enrique el Navegante,
precursores insigne de Bartolomé Diaz
y Vasco de Gamma, héroes ilustres, que
al resolver el problema de hallar el
paso para la India y destruir el po-
der del soldán egipcio, crearon la ba-
se sobre la que estableció el arreglo
colonial de Portugal en el Asia, Albu-
querque, - el alma grande que pro-
yectó ir al Nilo á costarle el álvoro
y reducir la Meca y Medina á

cenizas, á fin de concluir con las ferias
de los peregrinos y vengar agravios á
mejor de la cristiandad, llevándose
al Tajo los restos mortales de Mahoma.

Como veis, en el mediodía
de la centuria XV, el portugués quan-
do carecia aun del talisman de la
tipografía, — anunciada ya, como
un invento predestinado á difun-
dir y perpetuar los inventos todos, —
estaba inclinado á ensanchar el trato
universal por el Atlántico.

Ygual inclinacion adviértese
en el ánimo del español de la época
histórica á que aludimos. En 1393,

naves vizcainas, prácticas sin duda en
la tarea de registrar el Océano, llega-
ron a las Canarias, olvidadas desde
la antigüedad. El humoso archipié-
lago, después de haber pasado por
muchas manos, fue sometido en 1480
por Fernando el Católico, que adquirió
con él un punto de conveniencia para
recaladas y para emprender magnas
navigaciones hacia el Oeste. No es ex-
traño pues, que al romper amistad
con el trono de Portugal Cristóbal, estan-
do decidido a no abandonar su pro-
yecto, se resolviera a pedir protección
a un país, que veía inclinado a

à buscar parecidos ensanche, à los in-
tentados por el que iba à abandonar.
Ademàs, juzgaba al español con justi-
cia:— un ser de exaltada fantasía; sus-
ceptible al magnetismo de la leyenda orien-
tal; enemigo del reposo doméstico y
la molición; dado à correr tras la for-
tuna; y de espíritu aventurero y te-
merario. Este juicio y la tendencia se-
ñalada, sin duda que influyeron
sobre Colón para determinarle à
pedir mástiles à España, apesar de
que ésta se hallaba rodeada de otras
circunstancias que Portugal, pues to-
davía blanqueaba la media luna.

sobre el tisú del cielo granadino.

Si el indicado propósito fue forjado antes ó despues de haber decidido la salida de Bartolomé para Inglaterra, el depurarlo no nos cumple. A nuestro intento basta el consignar, que él acompañaba al Genovés por el camino de Sevilla, ciudad á la que dirigió sus pasos desde la Rábida, porque en aquella hallábase establecido como negociante, como artista y como banquero, mil italianos, y esperaba encontrar entre los mismos á quien, que pudiese acercarle á los Reyes.

Si no llegó

Cristóbal perdiéndose a la más hermosa
orilla del Guadalquivir; tampoco
sobra de recursos, razón por la
que para procurarse medios de vida,
se dedicó a trazar cartas, a dibujar
planos y a ser mercader de libros de
estampa (99). Relacionado con perso-
nas doctas por la ocupación a que se de-
dicaba, alguna de ellas le ayudó
a abrir senda a los proyectos conce-
bidos en Portugal, a fin de que lle-
garan a ser conocidos de la Corona
de España. Con la protección de Juan
Berardi y los Geraldini, consiguió
facilitar para entrar en las blaso-

nadas moradas de Don Enrique de
Guzmán y D. Enrique de la Cerda. El
Duque de Medina Sidonia dispa-
so' al Genovesi desabrido recibimiento;
y á la idea que aquel le expuso,
mala acogida. El de Medina Celi
le escuchó con asombro; en su propia
casa le hospedó dignamente; volvió
á hablar con él de lo que proyectaba,
para enterarse de las probabilidades
de éxito que ofrecia; y hasta pen-
so' en dar embarcaciones al italia-
no, pues á título de señor feudal,
mantenia y podia fletar una esca-
drilla sobre el Mediterraneo y el At-

lántico. Leal súbdito, comprendió D.
Enrique que lo supiera, por mag-
na, merecía el patrocinio real; y
para ofrecerla al trono, desde la Po-
ta escribió a la Católica Isabel, parti-
cipándole lo que ocurría y pidién-
do el real permiso para entregar
al futuro descubridor de América,
lo que el futuro descubridor de Amé-
rica demandaba.

El móvil del magnate al que
se dar barcos a Colón, no podía ser
más noble y patriótico. El Genovés
había manifestado al Duque, que
se venía de Portugal y se quería ir

al rey de Francia. Medina Celi accep-
tó como verdad, el propósito, fugi-
do sin duda por Cristóbal, para que
el nombre del centro cristianismo, no
viese en España aficiones, que pudiese
ra el proyecto no haberle despertado,
si se le presentaba dedicado á ella
y no á otra nación; y como le cau-
tivarou la figura gallarda y los dis-
cursos mas gallardos aún del italia-
no, creyendo de buena fe que le di-
guaría de solicitar el mecenazgo de
Francia, quiso enviarle desde el
puerto con tres ó quatro carabelas á
buscar las Indias y escribió á la Rei-

na para brindarle, bajo la forma
de solicitar un permiso, con la em-
presa de que Cristóbal le había ha-
blado. Yabel la Católica contestó al
prócer, en terminos expresivos, de
que le agradecía la fidelidad que
acababa de demostrarle; y encar-
gandole que cesara en el negocio,
pues lo tomaba para sí y quería
dirigirlo ella. El P. Las Casas así lo
dice.

Lo esencial del hecho narra-
do, comprobado está por varias fra-
ses contenidas en la carta de la Cordera
al Cardenal Mendoza y por la conte-

tación de Quintanilla, que se conser-
va en el Archivo de la Casa de Me-
dina Celi, y es un documento precio-
sísimo. En él ve un académico in-
signe (100), al trono apremiándose
á evitar, que el Duque llevase á
cabo la empresa que Colón le pro-
ponía. En él ve el académico insig-
ne aludido, la clave explicativa
de la llamada de Cristóbal á la
Corte. ¡Si! Envo lugar aquella po-
na improbable quedase en las ma-
nos de un procer, proyecto que pu-
diera darle poderis sin parecido.
El atribuir al acto tal causa parecerá

lógico, á quien recuerde la política de los Reyes Católicos, que reconoció por uno de sus fines el atajar los medios de la nobleza y el crear la hegemonía del poder real formulado por Alfonso X, defendida y casi realizada por Alfonso XI y exagerada por D. Pedro el Cruel.

La Casa bastarda había interrumpido en el mediodía del siglo XIV, la obra inaugurada, cien años hacia, por el sabio príncipe que rindió bríosos corceles en reñidas batallas y jamás vió rendido su espíritu en esas campañas del

pensamiento que se llaman estudio,
y tan menguada política, que quise
rectificar el hombre que perdió
la cabeza en el Ochavo de Valladolid,
dió por resultado, que al reunir
sus cetros los Reyes Católicos,
observando con dolor, que la gloria
y los feudos aristocráticos humilla-
ban la gloria, la autoridad y el
poder del trono, que representaba
entonces la unidad de la patria,
se propusieron aprovechar ya
la coyuntura de la guerra a que les
enquijaba la idea progresiva del Esta-
do uno, para disciplinar a los nobles

imponerles lealtad y reducirlos á
la obediencia.

Ahora bien; el negocio á que
referirse Medina Celi no parecia
muy cierto á P. A.; mas ¿y si en él
se acertase?... Pudiendo ser grandioso,
la prudencia más vulgar aconsejaba,
el apartarlo de vista que no fuese lo
de la Covona. Es seguro, que tal refle-
xion se le ocurrió al leer la carta de la
Celda, á un trono afanosísimo de
desenvolver con energia los gérmenes
del carácter nacional y que acaricia-
ba altos proyectos políticos; á un
trono!, preocupado con la idea de

organizar la monarquía, someter á la
autoridad la nobleza y constituir un
gran pueblo, libre de tutelas y tiranías;
á un trono!, en cuyos vidros sonaban
las palmas batidas en el patíbulo de
D. Alvaro, y que incessantemente recordaba
que la estatua de Enrique IV habia
sido justificada en Avila.

Medina Celi envió pues á la
Corte, cumpliendo un mandato de la
Reina, á Colón, quien llevando con-
sigo cartas del duque para fray Her-
nando de Teclavosa y Alonso de Luni-
tanilla y otras de Berardi y Ger-
alini para cortesanos distinguidos,

Entró en Córdoba, á lo que no hacia
mucho habian llegado los Reyes, de
Alcalá de Henares. Visitó al contador
de D.^o Ysabel; y pareciendole dificultoso
lo que proponia á este, decidió dilatarle
la audiencia real que solicitaba;
y después se negó á atenderle.
Echando mano entonces Cristóbal
de otras recomendaciones que de
Sevilla llevara, habló con Quintanilla;
Quintanilla le introdujo con el Car-
denal Mendoza y recomendó á la
Reina; y el Cardenal Mendoza y el
Contador, consiguieronle la audien-
cia de los Reyes Católicos, y lugar

para que los informase (fol. 1).; Loor e-
terno al entendido administrador y
eximio hombre de estado, apelercamen-
te retratado por Nebrija (fol. 2).; Y loor
eterno al venerable y grandioso purpu-
rado, que fue tercer rey de España
y lo pudo todo, al decir de Gonzalo
de Ulceras y de Martín de Angleria!
No era la ocasión mas oportuna pa-
ra pedir al trono protegiere aventu-
rados planes, la su que llegó a España,
ni la su que llegó a la movable corte
de los Reyes Católicos, el Genovesi.

La guerra contra los moros ab-
sorvía por entero la atención de la do-

de Corona, necesitada de armas, solda-
dos, máquinas militares y dinero;
apesar de lo que la elocuencia de Cri-
stóbal conquistó para la idea que hu-
bo de desarrollar, la simpatía de los
regios esposos. Al explicar su teoría
y presentar sus cálculos, procuró
a S. M. el hacerles señores del país
del oro y la reconquista del Sto Sepul-
cro, es decir, procuró herir la fibra
del sentimiento más exaltado de la
España de entonces y halagar las
necesidades materiales, creadas en
la misma por los apuros del Erario.
La impresión producida

en cada uno de los Monarcas la admi-
nistración, recordando sus respectivos
carácteres. Fue la Reina, según Ber-
naldez: - una mujer esforzada, de
singular prudencia y honestidad,
singular, casta, devota, discretísima,
muy cristiana, caritativa, sincera,
muy amiga del bien, de la justicia
y de la verdad; de claro entendimien-
to, ánimo fuerte y alma grande, é
idolatra de sus súbditos; dada por na-
turalera á las artes de le-paz, amante
del estudio y del de la antigüedad
clásica sobre todo; firme en el propó-
sito recto y en la ejecución de él dig-

na; y encantadora, por su modestia y
afabilidad. Fue el Rey: — un político
astuto y sagaz, dotado de gran pene-
tracion y profundísimo talento, que
acarició siempre miras de trascenden-
cia y reveló en cada necesidad su
carácter; un español enamorado
de los actos heroicos, ávido de eclipsar
las glorias de Portugal y de ha-
cer lo que nadie hubiera jamás eji-
cutado, que siempre tuvo miedo
á los fracasos; un hombre que racio-
naba con seguridad, muy trabajador,
muy frugal, muy observador y cono-
cedor del prójimo, sencillito en sus cos-

tumbres, frío, calculador y reservado
hasta en la vida privada; piadoso con
naturalidad y sin exageraciones, que
meditaba mucho lo que iba á resol-
ver y resolvíalo por sí, libre de extraño
influjo; un guerrero ilustre que man-
do y dirigió bien sus ejércitos; el crea-
dor de la sabia diplomacia actual; un
adorador de la lengua del Lazio, pro-
fundo conocedor de la misma; un com-
petidor afortunado de los Valerio, Cole-
mes, Libet y Pau; un príncipe que
proseguí cultura y á quien para ser
un dechado de monarcas, solo le faltó
el haber sido dulce y templado.

No es difícil adivinar, el efecto que en cada uno de ambos esposos causaron las palabras del Genovés; y la diferencia de matiz con que sobre la cara de los dos hubo de manifestarse. Doña Isabel vió con alegría y benignidad el proyecto; y clara sin engaño leal y verdadera, transparentó el deseo de tomarlo á su cargo, para bien de la religión de Cristo y de España. D. Fernando, aunque por distintas miras, también escuchó con alegría y benignidad disimulada las nuevas y trascendentales teorías expuestas; vió en el Genovés un genio; mas lo que proporcionó, por su misma gran

dera, podia ser utópico; así es que pro-
curó que no le fascinara y deslumbrase.
Comprendió que le aconsejaban
la reserva, el buen sentido y el estado
monárquico de la patria, descrito con
exactitud por Martín, Marinero, Ber-
náldez, Palencia, Zúñiga, Salazar,
Clemencia y otros (103); y sin entregarse
á expansiones que rechazaba su
alma, ni desdenar al navegante, en-
tendiendo que las palabras de éste de-
bían ser bien meditadas, en ocasión
mas propicia, formó el propósito de
retener al italiano en la corte, recoger
los planes de que habiale hablado y no

resolver acerca de los mismos, sino pre-
vio el examen ilustrado que la pru-
dencia aconsejaba. El acuerdo real
fue, que personas entendidas oyeran
y estudiaran los razones del navegan-
te y formularan la opinion que
les merecieran. Con él quedo una
vez demostrado, que la reina era
una mujer casada sujeta a su
marido, que sentia la justicia
y caia siempre del lado de lo ra-
zorable.

Decidido el someter al exa-
men de una Junta los proyectos del
Genovés, no era difícil el predecir

que ni diémos la presidencia. No podia
ser otro que D. Hernando de Talavera.
Fue el ilustre jerónimo honra y prece
de la centuria que por la elocuencia
y piadosa doctrina de sus Ferrer, Al-
fonso de Santa Maria, Duenas y Mi-
randa, emuló el ardor del siglo en
que brillaron en la Iglesia griega S.
Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, S. Gre-
gorio de Niza, S. Basilio y S. Juan
Crisóstomo, y en la latina S. Hilario,
S. Ambrosio y S. Agustín, el entendimien-
to de mas poder que existió jamás, -
el ardor del siglo accidentado, en
que la palabra sagrada se enrojeció

y apasionó mil veces, y ya tomó un carácter sencillo y popular, y ya un carácter elegante y filosófico, y ya un carácter político. Fue: — un teólogo liberal; un gran sacerdote, recto en su conducta y ejemplar en su vida; un apóstol de la fe, la moral cristiana y las buenas costumbres, que habló y escribió siempre para aconsejar con apreciabilidad e' interés con un estilo de ingenuidad tan candorosa, que jamás transparenta la vanidad del sabio, ni el anhelo de fama literaria, sino el afán de dirigir a' los fieles por las florestas de la beati-

itud celestial (104). El tipo del amor, de la bondad, de la dulzura, de la caridad y de la tolerancia evangélicas, lo tenéis en aquel hombre, que nunca veló lo que intentaba, ni ocultó lo que creía, ni disimuló sus sentimientos; — en aquel hombre!, incapaz de dar alberque á la vanidad y á la estrechez de miras, ni á ideas procreadas al calor del arrebatado entusiasmo ó de las pasiones bastardas, pues todas las que profesó, amamantadas habían sido con la leche purísima del juicio lógico.

Enemigo era ya de los proyectos

de Cristóbal Fr. Hernando, al ser elegido para presidir la Junta de Córdoba; mas porque lo fuese no recibió tal honor. Lo era porque los consideraba, como un embarazo más, como un obstáculo atravesado en aquellos instantes á la obra de llevar el misal y el cáliz de Cristo á Granada. A él le importaban poco, según un historiador dice (108), el oro y las preciosidades de Mangó y Cipango, las islas del extremo Oriente, y el averiguar si el extremo Oriente estaba mas cerca ó mas lejos de las costas occidentales europeas. Lo que le importaba, lo que

le absorvía el pensamiento era, el que los
rubies de la corona árabe pasasen á la
enística; y como juzgaba escasas las
fuerzas de los Católicos Príncipes para con-
seguirlo con la rapidid que apetecía,
el distraer un solo maravedí del exhaus-
to tesoro real para objeto distinto que
el adquirir laureas, recomponer clari-
nes y herrar caballos de batalla, pa-
reciale un crimen de lesa unidad
nacional, una falta de patriotismo
y un acto perjudicial á los intereses de
la Yglesia.

El que los Monarcas se consagraron
exclusivamente á la conquista de Granada

da, juzgaba Sr. Hernandez que era un deber que aquellos tenían con la religión y la patria. Y el procurarles creíalo en los súbditos otro deber, nacido de la condición de cristianos y de la de españoles.

Después pues la voluntad real, de tomar un acuerdo firme en el grave asunto de que el Genovés había hablado al trono, cuando sobre este no pesaban las atenciones que en la actualidad lo distraían, no existía individuo más idóneo para presidir la Junta que el Prior de Prado. Ved el porqué se le cometió la reunión

y la presidencia de aquella; — para que el dictamen que se pedía propusiese el aplazamiento del negocio y no la inmediata entrega de los mástiles solicitados.

Marcharon los Monarcas al real de Loja, poco después de celebrada la audiencia de que hemos hablado; y quedó Cristóbal en la ciudad de la gran aljama, para noticiar y razonar su teoría en la presencia de los que deberían juzgarla. El Emocó comprometió ante ellos con la pretensión de demostrarles la posibilidad de navegar hacia el Occidente, si bien, quinái no expuso su plan con la clari-

dad que en Portugal, para prevenir
nueva perfidia. Los letrados y mari-
neros platicaron largamente acerca
de lo que el hijo de Italia intentaba;
y por mayoria acordaron era imposi-
ble ser verdad lo que decia. Escribi-
mos por mayoria, porque el fidedig-
no Doctor Rodrigo Maldonado, Conse-
jero de los Reyes, e individuo de la
Junta nos dice, que contra el pare-
cer de los mas della el Genovesi perfidó.
El dictamen adverso de los consultados
oficialmente por la Corona, no le aba-
tío el animo a Critóbal, mas si le
sumió en melancolicas meditaciones

y en la incertidumbre de si lo aceptarían
como verdad inconcusa los Monarcas,
á la sazón ausentes de Córdoba. Una
vez regresados aquéllos á esta después
de haber corrido con gloria la campaña
contra la morisma, el Prior de Prado
les informó de la resolución de la Jun-
ta, en vista de ^{la} que acordaron se dije-
se á Cristóbal, que cuando más deso-
cupados se vieran volverían á tratar
del negocio.

Es interesantísimo este episodio
de la vida de Colón, porque á su través
es visible la verdadera faz de dos pensa-
mientos, desfigurados por los historia-

dores al retratarlos. El dictamen tenía la autoridad inmensa que le daba el confesor de la Reina basarse sobre las conclusiones de la ciencia eclesiástica; y estaba varonado con argumentos de antiguos sistemas. Proponia á la Corona un acuerdo perentorio; y apesar de que lo había firmado el confesor de la Reina, los Monarcas tomaron uno dilatorio. El hecho es expresivo. Significa: — que en la primera audiencia concedida á Colón por los Reyes, el triunfo de aquél había sido completo; y que el trono no consideraba á los jinetados en

Córdoba, capaces de emitir un juicio científico que debiere tener, como verdad definitiva. Y significa que no es verdad que D. Fernando fuere hostil á los planes de Colón desde que fueron conocidos, pues de haberlo sido, el informe le habria servido de eficaz pretexto para despedir al Genovés y no procedió así. Dio, según se ha indicado ya, una contestación dilatoria, que induce á sospechar que da mas valor que á las razones cronográficas aducidas en el dictamen, al parecer de la minoría de la Junta.

No sería extraño que así hubiese a

contecidos, porque representaba á ésta
el buen astrólogo Fr. Antonio, y Fr. Her-
nando solo era sabio en las ciencias
eclesiasticas.

Tambien es expresivo, el hecho
de haberse conformado con la decision
real el Prior. Significa, que aunque
el buen fraile no varió de opinion
porque no hubiese sido aceptada en
totalidad por la Corona la que ha-
bia presentado, como lo que queria
era que el proyecto del Genovés no
embarrasase la obra de terminar la
reconquista, contentóse con que él
hiciera la obra que le interesaba, á

saber, la de que las ofertas y promesas
jurgadas imposibles y vanas, no dis-
trajeran al trono de otras atenciones
preferentes.

El dictamen habia sido contra-
rio a las teorías y los cálculos de Colón;
y a fuer de veraz dijolo así, mas sin
pretender que contuviera un acierto
científico indiscutible. Linné en sus
tratados de piedad y moral cristia-
na muyó siempre de ostentarse co-
mo científico, no era posible que
pretendiese el título de infalible
en campos desconocidos. Linné jamás
albergó la vanidad de sabio en las

disciplinas sagradas, no habia de tener
la de haber patrocinado una verdad
cosmográfica, no siendo cosmógrafo.
El informe habia sido aceptado, en
el extremo mas interesante para el buen
jerónimo. ¿Que le importaba que eu
otro quedase desairado, si por el que
resultaba complacido, fuera alguna
de Castilla y Aragón seria distraída
de la guerra de Granada?

La contestacion de los Reyes de-
jó a Cristóbal perplejo y vacilante
acerca del partido que debería tomar.
Decidió aguardar dias mas felices,
y esperarlos en Córdoba, porque la

18
dulce y hermosísima doña Beatriz
Carrizosa, le alentó con el entusiasmo
que había sabido hácia sus proyectos
inspirarla, le reanimó la casi apa-
gada fe, le refrenó las marchitas
esperanzas, le consoló y le encaminó
á España, otorgándole un amor ja-
más bendecido por la Iglesia (106) y
que nació en tan inteligente, bondado-
sa y apasionada mujer, efecto de
que en el hijo de Génova admiraba
á un genio y compadecía á un hom-
bre.

La cifra de los pro-
tectores de Cristóbal, desde que el proyec-
to sublime se acercó por ver prime-

ra á las gradas del trono hasta la
que historiamos, ha crecido mu-
cho. Entre ellos cuéntanse D.^o Bea-
triz de Bobadilla y el antiguo Prior
de S. Esteban, Fr. Diego de Dera, en la
actualidad maestro del príncipe
D. Juan.

Fr. Diego: — un enamorado
de la ciencia, un sabio (107) y un
protector de todo adelanto patriótico
y moral; un orador elocuentísimo;
un carácter casi perfecto; un espiri-
tu elevado; un gran corazón; un hom-
bre de fijos modales y piedad ejem-
plar, menos político, y mas cortesano,

erudito y docto, que talavera

Se interesó por los proyectos del Genovés, no bien fueranle conocidos, por lo que tenían de progresivo y por lo que pudieran contener de beneficio so á los intereses de España y de la religión del Crucificado. El insigne dominico comprendió, que aunque la persona de Cristóbal inspiraba simpatías á los Reyes y la idea de aquel placía á éstos, la persona y la idea de Colón estaban desautorizadas por el informe de los letrados y marineros, y necesitadas de auxilio contra las ironías y las burlas que las te-

rian humilladas. Y comprendió a
sí mismo, que al proyectista ya los
Monarcas convenio el que pronun-
ciase juicio acerca de las tesis cos-
mográficas censuradas en Córdoba,
asamblea más autorizada que la
que el Prior de Prado había presidi-
do. Concibió la idea de llevar a Co-
lorado a Salamanca, con el objeto de
que consultara los triángulos, las teo-
rias y los cálculos que defendía, con
los sabios del hogar de las ciencias y
las artes, de donde los Reyes saca-
ban sus consejeros, sus ministros, sus
cronistas y hasta sus médicos, casi

seguro de que habian de aceptarlo, por-
que á sus ojos dábase la garantía
de que encerraban la verdad, el que
los hubiere defendido el P. Marchena
en Córdoba.

Es lógico el pensar, que persona
tan allegada á los Reyes concibió la
sumiciada idea, porque creyese que
la ejecución no habia de desagradar
al trono, y porque supiera, que el
dictamen oficial no sería la última
palabra que pensarán vir D. Fernan-
do y D.^{ca} Isabel, acerca del valor cien-
tífico de las doctrinas de Cristóbal.

Persuadió á éste de la necesidad

de entablar una apelacion diuina
da contra el fallo de Córdoba, ante
un Jurado de Profesores de Salaman-
ca; sufre cargo de los gastos de via-
je del marino; y se encargó de slo-
jarle en el Claustro de S. Esteban. Las
Conferencias provocadas por Colón y
protegidas por el P. Dico, revistie-
ron el carácter de consulta cientifi-
ca de orden privado; y el parecer
de los doctores de sabiduria mas
optima de la ciudad del Hombres
fué, que las doctrinas recharadas
en Córdoba estaban bien fundadas.
Esta opinion verbal (108) fué transmi-

trida a los Reyes por varios religio-
sos, que para noticiarseles fueron a
la Corte, con el Prior de S. Esteban y el
O. Duxa.

De las Conferencias y de la atmor-
fera favorable a la idea del Geno-
vés que formábase en Valcuelvo y
en los claustros dominicos, habian
tenido noticia los Monarcas por
la Marquesa de Mozo, Fr. Diego, Qui-
tañilla y otros amigos del italiano,
en Salamanca, donde invenieron
dos meses, de regreso de obligada
expedicion a Galicia. El resultado
definitivo de la consulta no pudo

non saberlo en la ciudad del Torment,
por que de ella marcharon el 29 de
Enero de 1487, y en ella permaneció
Colón casi todo el mes inmediato,
entregado á sus estudios y pláticas
científicas. Fue á principios de Mar-
zo, cuando regresó á Córdoba.

Fijo estaba á la sazón el pensa-
miento de los Reyes en la campaña
contra los moros; más aún le que-
dó espacio para discurrir que de-
beria hacer el trau, en vista de la
noticia del éxito obtenido por el Ge-
novesi en Salamanca. Y étenos ya
palpando las consecuencias de la

obra que hicieron en Córdoba los domi-
nicos, protectores de la noticia, que
tristuró el dictamen oficial de la Hun-
ta que había presidido el Abad de
Santa María del Prado, y por el que
los alegres en el aluzes de la antigua
Mecca occidental, tenían por loco
a Cristóbal. Desde la llegada de los
dominicos el concepto que Cristóbal
merecía a la Corte y a las personas
más ilustradas de la Corte superó
a ganar altura. Los Reyes acepta-
ron condicionalmente el proyecto;
consideraron desde entonces al autor,
como unido al servicio de la Corona;

y significáronsele, pagándole perio-
dicas pensiones.

Varios años transcurrieron, sin
que las esperanzas dadas al italiano,
cristalizaran en realidades. No po-
día por ello quejarse Colón, pues el
A.A. no le faltaban a la palabra em-
penada. Habíale prometido re-
solver en definitiva el negocio pen-
diente, cuando las circunstancias lo
permitieran; y el Jordán no desagua
todavía en las albercas de la Alhambra.

Por otra parte, apesar de los
cuidados que les rodeaban y de las es-
trecheces del Tesoro, acordáronse de

tristamente agasajos, expresivos del afecto que le profesaban, y no olvidaron la manutención del marino, llevando sobre esto la diligencia, según dice un autor, hasta el punto que atestigua la cédula real expedida en Córdoba, à 12 de Mayo de 1489 (169). Dado lo que vemos ella y los libros de cuentas conservados en Simancas, hay que convenir en que no tenía Colón motivo, sino para vivir agradecido de los Reyes de España, en el periodo de años que nos ocupa. Aunque reconociera lo así, y aunque comprendiera que el aplazamiento estaba justificado

y era justo, como tenía el mo-
do y su la verdad de la idea que a-
cariciaba creía con fe firme, no pu-
do evitar la picadura de la impa-
ciencia. Además, su ambición de
gloria vióse fogueada por lo que a-
cababa de conquistar un portugués
ilustre, abriendo brecha en la mura-
lla oceánica que había de demoler
Vasco de Gama.

En Diciembre de 1487 llegó á
Lisboa Bartolomé Diar, capitán de
tres carabelas que el Rey de Portugal
envió al descubrimiento de la Guinea
y trajo noticias de que había descu-

bierto 600 leguas del territorio; 450 al
Sur y 150 al Norte hasta un cabo llama-
do por él de Buena Esperanza, situa-
do 450 mas allá de la línea equinoec-
ial segun el astrolabio.

La mañana, en la que hojas
de laurel recogió para sí Bartolo-
mé Colon, asombró á lo viejo Euro-
pa. Es creible que en el alma de Cri-
stobal Colportava, de un lado la emu-
lacion y de otro el convencimiento
de que hallandose Portugal mas en-
tregado que nunca al registro del
Atlantico, si pediaselos, daviále á
seguida los mástiles, que no podia

afirmar recibiria de Espana, ni aun
expirado el plazo que corria y supo-
niendo segura la entrada de los cru-
zados en la ciudad del Genil

Es explicable pues que en un
dia, en el que la emulacion indicada
y el ideal que acariciaba aumenta-
ron en Ovitobal la fiebre de la im-
paciencia producida por las dilacio-
nes, dando oidos a su cautela y
a sus desconfianzas, el Genovis escri-
biere al Rey de Portugal, manifes-
tandole, que deseaba parar desde
Sevilla a Lisboa. D. Juan II le con-
testó que le recibiria con agrado

y que le rogaba y encomendaba fuese pronto, — frase expresiva del interés con que el Monarca, apesar de los informes desfavorables de sus maestros y obispos, miraba el celebre proyecto.

El marino, cuando recibió la carta de D. Juan, carecia de recursos para emprender un viaje á la desembocadura del Tajo. Tuvo volos en Junio, pues en tal mes recibió por cédula real tres mil maravedises, mas la proximidad del alumbramiento de la mujer que amaba le impidió el utilizarlos

para tal fin. El 15 de Agosto la gra-
ciosa andaluza Nitole padre de D.
Hernando; y la sourisa del niño
volvió a fortalecer la ya casi rota
cadena con que las súplicas y las ca-
ricias de la Enriquez, habian ama-
rrado a España los designios del
futuro descubridor.

No hay plazo que no se cum-
pla ni deuda que no se pague, di-
ce un antiguo adagio español; y
el plazo señalado por los Reyes al
Senorís y a los partidarios del Gas-
nés, se cumplió al fin. La cruz
no coronaba todavía Granada,

pero la toma de Granada podia ya considerarse un hecho tan efectivo, cual si estuviese consumado. Hallábase Cristóbal en el real de Santa Fe; y con él hablaron los Monarcas del asunto, que penelia aun de decision definitiva.

Persuadido el marino de que sus hipótesis y cálculos enarmonaban a la voluntad real, puer la conducta de D. Fernando y D.^a Isabel desde la terminacion de las Conferencias de Salamanca así decialo, consideró que podia ya formular las recompensas que pretendia, sin comprometer la suerte

del proyecto, en el grado que si las hu-
biere revelado, en años anteriores.

Quizá las formuló también
por que le fueran preguntadas, pues
habrían necesitado los Reyes Católicos
no ser lo prudentes que eran, para
llegar hasta el ya vecino día de una
revolucion formal, sin saber las con-
diciones que estipulaba para aco-
meter la empresa, quien había la
concebido y lo que podría costarles
el patrocinarla. En Santa Fe, á
la vista de las torres granadinas,
decididas ya á conferir la fe bro-
tada entre las lágrimas y la san-

gre de Jesús, con tono majestuoso y al-
tura entereza, el imperio de un conqui-
tador y seguro de su desiquio, el hom-
bre que sin caer había recorrido calle
de Amargura muy larga, — una ca-
lle de Amargura, empedrado con des-
denes y epigramas, aunque alumbrada
con la luz de esperanzas dadas
con trovaderos y rociada con el bál-
samo de amistades bien acrisoladas. —
decidido á aceptar los cálices de la mi-
seria y no un pacto indigno de la
magnitud de lo que prometía, exi-
gió como remuneracion de los traba-
jos que iba á imponerse y de los ser-

vicios que iba á prestar á España
con los mástiles que ésta le entregara,
los títulos de Almirante, Visorey y
Gobernador de los países que descu-
briese y una parte de los productos
de los países que hallaría.

¡ Acto grande, este de la vida de
Colón! ¡ Acto sublime! ¡ por su noble-
za y dignidad; y porque es singu-
lar en la historia, pues en él se ve
un mortal sintiendo una realidad
más que magna, que no lo es aún,
y un desgraciado, decidido á conti-
nuar siendo, si para no serlo ha
de ofender con lo que estipule el de-

coro de la empresa que ha concebido.

Pareció, al receloso y suspi-
cor D. Fernando principalmente, co-
sa dura el conceder á Colón lo que de-
mandaba. Se hicieron tentativas pa-
ra que este modificase sus pretensio-
nes. Se negó á ello el Genovés. El Rey
Católico, al convencerse de que era in-
quebrantable la inflexibilidad del
proyectista, rompió con él y ordenó
que no se le volviere á hablar del asun-
to. Las conferencias de Sta Fe queda-
ron pues, de brusco modo interrum-
pidas. Este desacuerdo fue obra de la
perseverante altivez de Cristóbal en

su pretensiones;..... y tambien de la
luceniga de Halavera y sus particla-
rios, al decir de algun historiador.

Fundado los que tal creen su aseve-
racion en lo escrito por D. Hernandez
y el P. Las Casas. D. Hernandez, no es
la fuente de agua mas cristalina
para biografiar al Prior de Prado; y
al señalar a' este el P. Las Casas, como
una de las causas de lo despedido,
no afirma el dicho. Lo que aseve-
ra es, que se esse fuese.

J. Drovesa, desde el dia en
que los Reyes resolvieron lo que sabis
acerca del negocio que le habian

consultado, ni protegido ni molestado a Colón. Imperito en la cosmografía, á la luz de la ciencia antigua, vio errados los cálculos y las teorías de Cristóbal y lo manifestó así. Oyo á la Junta que presidia declararlos imposibles; y presentó al trono, cual tenia deber, el dictamen autentico de los letrados y marineros. S. S. A. A. acordaron lo que habeis leído; y como Sr. Hernando no tenia empeñado vanidad alguna científica en el informe oficial y la decision real que este habia avanzado, contenia realizadas las aspiraciones que habia en

movido á contrariar los deseos del hom-
bre de Génova, — del hombre de Génova,
puede decirse que no volvió á
recordarse. Que la autoridad de Sr.
Gobernando, sirvió sin autorizarlo él,
de bandera de enganche para for-
mal aquel partido hostil al proyec-
to, que tiró á boca de jarro y cañon
afirmado contra el Genovesi, invecti-
vas y burlas que destrozaron el al-
ma del grande hombre, — es verdad!
Que el ilustre jeronimo inspirara
y dirigiese el proceder de los palacie-
gos cortesanos, que unieron la amar-
gura de sus envidiosas ironias á la

de las irruias afiladas por los excépticos
y los rutinarios, — no! Los palaciegos
cortesanos aludidos, contrariaban la em-
presa del Genovés; y Sr. Hernando se opo-
nia á que los Reyes distrajesen tiempo
para discurrirla y fuerzas para ejecu-
tarla, á la que debería ocuparles en
tonces, totalmente.

A las Conferencias de Salamanca
asistieron: — el regidor perpetuo Rodri-
go de Maldonado, que habia pertene-
cido á la Junta de Córdoba; don Gutie-
rre de Toledo, primo del rey y abija-
do espiritual de Talavera; y Ramirez
de Villacueva, que fué despues Dean

del arzobispado de Granada y muy pro-
tegido del primer mitrado de la cated-
ral, que en el Genil se mira. No a-
sistió el P. Galavera. Ya se tratara,
y se trató en ellas del asunto, en el
terreno científico; y no se creia obli-
gado á intervenir en la discusión.
Y no portábase poco que el parecer de
los doctores fuese el mismo que el de
los letrados y marineros ó que lo revo-
case, siempre que lo acordado por
el tross, quedara firme.

Coló triunfó en Salamanca;
y; observadlo bien!, entró á servir
á los Reyes, sin que Fr. Hernando

se opusiera á ello. Mas tarde recibí
distinguidas tan honrosas, como la llama-
mada á Málaga; y tampoco Zala-
vea se ofendió por las mismas; y
á fe que no poco habriaule molestado,
de haber tenido su enemigo el
matiz y el sentido que se supone.
Mas aun! En un libro de cuentas
de Luis de Santangel y Francisco Pi-
nelo se lee: — Nos fueron recibidos é
pagados en cuenta un cuento é ciento
é cuarenta mil maravedis que distes
por nuestro mando al Obispo de Avila,
que agora es Arzobispo de Granada,
para el despacho del almirante D. Cris-

Hobal Colón. Es innecesario el recor-
darnos que este Obispo de Avila que
fue después arzobispo de Granada,
que aparece en la copiado pontifical,
llamabáse fray Hernando de Tala-
vera.

De lo manifestado se deduce que
el Crisóstomo jerónimo, suenigo
nada mas de la ejecución inme-
diata del proyecto de Colón, después
de haber hablado Salamanca, accep-
tó como verdad científica y de-
finitiva, que no erraba el Genovés,
mas siguió pensando lo mismo
que cuando lo creia equivocado.

Si por haber aplaudido la Florencia
del Hormei, los Reyes hubieran deci-
dido entregar á Cristóbal lo que pe-
dia, habriase opuesto á la revolución.
No obraron así, y no contrarió el
que murararan al genio ni le sum-
brasen el camino de esperanzas.
Esta era la actitud de Fr. Hernando,
al ocurrir la brueca ruptura de
Santa Fe. Es creible que como esta
ocorteció cuando la toma de Gra-
nada, si seguro, no era aun mu-
cho consumado, Fr. Hernando indi-
cara á la Corona, que el plaro para
resolver en definitiva en el asunto,

no estaba cumplido. Y lo es, que los
enemigos del proyecto por razones bas-
tardas, aprovecharan la mala im-
presion producida en los Monarcas,
por la altiver del marino, para fo-
mentar la ruptura, pregoncando
à campana herida por todas par-
tes, que las pretendidas recompensas
revelaban un orgullo desmedido en
el aventurero, y que seria indecoro-
so el otorgarlas. Sin embargo, la
causa del rompimiento no lo bus-
quei sino en la calidad y la can-
tidad de la remuneracion, que Cri-
stobal por sus trabajos, servicios é in-

Autrias, exigia.

Estudiaad los terminos de ella.

Colou queria:— contratar sobre cose in-
ierta; que fuere segregado de la Corv-
na á perpetuidad, el vecinato de
países de ignorada extension, el go-
bierno de pueblos numerosos y el
almirantazgo de los mares; y que se
creara un vínculo pinguis de inves-
tiduras en favor de una familia,
conviniendo el azar de que alguno de
los descendientes del marino, careciese
de las aptitudes precisas para desem-
peñarlas. Ahora bien, Fernando el
Católico, ó fuer de politico hábil con-

prendió, que si concediese las cosas
muy grandes y soberanas que se le
pedían, sin lesión grave ni mengua
de la autoridad real, no podría
cumplir las capitulaciones.

Y siendo el caso era, no había
de acceder a que el gobierno, la ad-
ministración de justicia y la sobe-
ranía efectiva de territorios más ex-
tensos que los de la Corona, quedasen
a perpetuidad en una familia,
cuyos individuos no tenían jurro
de heredad sobre las virtudes del
glorificador de ella.

Grave situación definió a

los amigos de Cristobal ha inflexibili-
dad de él. Convenidos estaban de
que el italiano por nada y por nadie
cederia ni un tantico en sus pretensio-
nes; de que era cosa dura el conceder
el Almirantazgo, el título de Visorrey
y lo demás que su apadrinado exi-
gia; y de que á ninguno de ellos oiria
el Rey, si se acercasen á hablarle de
reconciliacion; mas no desesperaron de
conseguirla. A alguien debió ocu-
rrirle entonces aconsejar á su prote-
gido, que visitara al guardián de la
Rábida, persona influyente en la Cor-
te y muy querida por Isabel la Católica

lica y procurase hervir la fibra del entusiasmo en el religioso, y determinarle a imponerse la tarea de terminar el desacuerdo de Sta Fé.

Cristóbal aceptó el consejo; y en 1491 marchó al claustro, que regia el bondadoso Fr. Juan Pérez.

El tipo más acabado de la entereza y la constancia llevado a la grupa de su cabalgadura, un dolor interminabilísimo; al estribo, la dignidad incólume, bien defendida por el carácter indomable que todo concede al mejor de los héroes; delante la seguridad de que el Prior le aten-

devia; y dentro de sí, el propósito de
recojer á Diego, trasladarlo á Córdoba
y alejarse de España, si la intervención
del guardián que iba á solicitar,
resultaba imposible ó estéril.

En su segunda visita á la Rábida,
Colón enteró de su teoría y sus
cálculos á Fr. Juan Pérez, señalándole
el calvario donde habian sufrido
en las márgenes del Guadalquivir
y el Taboas donde habian sido glori-
ficados, que alzabase en Salamanca;
le explicó el obstáculo que á la pros-
peridad de su idea se oponia; y le
manifestó la pretension que traia con

siglo. Fue esta vez Cristóbal habló con
el Padre de los proyectos que acaricia-
ba, en terminos mas expresivos que en
su anterior visita a la Rábida, en la
que limitóse a aludirlos con ocasion
de decir quien era e' de donde ve-
nia, — se deduce con naturalidad
de las palabras de Garci Fernánder,
el cual fué enviado a llamar por
el fraile, porque alguna cosa sabia
del arte astronómico, para que habla-
se con el Genovés e' viese razón so-
bre este caso del descubridor...

¡Si! En 1491, conversó acerca
de su proyecto con Fr. Juan, en tér-

minos explicativos de aquel, pues
asi tenia que ser, dado el fin que traia
a la celda del guardián. Y conve-
nió en presencia de Garci Hernández,
no porque Garci Hernández fuese
llamado a fallar litigio en definitiva
sentenciado ya en Salamanca, sino
para servir de interprete entre Fr. Cé-
rez, que nada sabia de cosmogra-
fia, y el Genovés. Este, el físico y el
buen franciscano platicaron acerca
de la situacion del futuro descubridor
y de los planes de él, y persuadido
el buen Prior de que convenia a tipo-
na el patrocinarlos a todo trance.

y de que el Trou no debía dar lugar
á que de ellos se aprovechara al-
gun principe de otro país, escribió
á Isabel la Católica una carta que
tenia á reanudar las interrumpi-
das conferencias de Santa Fe, pues
le suplicaba en ella que no abando-
nara el proyecto que le enviaba
Dios por mediación de Cristóbal,
de quien decía que lo retendría
en el monasterio, hasta saber el de-
cisivo acuerdo real. La envió con
Sebastian Rodriguez, piloto de Lepe;
y hospedó al Genovés en el convento.

Es verdad, como algunos escri-

tor sostiene, que á las conferencias de
la Rábida asistió Martín Alonso Pin-
son? ¿Lo es que éste, habiendo com-
prendido la teoría de Cristóbal, ofre-
ció su persona y sus bienes para ger-
tionar que la Corona se reconciliara
con el futuro descubridor? ¿Lo es que
el rico armador fue, quien buscó al
piloto Rodríguez para que llevase
á Isabel la Católica la carta de Juan?
¿Lo es que por su parte escribió á sus
amigos de la Corte, y aun á los mo-
narcas, recomendándole el nego-
cio? ¿Gonzalo Hernández, con sus pala-
bras no autorizó á dar afirmativa

contestacion.

Catorce dias despues de la salida de Sebastian, llegó la ansiada epístola de Su Altera, es decir, que Su Altera, solo tardó dos ó tres en contestar á Sr. Pérez; calculado el tiempo que el piloto tubo de emplear en ir á Santa Fe y regresar á la Rábida, lo cual testifica, cuán insoportable resultaba á la magnanima Señora, la razon politica que la elijaba del proyecto que atraíala con poderoso imán.

La dama insigne, en su carta, despues de dar gracias por su buen proposito al religioso, le ordenaba

saliese á seguida para la Corte y que
dejara esperanzado en el claustro á
Colón. El fraile obedeció á su Sobera-
na; y montado en mula prestado
por el honrado vecino de Moguer
Juan Rodríguez Caberudo, sin lú-
terna que le devaneciese las som-
bras de la noche y sin misdo á
los peligros del camino, ni á los
toragidos de las serranias, dyan-
do en la Rábida á Cristóbal, se tras-
lado á Santa Fe, con el objeto de
poner termino á la ruptura de
aquel hombre.

Cuando Fr. Pérez llegó á la

Corte, tubo de persuadirse pronto de que el logro de lo que se proponia era, si de consecucion dificil, no imposible. Sabia que no guardaba su ojo al Genovés la Reina; y que ella con su dilatacion y la humildad que le agraciaba la fortaleza del enemigo, hacia milagros. Sabia tambien que el rey estaba ofendido con Cristóbal; mas se persuadió de que contrariaba su ambicion nativa, no queriendo ni oír hablar del negocio que aceptase en principio en Córdoba y condicionalmente despues de haber ter-

minado las Conferencias de Salamanca.
Y como se convenció de que á D. Fer-
nando agradaban los planes del
Genovés, quizá más aun que repug-
nábale las estipulaciones que ha-
bia rechazado, y le constaba que Ga-
bel la Católica iba capaz de sacrificar
su vida á la gloria de su pueblo, de
aquí se que esperase ver cumplido
el deseo que traía de desde la Rábida,
una vez que la magnánima Sero-
ra lo patrocinara con decisión.

Recibido Sr. Juan Pérez por la
Presma é interrogado acerca de la
visita de Cristóbal y de lo que con él

habia hablado, el fraile refirió todo lo ocurrido, pintó con mágicos colores y unción profética a la magnánima Señora, el honor que al caucaria España patrocinando el grandioso proyecto; instó a la mejor de las Castellanas a aceptar formalmente lo ya protijado en principio y a no negatar las concesiones, considerando que todo sacrificio resultaba aceptable, ante la idea de que los Reyes de España, y no otros de la cristiandad, hiciesen suyos cetros riquísimos, aumentasen los

estados de la Cruz y adquiriera un
tal abundancia de oro que le per-
mitiese rodear de bienestar al pue-
blo de la Reconquista y rescatar el
Santo Sepulcro, cautivo de Mahoma.
Las palabras del Prior, y sobre todo
el concepto final, por naciente for-
mulado con tal claridad y valen-
tia aún, impresionaron mucho
a Isabel la Católica. Sin duda ha-
bia ordenado al Prior que se le pre-
sentase, porque de la carta de él
recibida, dedujo que había de
hablarle en los términos en que lo
hizo, y así iba oír palabras

que, cual ha de Fr. Juan Pérez, por
movidas y convencidas, pudiesen
neutralizar los escrúpulos que en
ella, — en Gabel! — auidan.

La egregia Señora creía en
la capacidad de Cristóbal y le en-
tusiasaban los planes de éste.
Aceptó la ruptura de Santa Fe,
mas sin duda con el propósito
de que no fuese definitivo. En tal
estado de ánimo la Reina, es na-
tural que, al recibir la carta de
su antiguo confesor, procediere
cual se ha referido. Ordenó a Fr.
Juan Pérez que se le presentara re-

pito, tal vez porque considerando
a este mucho, buscaba en las frases
de él, un motivo sobre el que fun-
dar en su interior una resolución
ya formada, de la que no quería
darse cuenta.

En secreto quizás tenía deci-
dido, no bien quedase libre de preocu-
paciones ó antes, si veía camino de otra
Corte á Cristóbal Marnar á este, si por
modo hábil que ocultase la real ini-
ciativa no lograba atraerlo, á fin de
intentar el poner término á la dis-
conformidad, originada por las pro-
posiciones del italiano. Quizás la

magnánima Reina guardaba en
el fondo de su ánimo, para que
ni ella misma la supiere, el pro-
pósito de conceder á Cristóbal lo que
pedía, si insistiere Cristóbal en no
modificar sus estipulaciones; y fue
el discurso del guardián el que lo
sacó á la superficie é hizo visi-
ble á D.^a Isabel.

La carta de Sr. Juan Pérez dió
á la inmortal princesa el modo há-
bil que buscaba; y la entrevista con
el confesor, base para proponer á
don Fernando la conveniencia
de volver á vivir al Genovés, ya que

no se atreviese á transparentar á su
marido la esclavizada hembra su
inclinacion de conceder al extranje
ro lo que exigia, si perdiase toda
esperanza de que variase las ya co
nocidas pretensiones.

Tal fue el resultado obtenido
por las recomendaciones de Sr. Juan Pe
rez en favor de la empresa. D. Gabriel
la executó para repercutirlas en D.
Fernando; y la repercusion produjo
la obra de que D. Fernando quisiese
volver á ocuparse en el asunto que
tenia abandonado. Sin duda que
en este cambio verificado en la volum

tacl del monarca, tuvo parte prin-
cipal D. Juan Cabrero.

En una carta dirigida al
Rey, escribió Colón que el susodicho
maestro del Principe Arzobispo
de Sevilla D. Fr. Diego de Daza, y el
dicho camarero, Juan Cabrero, ha-
bian sido causa de que los Reyes tu-
viesen las Yndias. El P. Las Casas di-
ce, que muchos años antes de ha-
berlo visto escrito de letra del Al-
mirante, habia oido decir que
Daza por sí y el camarero ara-
gonés lo mismo, se gloriaban que
habian sido la causa de que los Reyes

tuviere en las Indias.

Antes y después de la ruptura de Santa Fe, — corrieron en verdad el peligro de perderlas. Corrieronlo: — después de haber dictaminado oficialmente los juitados en Córdoba; y en aquel instante en que el Genovés recibió la conocida carta de ruego de D. Juan II. En ambas circunstancias lo alejaron Beatriz Enriquez, y el P. Dera; y auxilió en la obra fray Antonio.

Lo corrió también en la circunstancia que vamos á señalar;

A consecuencia de las gestiones

de Sr. Perez en el real de Granada, la
Reina envió a Cristóbal por conducto
de Diego Rodrigo Prieto alcalde de
Palos, veinte mil maravedises en flo-
vines, a fin de que se vistiera honesta-
mente e comprase una bestia que
la se pareciese ante S. A. Recibida
la indicada cantidad por el ita-
liano, se trasladó este a la Corte.
En ella otra ruptura entre él y el
trouo surgió por una razón econó-
mica, es decir, porque aun supri-
mido el obstáculo procedente de lo
altivo de Cristóbal, no resultaba
posible el aceptar la supresión por

la falta de recursos del Erario. España estuvo á punto de perder las Yndias entonces, pues Colón llegó hasta Pinos, venuelto á abandonar España. Volvió atrás y Juan Colomo extendió las capitulaciones y los despachos que conocéis, por que Santangel prestó florines.

Por último corrió España el peligro de perder las Yndias, cuando el illustre nauta se vió vencido por la resistencia pasiva á embarcarse de los hombres de mar de Palos, Moguer y Huelva; y lo evitó Martín Alonso Pinzón. En estas

cuatro ocasiones, no fué Cabrero quien resolvió la dificultad que se oponía al logro de los propósitos del Genovés.

A la llegada de Colón a España, quien más procuró que aconteciese el hecho de que las Indias nos pertenecieran fué, el Duque de Medinaceli. A la llegada a la Costa, los que en tal obra colaboraron fueron, Quintanilla y el Gran Cardenal. Y después de terminadas las sesiones de la Junta de Ultramar y marineros, los dominicos salmantinos, que presididos por su Prior, acercó al trono el P. Dera. Si no aceptais la intervención eficaz

que atribuimos á Cabrero en la terminacion de la ruptura de Santa Fe, la frase citada no podria serle atribuida con más justicia, que á la Marquesa de Moysa, á Gaspar Grieco, ó al ama del Principe Juana de las Torres.

El triunfo del Prior de la Rábida en la ciudad campamento, fué completísimo; y lo participó, á Garcí Hernández, en una carta que llevo á Prieto, y á Colón en otra, en la que le recomendaba á la Corte. El marino atendió la recomendacion de su bienhechor; y con florines en el bolsillo

y henchido el pecho de esperanzas,
marchó á Córdoba á vestirse con de-
cencia, y desde Córdoba al real de Gra-
nada. Le recibió en él con los brazos
abiertos el buen Prior; lo aproximó
al trono; y dejándolo ya palpau-
do el instante de que fuesen, un
hecho el comercio de las bares de la
empresa y realidad las esperan-
zas que se le tenían dadas, sintien-
do la necesidad de tornar al claus-
tro que guardaba, regresó á él.

Dr. Juan Pérez volvió á su con-
vento con la satisfacción de haber
destruido un obstáculo que se oponía

a' la gloria de la patria, o' sea, con lo
de dejar a' los Reyes decididos a' acep-
tar las condiciones que estipulaba el
Genovés. Bendicidle!, diciendole que
vaya en paz!, porque ha embelleci-
do con la memoria mas insigne,
un lugar edénico, sembrado de in-
signes memorias. Oh! Vega de Gra-
nada sin rival, que parece un cie-
lo desterrado y caido! Fué servite
de teatro al último libro de la gran
Iliada, cuyos cantos se intitulan
Covadonga y Jimaneas y Clavijo,
Calatayud y Toledo y las Navas y el
Salado, y cuyos heroes se nombran,

como los reyesillos que tienen por esta-
dos y trono algún aislado monte y el
peñasco que lo coronaba, y como los
Amibales y Leonidas cristianos que
jordanizaron el Ebro y plantaron
la cruz en Mallorca y Sicilia, o la
esculpieron sobre la Acropolis ate-
niense y sobre las hieráticas puer-
tas asiáticas. Fué prestaste escena-
rio á los tiempos feudales para
desenlazararse; y á los tiempos mo-
dernos, sol para amanecer. Fué la
vorate la sabia primavera que
cubrió de flores el árbol del renaci-
miento español. Fué llevar un nom-

bre que nos hace acordarnos: - del
romancecero morisco que presentamos,
en conjuncion peregrina, el genio
occidental y el del Oriente; de la cuna
de nuestro teatro; de las conchas de
oro, que brillan sobre espléndidas
púrpuras, en las capillas sepulcro
de los Albornoz, que tan bien calza-
ron la bota de acero armada de
clavaquinada espuela; de ille-
rias de coro y patios platerescos y
maravillas de la arquitectura
eclesiastica, que admirará siem-
pre la humanidad culta; de la
juventud de los que es el crepúscu-

lo resplandor de la vida, en contraron
las corrientes del Misisipi; y de la
del capitán tipo que pudo dar á
su tumulto, la épica sombra de dos-
cientas banderas y dos pendones rea-
les. Muchísimos son los hechos ben-
éritos, á que has dado decoracion.
Entre ellos sobresale por su grande-
za, la reconciliacion que deberis
agradecer siempre á Sr. Juan Perer.
Oh! si. Porque de no haberla come-
nciado el bondadoso guardian, no
veriais el Atlantico y el Pacifico en-
gavzados, en el blasón de España.

VIII.

Tercera visita de Colón a la Rábida.

~~~~~

Reanudadas por Cristóbal las rotas negociaciones con el trono, por la intervención de Fr. Juan Pérez, en el grave asunto que a aquél preocupaba y ya plantada la cruz argéntea del Gran Cardenal en la céntrica torre de la estalactítica Alhambra, no el cofrecillo de Habel la Católica, vació entonces las joyas (110), y si el arca de Luis Santangel, permitió a los Reyes el proporcionar al Genovés los recursos que querían

y no podian darle. Aquel cristiano  
nuevo y prestamista de oficio, adelan-  
tò los maravedises de que Castilla y  
Aragon carecian; y no porque  
al reembolsarlos cobrara intereses,  
dijo de prestar un gran servicio à  
la humanidad.

Firmadas las capitulaciones  
de Santa Fe y provisto de despa-  
chos, títulos y mandamientos rea-  
les, salió Colón de Granada el 12 de  
Mayo de 1492, para equipar en  
los las tres embarcaciones que ha-  
bia pedido siempre à los troncos y  
que ya habian sido concedidas.

Mayor facilidad ofrecian al Genovés, al logro de su propósito, cinco puertos de España; y sin embargo, prefirió a los demás el humilde puertecillo andaluz, de celebridad hoy tan envidiada.

La causa principal de esta eleccion no debió ser, el afecto que profesaba a aquel lugar el naufrago de 1484, ni el propósito de evitar la publicidad del viaje. A mi juicio, Cristóbal fijó los ojos en Palos, porque sobre la marinería de él y de los lugares vecinos, ejercia mucha influencia D. Juan Pérez. Allí se

presentó con dinero y autoridad pa-  
ra armar la expedición; y encontró  
apoyo efectivo. El Miércoles 23 de Ma-  
yo de 1492, leyóse en la Iglesia de San  
Gorje la Real provision, preceptiva  
de que fuesen entregadas al Genovés  
las dos carabelas con que el Consejo  
habia condenado a la villa a servir  
a su costa por tiempo de un año,  
por culpas fechas e cometidas en  
deservicio de los Reyes; y en el mis-  
mo dia, los Alcaldes facilitaron a  
Cristóbal lo que se le mandaba.  
Hombres no pudieron darle en él,  
ni despues, porque no se encontró



quien quisiera tripular de buen grado  
las naves embargadas, por la razón  
ya aducida. Tampoco lograron  
proporcionarlos con sus apremios  
Peñalosa y el corregidor Cepeda.  
Los despachos hablaban de ir á al-  
gunas partes de la mar oceana so-  
bre cosas muy cumplideras, á servi-  
cio de Dios e' de los Reyes, mas á tra-  
vés de estas palabras y de los acopios  
de viveres para un año que se hacia,  
la gente leía y veía que se proyecta-  
ba un viaje parecido á las expedi-  
ciones costeadas por Portugal; y el te-  
rror que infundia el Atlantico po-

blado de fantásticos peligros, y el re-  
cuerdo de que las carabelas lusitanas  
habian tenido siempre que volver las  
proas sin topar la tierra que bus-  
caban (111), apartaron á los mar atré-  
vidos de la idea de embarcarse.

Los ejecutores de las reales órde-  
nes aprestaron la artilleria para des-  
truir la resistencia pasiva de los q̄-  
solo aparentemente, sometianse á  
lo mandado por la corona; mas  
el apresto de la artilleria no destru-  
yó la resistencia pasiva. Conven-  
ciedo Cristóbal de la esterilidad de  
las medidas de rigor, empujado

por la fe que tenia en su proyecto y  
por la audacia sin rival en la histo-  
ria de que estaba dotado, decidió,  
antes que abandonar la empresa  
en que hallábase empeñado, lanzar-  
se al océano con barcos en cualquiera  
tomados al azar y tripulados con  
malhectores. Obtuvo la Real provi-  
sion, fechada en Granada á 30 de  
Abril de 1492.

La expedicion podia darse por  
fracasada, pues la gente honrada  
negábase en absoluto á asociarse á  
ello, apesar de las recomendaciones  
de Fr. Pérez, y la compra de los pre-

si diavios, si la conseguia, traia en sí  
aparejada la seguridad de que no  
Negaría á buen término el viaje pro-  
yectado. Se hizo, porque para que  
se hiciere habia querido Dios, que  
cerca del mar, fuese edificado el mo-  
nasterio de la Rábida, en el que alo-  
jabase á la sazón el loco de Génova  
y del que salió el poder que presto  
fuerza á este para triunfar de los  
terrores, y de la resistencia obstine-  
da de la ignorancia.

En la tercera visita de Colón  
al célebre convento, los claustrales  
de él y la celda de Fr. Juan fue-

non teatro de reuniones ideadas por  
éste, á las que existian además del  
gran marino y el guardián, el fisi-  
co Garci Hernández y varios religio-  
sos. En ellas asesoraron después algu-  
nos hombres de mar de Palos y las  
cerreanías, atraídos por el P. Juan y  
su ilustre amigo, al deseo de que se  
realizara la expedición. En tales  
reuniones, se discutian los obstacu-  
los que iban presentándose á Cri-  
stóbal; se procuraba avizorar el en-  
tendimiento para que viese el ca-  
mino de destruirlos; y se acarició  
siempre la aspiración á que tripu-

lavan las carabelas hombres prácticos  
y valientes. No se ocultaba al Guoví,  
y el Guoví no lo ocultaba, ni se o-  
cultaba a los que con él conversaban  
a diario, que la navegación era  
peligrosa y para hacerla se nec-  
esitaba gente probada y excepcional.

Por esto, solo cuando des-  
peró de hallarla, descubrió el in-  
dagar voluntades en los presidios.

Necesitaba un tercer buque para  
formar la flota expedicionaria  
con las dos carabelas que tenía em-  
bargadas, y los venidos en la Rá-  
bida fijaron la atención en la Ma-

vigilante del aventurero Juan de la Cosa.

El animoso y entusiasmado vicario, oyó con agrado las proposiciones que hicieron; y fue alguna vez al monasterio a tratar de las mismas. No se decidía a aceptarlas, porque sabía que la idea de la ya sabida expedición aterraba a los triquiantes de la carabela que mandaba, cuando se le ocurrió a Fr. Juan Pérez que Colón debería hablar a los Piñones, marinos más antiguos y experimentados que el piloto de Santorice.

Martin Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martin Alonso Piñón, por

tenecian á una familia honrada, rica,  
dedicada á especulaciones mercantiles,  
que verificaba en naves propias, y  
de gran prestigio en la comarca. El  
mayor de los tres, habló Sr. Juan de la  
empresca proyectada; y consiguió  
surojecerle el amor patrio, agitarle  
la audacia, afilarle la codicia, es-  
timularle el afán de gloria y de no-  
bre y ponerle en comunicacion con  
el Genovés.

Pocas conferencias bastaron pa-  
ra que la palabra eloquentísima  
de Cristóbal y los halagos, ofreci-  
mientos, que le hizo, decidiesen á



Quisieron á emprender el viaje proyectado. Era Martín Alonso, según dice el más entusiasta de sus biógrafos, experto piloto, buen capitán, gran marinero; y habiase ejercitado en la navegación desde edad muy temprana. Conocia el Atlántico del Sud hasta la Guinea y las Canarias; y había convertido en temido su mástil, durante la guerra de Portugal. Afortunado en los negocios, poseía la nave que mandaba y en todo ó en parte otras, dedicadas á lucrativo tráfico. Sabia en mucha manera; hombre el

mas determinado y valeroso de aquel tiempo y el mejor de él para cualquier accion de guerra o de mar; dotado de caracter enérgico y honorífico de purísima; gozaba entre sus coterraneos de auto-riedad, estimacion y prestigio. Amaba la gloria; y tenia ambicion como todos los seres superiores.

El acuerdo científico estableciose entre Cristóbal y Martin inmediatamente, porque los dos juraban, posible el hallazgo de tierras navegando hacia el O. y probable que recompensara bien

los sacrificios que el buscarlas impu-  
siese. El uno partia de un error teó-  
rico, que le hizo encontrar lo que  
no perseguia y morir sin saber la  
existencia de América. El otro razo-  
naba, basando su juicio sobre indi-  
cios recogidos en las conversaciones  
con las gentes de mar. No es extraño  
pues que el gran práctico comprendie-  
ra y adoptara a seguida el plan, que  
el gran teórico le ofrecia, y que de este  
era flor.

En la discusion de las ventajas que  
a cada uno de ellos hubiese de reportar  
la empresa, entendiéronse tambien

el marino de Génova y el capitán de  
Palos. Asociado Martín al magnifi-  
co proyecto, impulsado por las elos  
pasiones indicadas su otro lugar,  
tomó a su cargo el armar y equi-  
par la escuadra, que hacía falta  
al futuro descubridor de América.

No bastando los maravellises  
de Soutangel para laurar al mar  
bajeler apovisionados por un año,  
facilitó dinero al Genovesí, y mas  
enardecido de entusiasmo cada día,  
conagró la actividad toda que  
le caracterizaba, é le tarca de a-  
pretar la expedición. Por su conse

jo, fué alzado el embargo de las  
carabelas causado por el escribano  
Alonso Pardo. Con otras dos suyas  
y de sus socios las substituyó ventajo-  
samente; y contrató la Santa Ma-  
ria, cuya tripulacion se animó  
á hacer el viaje, estimulada por su  
capitán Juan de la Cosa y por el ejem-  
plo de Martin y sus deudos. Y por  
calles y plazas se dedicó á infundir  
valor á los tímidos y á persuadir  
á los que vacilaban, á engañaron  
marineros para dotar las embarca-  
ciones, prometiendoles que surcan-  
do el Atlantico, hallarian casas

con tejas de oro y además riquezas  
y buena ventura.

Ma's gente animó y allegó á  
las naves Martin con sus obras, que  
con sus palabras. Al convocar á  
los marineros, no pocos negaban-  
se á entrar en el Henebrero, por  
temor á lo desconocido; mas al  
ver á bordo con el gran Pinzon, á  
los hermanos de él, los Niños y  
los dueños de estos armadores y pi-  
lotos, sintierouse arrastrados por  
las promesas y seguridades del Ca-  
pitán y las dadivas que les ofrecia  
para que pudiesen dejar pau-

a las familias respectivas durante  
la ausencia, y desapareció la vaci-  
lacion en los indecisos. Asi se ar-  
mó la expedicion; y se encontró to-  
do lo necesario para el viaje. La  
actividad, la pericia, la influen-  
cia el prestigio personal de Martin  
en la comarca, destruyeron las difi-  
cultades que amagaban con un fra-  
caso al hijo de Génova, y entregaron  
a este navees muy aptas para seme-  
jante hecho (112), tripuladas por  
vizcaínos y andaluces, buenos y  
cursados hombres de mar (113). E de-  
cir, le proporcionaron, lo que él no

habia podido conseguir y los Reyes  
desearan tuviese: - las mejores cara-  
velas de Andalucia y gente todo-  
fiable y conocida. (114).

El armador illustre puso con  
noble desinterés su caudal, su nom-  
bre, su vida y la de personas muy  
queridas a disposicion del Genovés.  
Dio al proyecto, el braso que nece-  
sitaba para ser ejecutado. Ya le  
expedicion el auxiliar, el lugar-  
teriente que hacia falta a quien  
habia de dirigirla.

La fe y la perseverancia de  
Colón habian conseguido que los



Reyes aceptarau el célebre proyecto.  
La ejecución de él habria sido im-  
posible, sin el concurso de Martín  
Alonso. El Genovés con sus dotes exi-  
mias, la proteccion real y la auto-  
ridad que le daban las Capitula-  
ciones de Santa Fe, sin el auxilio  
del capitou de Palos, no habria ha-  
llado las Indias.

Lo reconoció así Bartolomé Co-  
lón; y lo han reconocido Bernal-  
der y el Obispo de Chiapa.

He aquí los servicios que Martín  
Alonso prestó á Cristóbal, antes  
de que salieran al mar las tres ilus-

tres carabelas. Tambien se los dispen-  
só muy señalados, despues de em-  
barcados.

Al tercer dia de viaje, se le rom-  
pió y desmenujó el timon a' la Pin-  
ta, y la Pinta comenzó a hacer a-  
gua, — desgracia que sintió  
mucho el jefe de la escuadra  
porque no podia ayudar a re-  
mediarla a' Martin i efecto de que  
estaba el Atlántico muy picado,  
y porque sospechó que habia o-  
currido, á causa de que premedi-  
tadamente, iba la carabela mal  
aparejada y peor carenada. Colou

se vió maltado de preocupaciones, á consecuencia del fracaso. Alguna pena perdió, según el mismo nos dice, porque confiaba en el ingenio del explorado Pinzon. Y confiaba con justicia. Martín halló sin dificultad inmediatamente, medio de proveer á la reparación de la carabela. El timón reconpuesto, volvió á saltar. Fue sujetado con cuerdas; y la Pinta, dirigida hacia la isla de Laurarote. Allí llegó dos dias después; y allí quedó. Cristóbal siguió navegando para tomar la Gomera. No logró sin trabajo, y provisto de lo que necesitaba, regresó á la isla.

Canaria. La Pinta fue acobada muy bien. Con cuidado y diligencia se calafatearon y reformaron el casco, para lo cual hizo preciso el montar la; recibio un fuerte timon; se la dotó de condiciones de resistencia; y una vez cambiado en ella el aparejo latino por otro de cruz, y cambiado tambien el velamen en la Nisa, continuó el viaje.

Las operaciones indicadas ejecutáronse con rapidez e inteligencia, por obra de la actividad e ingenio del Almirante y por obra de la actividad e ingenio del segundo jefe de la

escuadra.

En los dias que emprendieron los expedicionarios de tinea a Otra isla en el archipiélago Canario, buscando lo que necesitaban para volver a darse a la vela, una erupcion del Pico de Teide aterró a los marineros, quienes a la vista del espectáculo, empezaron a murmurar si seria aviso de Dios para que desistiesen de la temeraria empresa. La calma volvió a los ignorantes y spiritus, a los conjuros de la palabra de Cristóbal y de Martin Alonso.

Murmuraciones tuvo que sufrir Cristóbal, en su arriesgado viaje. El

Diario de él nos dice, que el 22 de Septiembre se felicitaba Colón de que hubiesen venido aires contrarios, porque ellos habian calmado la ansiedad de los individuos, que en los bajeles andaban muy estimulados. Dícenos tambien, que al inmediato día murmuraba la gente, al ver la mar muy brava. Y dícenos por último, que el 10 de Octubre, el inmortal marino escribió la frase que sigue: Aquí la gente ya no lo podia sufrir: quejábanse del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo dándoles buena esperanza de los prove-

chos que podrian haber. Y añadio, que por demás era quejarse, pues él habia venido á las Yndias, y que así lo habia de proseguir hasta hallarlas con la ayuda de Nuestro Señor.

No cabe dudar despues de lo leido, que en el intervalo de dias que transcurrieron desde la primera manifestacion manifestacion de disgusto en la marineria hasta el 10 de Octubre, el Almirante tuvo que calmar con sus razones y vencer con su autoridad á sus subordinados, porque le contradecian. La negacion era temeraria; cada dia, á ciertas alturas de ella, aumentaban

los centenares de leguas que separaban  
la flota de la patria y las señales de tie-  
rra fallidas; y aunque las tripula-  
ciones confiaban en el valor y pericia  
de sus jefes, no es extraño que se que-  
jasen, al ver ponerse y salir inútil-  
mente soles y más soles, surcando  
aguas nunca desconocidas, en cuyo  
extremo la ignorancia había api-  
ñado todos los peligros posibles. El  
10 de Octubre las murmuraciones  
fueron más pronunciadas; y se-  
gún un testigo presencial, estuvie-  
ron a punto de traducirse en un  
acto sensible. Absorto hallábase Co-



hizo en sus pensamientos y cálculos, en  
el castillo de popa de la Capitana.

Ocurriosele el volver la cabeza; y á  
espaldas de él, vió un semicírculo  
de marineros en actitud sospechosa.

Con su mirada serena y su ros-  
tro sorprendido y enojado, confun-  
dió á aquellos chicos, que veía en  
disposición de amotinarse. Ponien-  
dose en pie, preguntó al mas audaz  
por qué causa habíasele acercado.  
El pobre marinero, rojo de vergüen-  
za, manifestó, que él y sus cama-  
radas iban suganados; raxosó su  
opinión; y pidió al Almirante

que volviere las proas de las carabe-  
las hacia la madre patria. El Al-  
mirante reprendió con acritud  
á sus subordinados; les exhortó á  
perseverar en la fe que les impulsara  
un día á lanzarse al mar; y les ex-  
puso las razones que tenía para creer  
que estaba muy próxima la tierra  
que buscaban. El discurso de Colón  
fue interrumpido por murmullos  
y voces; y para evitar el desacato  
gritó Cristóbal con imperio que no  
tomaría resolución, sin consultar  
á los Señores. La frase pareció bien  
al auditorio. Colón bajó del castillo;

ordeno que se hiciesen señales á la Pui-  
ta y la estiba; y ambas barloventea-  
ron sobre la Sta Maria.

Reunidas al alcance de la voz  
las tres carabelas, Colón manifestó á  
Martin Alonso que la gente deseaba  
volver á España y que á él parecia-  
le que murmuraba con motivo. Com-  
prendió Pinzon el sentido de las há-  
biles palabras del jefe y lo que en la  
capitana ocurría; y con energia épi-  
ca contesto: - Señor, aunque fuera  
merced media docena de ellos, ó eche-  
los á la mar, y si no se atreve, yo y  
mis hermanos barloavemos sobre ellos

y lo haremos; que armada que salió  
con mandado de tan alto príncipe,  
no ha volver atrás sin buenas nuevas.

Las frases del atrevido capitán  
llanaron de alegría el corazón del Ge-  
noveí, quien tomando el carácter  
de defensor y el de paternal jefe ex-  
clamó; — Martín Alonso, con estos hi-  
dalgos hagámonos bien y andemos  
otros días, e' sin en estos no hallare-  
mos tierra, darémos otra orden  
en lo que debemos hacer. Adelan-  
te! Adelante!, gritó Pinzón. Ade-  
lante! repitió Cristóbal. Y Adelan-  
te! respondieron, todos los que

tripulaban las carabelas. La frase  
«porque vuesa merced», impidió el  
que los expedicionarios, quizás hubie-  
sen obligado á su jefe á volver la proa,  
cuando casi se palpaban las puertas  
del asediado eden que perseguia.  
Porque si ha parado ya á la firmi-  
cion de la fábula el motin arriado, á  
la vez que han parado el misdo de los  
Prisioneros y el desmayo del Almirante,  
pues la critica historica, tras arduos  
estudios ha averiguado, que ninguno  
de los capitanes, ni de los maestros,  
ni de los pilotos, ni tal vez de los indi-  
viduos que llevaban cargo á bordo

de le atrevido esquadra, pero duran-  
te el viaje á que nos referimos, en vol-  
ver á Lyona, sin haber dado el tér-  
mino posible al proposito que le ha-  
bia lanzado al mar, no podéis negar-  
me, que en alguna hora la calma  
se alteró en los bajels & arpados en el  
Mediterraneo andaluz.

La constancia de los vientos en  
varios dias; los cálculos de la distancia  
recorrida, que haciau el piloto y el  
marinero; el devio de la aguja; la  
inmensidad, que constantemente  
veian en el mar los expedicionarios;  
sugendrarou, al calor del natural

deseo de volver á la patria en los espíritus  
más rústicos de las tripulaciones, y  
aun en otros acostumbrados á largas  
travesías, la preocupación que se trocó  
en recelo y desconfianza en primer ter-  
mino y que tradújose después en mur-  
muraciones y quejas que siempre  
desvaneció el Genovés y que cristaliza-  
ron un día en una forma, que im-  
plicaba que en los subordinados se  
habían aflojado momentáneamen-  
te los lazos del respeto al jefe.

La indisciplina llegó á aso-  
mar en la escuadra la cabeza. Hú-  
puzón el que le obligó á conderla, en-

viando la energía que caracterizábase,  
le, en auxilio de la habilidad del  
Almirante.

La autoridad de éste quedó  
incólume en aquel viaje que se  
hizo á través de espantosas solada-  
des del jamás surcado Oceano, lo  
cual se debió: - al valor de los que  
triñulaban las carabelas; á los pres-  
tigios de que rodeaban á Cristóbal  
su magnanimidad, su fe, su cla-  
rividencia de los fenómenos de la na-  
turalera, sus instituciones geniales,  
su calma y la serenidad de su ju-  
icio; y á los de que rodeaban á Mar-



tin su saber, su carácter, y la majes-  
tad de su alma, abierta a todas las  
ideas magnas y atrevidas. En las  
horas de angustia y murmuracion  
ya aludidas, y el célebre to de Oc-  
tubre sobre todo, cual un historiador  
dice (MS), una palabra del capitán  
de Palos árbitro absoluto de la volun-  
tades embarcadas, hubieran podido  
poner terminus al viaje y quizará a  
la vida de Colón, pues no se olvide  
que Martín asegura llegaron algu-  
nos marineros hasta consultarle,  
si bien con voz muy baja y en determi-  
nados corrillos, si deberian desrocene

de su jefe. No lo negaréis si pen-  
sais, en que supo aquel sobreponerse  
á todo y á todos, desvanecer los mie-  
dos, acallar las quejas, y dominar  
las protestas, en los trances á que nos  
referimos.

Med los servicios de mayor im-  
portancia prestados por Martin Alon-  
so al Genovés, durante la expedición  
más audaz que las aguas maríti-  
mas han presenciado y á los que  
podríais añadir otros muchos más.

Apreciándolos se llega á la  
conclusión de que el título de descu-  
bridor de las islas indias, á Cristo-

bal y solo á Cristóbal corresponde; y á  
la de que Cristóbal no lo tendría, si con  
su ciencia, su dialéctica persuasiva  
y su constancia, no se hubiesen alia-  
do la genialidad, la práctica en la  
navegación, los recursos pecuniarios  
y las dotes de mando del capitán va-  
leroso, que así ayudó á su jefe á  
reparar averías, como á discernir  
juicios en los fenómenos naturales.

Y no es un entusiasmo irrefle-  
xivo, el que nos impulse á hablar  
en estos términos. Unas idolatras  
de Colón tendrán que apreciarse así,  
si los sentimientos de Colón estudia,

Está averiguado, que una de las ra-  
zones principales por la que contra-  
rió al scanta ilustre la pérdida de  
la Pinta en un mar desconocido, fué  
porque tal desgracia, privábale de  
los servicios de Pinzón, que juzgaba  
le eran muy necesarios. Y juzgaba  
bien, porque de no haber ocurrido ella,  
la capitana no se habría perdido.  
Y juzgaba bien, porque el extravío  
del capitán de Palos, le privó de  
su ojo marintero de primer orden,  
de un auxiliar irreemplazable y  
de un asesor cuerdisimo, alaban-  
za que no negaréis á Martín, si

recordais: - la voz de ¡tierra!, salida de la Pinta; la oposicion que hizo á que se edificase un fuerte en la Española el célebre armador; y la difícil y hábil marcha de él desde las Arnoes á la patria, con el mástil roto y un temporal deshecho. Y juzgaba bien en fin, porque el estudio de la direccion que propuso Martin Alonso, á la vista de la carta de Boscanelli, nos enseñamos que la linea que trazaba aquel era mas directa y breve, que la seguida por el jefe de la flota expedicionaria, y que el ilustre capitán fué consumado maestro en

el arte de estimar las apariencias ocu-  
licas.

Repetámoslo otra vez. Cristóbal Co-  
lón descubrió América, aunque sin  
saberlo. La descubrió, aunque sin sa-  
berlo, por Pinzón, que bajó al sepul-  
cro acompañado de una idea, que  
no se encerró en el del Almirante...  
..... de la idea!, de que había ya de-  
saparecido el misterio de la tierra  
desconocida.

Si la Rábida había faltado  
a Colón para ejecutar su proyecto  
sublime, el braro material. Tal debi-  
ra ser el mote del escudo del claustro

que proporcionó al insigne nauta:—  
blanda cama y mesa de blancos mante-  
les; balsamos benditos; y todo lo que  
necesitaba para poder descubrir un sol  
y un cielo de singulares atractivos, y  
un continente, que es talamo nup-  
cial sobre el que entre flores y perlas,  
perfumes y bien concertados ritmos,  
ha quedado engendrada una civili-  
zacion, predestinada á sentarse  
en el trono augusto de la historia.

## IX.

### Deducciones históricas.

Es más cierto que á M. Juan Pizar de  
ben España las Indias, que la frase

afirmativa de que las debe al P. Dera.

El proyecto de Cristóbal tendia:-

- a ampliar la esfera de los descubrimientos por caminos mas difíciles, que el buscado por el solitario de Sagres; y a abrir a la navegacion y al comercio, horizontes desconocidos y esplendidos. El buen éxito de él, habia de dar noticia de tierras y seres ignorados y de facilitar la civilizacion humana. Sedu-  
cia, entusiasmaba, pero tenia far-  
de utopicos a los ojos de la ciencia  
antigua. Luchó con enemigos muy  
poderosos, que fueron:- las preoc-



paciones científicas; las intrigas cortesanas; el orgullo de la ignorancia; las burlas de los incrédulos; la pobreza que afligía á veces y lo atteraba que jamás abdicara el que habiéndolo concebido; la impaciencia que toda dilación produce, en el que se ve aprisionado en ella; la escasez del Tesoro de Castilla y Aragón; y el terror universal que inspiraba el Atlántico. Para no rendir el espíritu á las burlas é invectivas de que era objeto y á las intranquilidades sentidas en los años en que solo escuchó repeticiones, dióle armas el amor.

de D.<sup>a</sup> Beatriz Enriquez; y para des-  
hacer las intrigas cortesanas dieronse  
los los Quintanilla y Mendoza. Pa-  
ra luchar con las preocupaciones  
científicas, saetas afilóvule Fr. An-  
tonio que las vivió en Córdoba y el  
P. Dera que les preparó sepultura  
en Salamanca. Para que no le pu-  
judicase la inopia del Erario, en-  
contró un Lautenget; y un Mar-  
tin Alonso para devanecer los te-  
nidos de los marineros de Palos Mo-  
guer y Huelva. Mas toda la obra  
ejecutada por los Quintanilla, le  
Enriquez, Fr. Antonio y el P. Dera

quedo' inutilizada un dia en He Fe.  
De haber subsistido la celebre ruptu-  
ra, Colón habria abandonado Espe-  
ña y el acto de Santangel y los ac-  
tos de Pinzon, no se habrian ejecu-  
tado. Suprimid á Fr. Pérez; y  
resultarán estériles todos los herois-  
mos empleados en pro del proyecto.  
Habria tenido este protector, y con-  
quistado la opinion de los sabios.  
Ejecutado, no lo habria sido.

Veamos la parte que correspon-  
de á la Rábida, en la sublime obra.

Cristóbal salió de Portugal  
acompañado de una idea de eje-

cion difícil, porque era grandio-  
sa, nueva y temeraria, y de un ú-  
nico, que le precisaba dejarle en  
un hogar de confianza, si había  
de disponer de libertad para ha-  
cer la vida que las consecuencias  
del fin que le había traído a Ipe-  
me, exigiesen. Esta necesidad se  
la satisfizo la Rábida. La Rá-  
bida ofreció a Diego un honrado  
hogar y moral escuela; y tal ge-  
nerosidad dejó al Genovés, en con-  
diciones de poder consagrar toda  
su actividad y sus cuidados, to-  
do al logro del propósito que le

animaba. Libre de la traba de la  
conspicua del reino para recibir  
sútiles hospedajes, y acercarse al mobi-  
ble throno real siempre que debiera  
hacerlo, quedose sin otros obstaculos  
que combatir, que los emanados  
del modo de ser de su teoria y su  
grandera personal. El proyecto  
del Gauvís entraba una cuestion  
científica, a saber, la de averiguar  
si estaba bien calculado y encerraba  
una verdad cosmográfica. Lisboa  
y Córdoba contestaron que no, y la  
respuesta atrajo sobre Cristóbal un  
diluvio de sátiras e invectivas di-

paradas por los necios, los envidiosos y  
los ignorantes. La muralla alzada  
para impedir el triunfo del Estalia-  
no por los cosmógrafos portugueses  
y los letrados y marineros españoles,  
no apareció con el carácter de in-  
destructible, porque la agrietó el  
fósforo de la palabra de D. Marche-  
ne.

Quedó demolida en Salamanca,  
y fué el P. Dero quien proporcionó  
el andamio para derribarla. Las  
sátiras e invectivas forjadas por  
las malas pasiones que despertan  
el mérito del hombre extraordina-

no miraron á este sin ahuyentarlo,  
porque los hermosísimos ojos de D.<sup>a</sup>  
Beatriz Enriquez crearon una fun-  
ra que lo retuvo; y embotarse des-  
pués, porque chocaron contra el a-  
cero de la protección desinteresada  
que dispensarían al sublime cuer-  
do, corteros del poderío de Men-  
doza el gran Cardenal, y de Quintanilla  
..... de aquel Quintanilla que  
señaló mil veces á su mesa á Colón  
y repetía con frecuencia, que todo  
debía proponerse á la empresa de  
buscar las Indias.

El proyecto entraba también

una cuestión política. Fr. Hernando  
entendía que debiera ser rechazado, por-  
que el oro y la sangre de España, en  
totalidad, eran necesarios para la  
conquista de Granada. Opinión  
tan cuerda prosperó, y la dificultad  
de ella procedente, que oponía-  
se al logro de los deseos del audaz  
marino quedó desvanecida, no  
bien fue seguro que la cruz entra-  
va coronada de laurel, en la ciu-  
dad del Genil. Las altivas presun-  
siones de Cristóbal le crearon entan-  
ces un obstáculo que parecía in-  
vencible, porque quienes habían



venido protegiendole unos hacia con-  
decision, se declararon sin fuerza pa-  
ra ampararlo. Hacia falta que al-  
guien pudiese y supiese obligar  
á la Corona á desponer sujos y re-  
mendar las negociaciones interrumpi-  
das, porque así lo exigian los  
intereses materiales de la patria  
y el cumplimiento de su deber reli-  
gioso. Quien pudo y supo hacer tal  
cosa, se llamaba Fr. Juan Pérez.

Fr. Juan Pérez, impulsado  
por su patriotismo, por su fe religiosa,  
por el amor á la patria y el cariño que  
al Genovesi profesaba y animado por

la grandiosidad del proyecto de aquel  
y la palabra entusiasta de Garcé Men-  
zánder, marchó á Santa Fe á im-  
pedir que fuese definitiva la res-  
taura, tarea en la que le ayudó Ca-  
brero. ¡Si! Marchó á Santa Fe; y no  
en valde, porque acertó con el varone-  
miento único persuasivo. Quintanilla  
concedía su preferencia al asunto de  
las Indias y por motivos políticos  
y económicos creía que debieran  
salir á buscarlas barcos reales, sin  
esperar á la conquista de Grana-  
da. Como él pensaban el Carde-  
nal Mendoza y otros cortesanos.

La palabra del entusiasmo arrebató  
y no persuade; y por persuasión  
obró siempre el Rey Católico. Fr. Juan  
Pérez sostuvo por razones políticas  
y económicas, y por razones religio-  
sas y morales, que tomada la ciu-  
dad ya vencida, á todo trance,  
sin tanto de recompensas ni de ma-  
ravas edices, el Trono, porque era cristia-  
no y español, estaba en el deber  
de entenderse con Cristóbal. Este len-  
guaje se dirigia al entendimiento  
y á la voluntad. Por esto el discurso  
del guardián consiguió el fin pa-  
ra que fue hablado.

El proyecto entrañaba una cuestión económica, insoluble cuando se veían los libros de cuentas del Tesoro de la Real Casa, del Contador de la Real Hacienda y del escribano de raciones; y que fue resuelta por Santangel. Los Medina Celi, Quintanilla y Mendoza acercaron el italiano al trono; creáronse al rededor de él un aura favorable; le ayudaron á ganar la simpatía real; é iniciaron las corrientes de entusiasmo hacia la proyectada imprenta que sostuvieron después varones insignes, entre los

que ocuparan siempre un lugar distinguido los aragoneses que rodeaban al Rey Católico en el sitio de Granada. Las recomendaciones de estos personajes, y el bien deseo de los mismos, por sí, no habrían bastado á lograr se entregara á Cristóbal los tres mástiles que pedía, si bien consiguieron que los Reyes oyesen al Genovés y sostuviesen la aceptación en principio y luego condicional del proyecto, á lo cual contribuyó en primer termino el parecer particular del P. Marchena, que dió base al Genovés para robustecer

su porfía; mas no puede sostenerse  
que sin él, Colón habría sido despen-  
dido definitivamente por S. M. A. El  
que no lo hicieron, apesar de las o-  
piniones del Prior de Prado, tan res-  
petado en la Corte, atestiguan que el  
trouo, no bien escuchó la palabra  
persuasiva del proyectista, propú-  
ose el averiguar muy despacio  
si aquel era un genio ó un sonador.

D.º Beatriz Enriquez hizo algo  
mas que M. Antonio por la gloria  
de España. Colón habría abandona-  
do este suelo despues de la censura  
obtenida en Córdoba, si las caricias

y las instancias y la belleria de la gen-  
til hija de Andalucía, no le hubie-  
ran creado la imposibilidad de  
separarse de las márgenes benignas  
del Guadalquivir. Empujado por la  
emulacion de los triunfos de Barto-  
lomé Diaz y por el causancio pro-  
ducido por el aplazamiento que  
habia aceptado, es seguro que  
habria ido a Lisboa a entenderse  
con D. Juan II, si D.<sup>a</sup> Beatriz no le  
hubiese obsequiado con las dulzuras  
de la paternidad del niño Hernando.  
Sui la Enríquez, podéis afirmar  
que Cipriana no habria hallado las

Indias.

Fue el P. Dera, quien idió las Conferencias de Salamanca y el alma de las Conferencias de Salamanca. Para ver con todo su relieve la importancia de las mismas, será preciso que supongais que adverso á la teoría de Cristóbal, el parecer del Florentino del Renacimiento español. Si adverso hubiere sido, nadie aquí, hubiera osado contradecir el fallo y defender el proyecto; y el Suavis habría visto enterradas todas sus esperanzas en un instante, en la patria que alumbra el sol mejor dorado



de Europa.

Las Conferencias de Salamanca dieron por resultados: — que el trono creyese con fe indestructible que los cálculos y las promesas de Colón descansaban sobre verdades científicas; que aquél fuese un servidor y un pensionado de la Corona; y que el célebre proyecto que da se por esta aceptado para ejecutarlo más adelante.

Si el P. Daza, el dictamen de los letrados y marineros reunidos en Córdoba, no habría resuelto en definitiva la cuestión que se le consultara; y así hay que discurrir

en vista de lo que los Reyes contesta-  
ron á Colón, apesar del informe  
de que se ha hablado. El satisfacía  
el deseo de aplazar una contestacion  
definitiva, sentido en regias alter-  
nas; mas el asunto á que referirse  
era tan magno, que dada la pru-  
dencia de los regios esposos, no estí-  
cite sospechar que pudieran ha-  
berlo resuelto, limitandose á oír  
el juicio apresurado de la mayo-  
ria de una asamblea de cotera-  
nos. La historia depone en contrario.  
Lo que nos narra, como ocurrido des-  
pués que terminaron sus sesiones

los juntados en Córdoba, obligamos á  
decir, que los Monarcas una vez cele-  
bradas aquellas, formaron el propósito  
de volver á ocuparse en el negocio, ó lo  
que es igual, el de tomar un acuerdo  
previa consulta del dictamen oficial,  
á los mas conoedores de los secretos  
de la Cosmografía. Es posible, que  
á los Reyes no se les hubiese ocurrido  
la idea de la celebracion de unas Con-  
ferencias, qual las que tuvieron lugar;  
mas lo probable y lo verosimil es,  
que necesitados de consejo lo hubie-  
sen buscado en su tan considerada  
y querida Universidad. Cual ha-

haya sido aquél, no es difícil adivi-  
narlo. Sin negar pues la obra de las  
Conferencias de Salamanca y la par-  
te que en la misma pertenece al an-  
tiguo Prior de San Esteban, no puede  
decirse que sin las Juntas privadas  
abolidas, España no habría hallado  
las Indias. Resumiendo:— El dic-  
tamen emitido en Córdoba determi-  
nó en los Reyes la resolución de acep-  
tar en principio un proyecto, re-  
chazado por la mayoría de la Asam-  
blea que presidió el Prior de Prado  
y defendido por el individuo más  
docto en cosmografía de la misma,

para someterlo á mas detenido exa-  
men en época mas tranquila, y las  
Conferencias de Salamanca, la de eje-  
cutar lo que el Genovés les proponia,  
no bien era época mas tranquila  
se presentase. Las Conferencias de  
Salamanca llevaron á aceptación  
condicional cierta, la aceptación en  
principio é in cierta que habia  
obtenido el proyecto de Cristóbal.  
Tal fue la obra de aquellas. Y pre-  
ciso le tengais á la vista, para apre-  
ciar con exactitud la parte que  
corresponde al P. Dera en el hallar-  
go de las Indias.

Glorsia fca

del Prior y religiosos de S. Esteban ve-  
nidos a la Corte con el Ayo del Prín-  
cipe, despues de terminadas las Jun-  
tas de Salamanca, el haber labra-  
do convicciones favorables a la em-  
presa en personas, cuyo enemigo  
é la misma contrariaba a aquellos  
Reyes, que no gustaban de oponerse  
a la opinion. Y gloria de Santan-  
gel, el haber destruido obstaculo  
muy poderoso, que se opuso a que  
la Corona se complaciere y Colón  
fuera complacido. Criticamos ya  
Iruvada, habia cesado la raron  
de Estado que impedia el distraer

el pensamiento y los recursos del país,  
a todo propósito distinto del de termi-  
nar la guerra con los hijos del río de  
las aguas de oro. El proyecto del Gue-  
nes era científico, según los sabios.

Querían los Reyes extender sus domi-  
nios y propagar la fe por ignoradas  
tierras. Mas las arcas reales estaban va-  
cías; y la expedición proyectada impli-  
caba gastos.

Vencidos los obstáculos que la in-  
credulidad científica, las intrigas cor-  
tesanas, las razones de Estado más atenci-  
bles y la pobreza del Tesoro habian a-  
montonado en torno de Colón, vióse

este obligado a combatir con el terror  
invencible que el tembroso producía,  
a la gente de mar mas averada  
a los peligros de las olas. El Genovés  
no habria podido embarcarse, o de  
haberse embarcado, porque a duras  
penas encontrara tripulantes en las  
cárcules, no habria hallado las islas  
que regaló a España, de no haberse  
asociado al gran proyecto el ilustre  
Pinson, que le proporcionó barcos,  
que si hoy parecen de pescadores com-  
parados con los buques transatlan-  
ticos, para su época no eran peque-  
ños ni parecerían jamás de pobres



condiciones, pues tenían la marcha rápida y estaban con sólidos contruados (116), y que le proporcionó también pilotos y maestros entendidados y bravos y marineros valientes, expertos y audaces, que navegaron más de mil leguas por espacio de dos meses por un mar virgen, sin que obligaran a sus jefes a volver la proa a lo descubierto, poblado de peligros por la fábula, servicio cuyo importancia apreciarse en toda su magnitud si se considera, que por no haberse embarcado con hombres tan temerarios, Bartolomé Díaz, el heroico

portugués no llegó hasta la India.

He aquí las fuerzas que actuaron en el desarrollo del drama sublime, que empezó en la Rábida y terminó en la roca más angosta que recuerda la humanidad en sus anales, después de la fría noche de Belén. Mas esas fuerzas no aparecían obrando unidas, y algunas no habrían brotado, si supierais que no existió el simpático guardián del más insigne de los monasterios.

Los trabajos de los bienhechores del Genovés, el larso moral que da

ba nombre D.<sup>a</sup> Beatriz Luquero, y la  
influencia levantada en pro' de aquel  
sobre el parecer no adverso de Sala  
manca, quedaron destruidos en la  
ruptura de Sta Fe, que costamos al  
gimo, ni el más poderoso!, considera  
base con bríos para anular. Para  
anularla se necesitó, que Sr. Pérez  
en las regias alturas creara la con  
vicción de que no había sacrificio  
que no debiera hacerse en pro' de la  
idea de dar a F. C. y a la Corona  
católica millones de almas y de  
subditos. Sr. Juan Pérez, poniendo  
un término a la ruptura de Santa

Se, labor en la cual le auxilió sin du-  
da otro personaje ya nombrado, im-  
pidió el que se esterilizara la ejecu-  
tada en favor del marino por gente  
callejadas a los Reyes o de sabiduría  
por los Reyes respetada, e hizo en-  
trar el proyecto tenido ya por fun-  
dado y ventajoso, en la Corte, en la  
fase final.

Firmadas las Capitulacio-  
nes de Santa Fe y trasladado a  
Palos Colón, la empresa proyecta-  
da y ya protegida por los Monar-  
cas habría fracasado, sin los au-  
xilios de Pinzón. Ahora bien,

desde el instante en que llegó Cristóbal  
al célebre puertecillo ancladero elegido  
para equipar la escuadra que le  
había sido concedida, encontró en  
el monasterio afectuosísimo hospede-  
daje, y un guardián entusiasta  
que se consagró á acompañarle  
á toda hora, á fin de robustecerle  
el prestigio y la fuerza moral que  
tuviese, con el prestigio y la fuerza  
moral propios. El citó á los clau-  
tros de la Rábida hombres de nume-  
ro sin número, para ganarlos á la  
empresa que se intentaba llevar á  
cabo. Y él contribuyó poderosamen-

te á interesar á Martín Alonso.

Las recomendaciones del guardián, hasta la aparición del armador de Paños en la escena no dieron más resultado, que la conquista de buenos votos en favor de la empresa. Llegaron á conseguir que más de un marinero y un religioso hiciesen votos por que el proyecto fuera ejecutado; mas no lograron que un marinero ó un religioso se decidieran á embarcarse. Coadyunaron sí á ganar á los Pinzones á la odisea que se intentaba; y ésto fue el servicio de consecuencias positivas

que presto el guardián al Genovés. Por  
que es ya una tesis histórica bien defi-  
nida! Martín Alonso se asoció á Cristó-  
bal para llevar á cabo la empresa conce-  
bida por éste, porque el Almirante le  
persuadió con su palabra, el plan con su  
grandiosidad le avalló el ánimo, y la  
posibilidad de la ejecución de él le estí-  
muló pasiones que sentía con viveza,  
mas por obra del Prior, pudo hacer  
entrar en el proyecto Cristóbal al capi-  
tán de Palos. Fue éste la única volun-  
tad activa que conquistó á Fr. Juan pa-  
ra su amigo; y conquistado solo le dio  
materialmente, la escuadra que hoy

Reyes le habian concedido.

Mirado con los ojos de la curiosidad el gran drama, cuyas decoraciones fueron la Rábida, San Esteban y la vega granadina, el desenlace di-  
vino que fué debido á D. Beatriz  
Suriquez. En D. Beatriz Suriquez,  
Colón después de celebradas las Fuen-  
tes de Córdoba quizás, y de seguro  
después de recibida la tan conocida  
carta del rey de Portugal, habria de-  
saparecido de nuestro patrio. Le  
sucumbió en Andalucía a la  
puerta del náutica inmortel, á los  
destinos de España. Si el



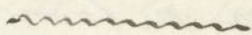
alucido drama lo mirais á la luz de  
la filosofía de la historia y cual es en  
su conjunto, atribuiréis el desenlace  
á Mr. Juan Pérez. Porque si Mr. Juan Pérez  
no hubiese dado su término á la rup-  
tura de Santa Fe, la obra de D. Beatriz,  
de los sabios de Salamanca y de los con-  
tesanos protectores de Colón, se habría  
marchitado; y si no hubiese accedido  
Martin Alonso al Genovés, el Genovés  
no habría ido á las Indias, apesar  
de las capitulaciones reales, de los flo-  
rines del Geribano de raciones y de  
los auxilios que le prestase el trono  
para vencer las dificultades con que

luchó en Palos, Moguer y Huelva. Siempre, en la heráldica de la historia serán signos nobiliarios, la cruz de plata que coronó la torre de la Vela, los rizos de ébano de la Enriquer, la bolsa que contuvo los maravedises de Santangel, el hábito del P. Dero, el astrolabio y la brújula de mar de Cristóbal y el mástil de la Pinta; y siempre, en los blasones que simbolizan a España en el Alcázar de la inmortalidad, ocupará principalmente el cordón franciscano de Fr. Juan Pérez..... de Fr. Juan Pérez!, á quien principalmente debe el

siingular marino su título de descubridor y el hallazgo de las islas, que al mirarse en los espejos oceánicos, en todas las épocas, se han encontrado muchas un cielo.

## X.

Honor debido á Sr. Juan Pérez.



En este siglo de las reparaciones, todavía el mármol y el bronce no han expresado bien el concepto que sigue:—  
Colón tuvo protectores que le crearon atmósferas que facilitaronle el trium-

to, le recomendaron con eficacia a los  
poderosos, pidieron y suplicaron para  
el favor a la Corona y le ayudaron  
a vencer los obstáculos, que la contra-  
riaban el deseo, —..... sí!, tuvo pro-  
tectores de la altera de los nombrados  
y de la del tesorero Gabriel Sanchez,  
que se distinguió entre los arago-  
neses, que en Sta Fe tomaron parte  
muy activa en favor del Genovés. Sin  
embargo, si el proyecto concebido en  
Portugal llegó a ser ejecutado, fue por-  
que lo expuso y defendió un genio,  
y lo escucharon una Reina mag-  
nánima y un Rey dotado de gran

divino talento y de las pruebas que  
necesitaba venir quien hubiese de  
aceptarlo, razón por la que debe de-  
cirse que debió las Indias Españolas á  
sus Reyes y á los que colaboraron en  
el triunfo de Cristóbal, entre los que  
ocupa el primer lugar por la so-  
lemnidad del instante en que intervi-  
no D. Juan Pérez. Mas si el máx-  
imo y el bronce no han hablado  
aun así, es una verdad que en el  
siglo XIX se han enaltecido y premia-  
do hasta donde ha sido posible, los  
méritos de los preclaros varones,  
que tomaron parte en la empresa

del descubrimiento de América. A Colón se le han erigido estatuas; se le han levantado monumentos; y se le ha honrado en peregrinos libros, en los que plumas bien cortadas han demostrado la justicia con que al hijo de Génova se le llama descubridor del Nuevo Mundo.

El cardinal Mendoza, Quintanilla y el P. Dera, han encontrado biógrafos elocuentes y jaspes que les han recogido el nombre para ornamentarlo en paranimfos y doctas sales. A los individuos de las conferencias salmantinas, sencillas y nobles ho-

menaje se le tributa, en la granja  
de Valcubo (117). Pintón ha sido  
desagraviado, en páginas de gran  
mérito. Santangel quizá se queja,  
porque no ha encargado de refutar  
el bello cuadro de Muñoz Degrañá,  
Aragón a su amado hijo Pradilla,  
Cine de Villanueva de Gallego, que  
ayer subió más alto que Mackart  
en D.ª Juana y Las Llavas y hoy es el  
ídolo del Rhin (118) y sabe que ha  
superado en fuerza para observar  
y precisión para reproducir a  
Menzel y Meissonier en la etisa al  
aire libre en la vomería de la Guis

(119). Podría quejarse Garcí Hernán-  
dez, de que ni la casa donde vivió es  
conocida, ni sáberse si se ha conserva-  
do. En cambio orná el monumento  
de la Plaza de la Reforma en Méjico  
la figura en bronce de Sr. Juan Pé-  
rez; y en el barcelonés, están recor-  
dados el ferrocísimo guardián  
y aquel Sr. Antonio, que tuvo la  
dicha de haber sido el primer mos-  
tal que alzó la hostia consagrada,  
á los ojos del indio. Sin embargo el  
venerable Prior, en el idioma de la  
piedra y el metal no ha sido canta-  
do aun, en los términos que mere-



es. Murio' Marin Baldo sin legar  
nos la oda, que condensada en gra  
mito, expresare los merecimientos del  
fraile inmortal. ¡Ojalá que de al-  
guna de las solemnidades que se ce-  
lebrarán el Octubre proximo, surja  
la idea de honrar cual es debido,  
la memoria del P. Pérez! Igualmente  
votos hacemos en favor de la del firmo,  
que irradió calor para forjar la  
resolucion de ir a Santa Fe y ayu-  
dó al guardian en las conferencias  
de la Rábida; y en favor de la de  
D.<sup>a</sup> Beatriz Enriquez, mas digna  
de la inmortalidad que ningun

na de las mujeres que rasgan su mismo  
sudarrio, en el Ahasverus de Edgar-  
Quinet.

La Cordoba la ciudad donde  
tal homenaje debe ser tributado a la  
andaluza gentil, que dio a luz  
un español como el cronista D. Her-  
nando. La estatua de Garci Hernán-  
dor, álcere su una márgen de la  
riva que refresca con sus brisas la  
ciudad que luce en su escudo de ar-  
mas un árbol, un áncore, un cas-  
tello y el mote *Portus maris et  
terra custodia*. Y la de Fr. Juan,  
a la vista de la barra de Salter;

o debe recibir el calor y el tino de la car-  
ne que da al mármol el sol que hin-  
cha las gemas y abre los botones de  
flor en la campiña, que es la mejor  
decoracion natural española que se  
conoce, pues tiene por bastidor. nie-  
vra de tan sin par blancura, que so-  
lo sabría copiarla si xemcitare, el  
pincel que pintó el nevado Equili-  
no y el calor del estío, la azucena y  
el alba, la virgen de Maria y la de  
Jesus, la brisa del Jordán y la luz de  
la Gloria, y que ocupa un trono al  
lado del de aquel hispalense que fue  
su excella de la pintura en el Qua-

dro de las Lanzas, un Melo en su Felipe IV,  
un Guizado de Mendoza en sus truchanes,  
un Alcazar en los Beodos, un Abtro Leon  
en su Cristo, un Garcilaso en sus arboladas  
de Aranjuez, y en las Meninas y las  
Giblanderas..... Ah! al Velazquez de  
las Meninas y las Giblanderas no hay  
epiteto que lo caracterice! Resulta  
una cúspide aislada, en la gran  
cordillera del arte nacional..... Un  
Cervantes!, pues la prosa pictorica  
cervantina esta creada en las Me-  
ninas y las Giblanderas.

29 de Abril de 1892.

- (1) Vida de San Jerónimo.
- (2) Menéndez Pelayo, Discurso de recepción en la R. Academia de la Historia.
- (3) Canalejas, Estudios críticos de política, filosofía y literatura.
- (4) Fernánlez Duro.
- (5) Emilia Pardo Bazán, San Francisco de Asís.
- (6) Alarcón, El monasterio de Guete, - Balaguer, Obras.
- (6) Castelar, Recuerdos de Italia (2ª parte).
- (7) Yamartine, Graziella.
- (8) Jesto Bufo Arieno, traducción de Rodrigo Caro.
- (9) Canalejas, Poesía épica.

- (10) Solís, Historia de la conquista de Méjico.
- (11) J. Duro, Colón y Pinrón.
- (12) Rodríguez Pinilla, Colón en España. - Hunsio, Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.
- (13) En la Historia general y natural de Indias, se lee: - Antes que Colón entrase en la mar algunos días, tuvo muy largas consultaciones con un religioso llamado J. Juan Perer, de la Orden de sanct Francisco, su confesor; el qual estaba en el monesterio de la Rábida (que es media legua de Palos hacia la mar). Este frayle fúe la persona sola de aquesta vida, a quien Colón mas

communio, de sus secretos; e aun del qual e de su ciencia se dice hasta hoy que el recibio mucha ayuda e buena obra.

- (14) Documento 41, tomo II de la Coleccion de Navarrete.
- (15) Coll, Colon y la Rabida.
- (16) Relaciones del 2º viaje, de Chanca y Martir.
- (17) General y cronista de la Orden franciscana. Fue tambien paje de Felipe II antes de vestir el habito religioso; Obispo de Cefalú y de Pavia; y Arzobispo de Mantua. Clemente VIII solicitó sus consejos antes de plantear la reforma de los regulares; y le nombro Nuncio apostolico para concertar paces entre España y Francia.

Ugolin al hombre y al uer-  
tor Biadoschi, bibliotecario de  
Modena, en su Storia della  
Letteratura italiana, y el eru-  
dito Rossi en su Pinacotheca  
imaginum illustrium virorum  
qui auctore superstite diem  
suum obierunt.

- (18) Luminar del siglo XVII; y del  
pais; donde predicó S. Patri-  
cio y tiene en todo corazón un  
altar O'Connell. Vivió muy dis-  
tinguido por Inocencio X.  
Fue consultor de varias con-  
gregaciones, catedrático de  
teología y Director del Colegio  
de irlandeses que fundó en  
Roma. Escribió:

Legatio Philippi III et IV.  
Hispaniarum Regis ad S.



Paulum V, Gregorium XV et  
Urbanum VIII, pro definienda  
controversia Conceptionis  
B. Virginis Mariae; Apologi-  
ticum de pretensio Monacha-  
tu Augustinianorum & Francis-  
ci, in quo deteguntur et re-  
felluntur varii errores ex hac  
una controversia exorti; In-  
maculate Conceptioni B. V.  
non adversari ejus mortem  
corporalem; De baptisimo  
Virginis; De redemptione Dei-  
parae semper Virginis; De He-  
braica lingua origine, pres-  
tantia et utilitate ad sacrar.  
litterarum interpretes; Vita Ve-  
nerabilis Joannis Duns Scoti  
Doctoris subtilis; Comentariorum

arctica ad opuscula S. P. N. Fran-  
cisci; Vita et res gesta B. Petri  
Thomae Aquitani Ordinis B.  
Marice de Monte Carmelo,  
Patriarchae Constantinopolitani;  
Bibliotheca seu Catalogus s-  
criptorum Ordinis Minorum;  
Commentaria ad vitam et o-  
puscula S. Muselini Episcopi  
Lucensis. Saco de la condicion  
de ineditos: - Angeli del Pas  
religiosissimi ac doctissimi Mi-  
norita Commentaria in Mar-  
cum; Commentaria in Luca  
Evangelium; y Joannis Duns  
Scoti opera omnia tomis sep-  
decim

Los Anales de él los han a-  
dicionado los P. P. Juan de Gu-

ca Nineto, José María de  
Alcama, Cayetano Miguel  
Hiculi, y Estanislao Melchor  
de Cerreto.

(19) Profesores de teología, comis-  
ta de la provincia de S  
Juan Bautista de Lima  
y regente del Colegio de San-  
to Tomás de esta ciudad  
del Perú.

(20) Tesoros verdaderos de las  
Indias en la Historia de  
la gran provincia de S  
Juan Bautista del Perú  
de el Orden de Predicadores.

(21) Agiologio lusitano.

(22) Menologioum Sti Francisci.

(23) Noticias historiales.

(24) Guardian del convento de

S. Francisco de Jesus de Lima  
y cronista de la Orden en  
todo el territorio del Perú.

(25) Cronica de la religiosissima  
provincia de los doce aposto-  
los del Perú, de la orden  
de N. P. S. Francisco de la re-  
gular observancia. Dispuesta  
en seis libros, con relacion de  
las Provincias que della han  
salido, y son sus hijas.....  
Hárese una breve descripcion  
de todas las tierras del Perú,  
la entrada en ellas de nues-  
tros españoles, la riqueza,  
poder, culto y política de los  
Reyes Incas.

(26) Memorial y Noticias Sacras  
y reales del imperio de las

Indias Occidentales.

- (28) Historiador distinguido, misionero apostólico, calificador de la Inquisición, archivero y cronista general de la Orden franciscana.
- (29) Cóplica de la seráfica religión del glorioso patriarca S. Francisco de Asís, dedicada al Eminentísimo Señor Don Joaquín de Portocarrero cardenal de S. Romana Iglesia...
- (30) Fr. Bartolomé Villanueva.
- (31) Véase la dedicatoria del tomo de sermones de María Santísima. Sevilla, 1752.
- (32) Fr. Arturo de Monasterio, *Martyrologium franciscanum*.
- (33) J. Duro, Aniversario de la salida de Colón del Puerto de

*Palos en busca de las Indias.*

- (34) *Navarrete, Coleccion de viajes y descubrimientos. P. Duro, Colon y Pinzon y juicio critico acerca de la participacion que tuvieron en el descubrimiento del nuevo continente los hermanos Pinzon, condiciones bajo las cuales tomaron parte en la expedicion y causas que motivaron la separacion de Martin Alonso.*
- (35) *Carutti; Saggio critico intorno a Propertio - Hertberg, De S. Marci Propertii amicitis et amoribus - Caprifigues, Les Bacchantes et les jeunes patriciens de Rome sous les Césars. - Sphon De H. Tibuli vita et carmi-*

nibus. - Muset, Comentarior.

- Delongchamps, Elegies de Properece, traduites dans tout leur integrité.

- (36) Ciofani, Biografia de Ovidio. - Rabanero, Disertacion sobre el destierro de Ovidio. - Deville, L'exil d'Ovide. - Boissier, L'opposition sous les Cesar. - Grenovio, Gesenio, Merkel y Soss, comentaristas de los Pastos. - Contu-se, Disertacion inserta en el tomo I de Mem. de l'Acad. des Belles Lettres.

- (37) Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced redencion de Cautivos de Fr. Remón, gran orador sagrado y cronista de su Orden.

- (38) Plati, Secretario del Cardenal Aguariva y general de su Religion, en su obra De bono status religiosi; y Mamanchi, maestro de teologia y Director de la Biblioteca casanatenense, nombrado en un breve especial de Benedicto XIV, Secretario de la Congregacion del Indice y maestro del sacro Colegio segido por Pio VI, en Originum et antiquitatum christianarum.
- (39) Historia del Almirante.
- (40) Decad I, lib. I, cap VII.
- (41) Historia de las Indias.
- (42) Bararrote, t. III, pag. 861.
- (43) W. Irving.
- (44) Barros.
- (45) Libro del Patronato. (Archivo general de Indias en Sevilla)



- (46) Romero Ortiz, *La literatura portuguesa en el siglo XIX*. Costa e Silva, ensaio biográfico crítico dos melhores poetas portugueses.
- (47) Flores de España, *Excellencias de Portugal*, de Sousa. - *Orígenes de la lengua portuguesa*, de Duarte. - *Historia crítica de la literatura española*, de Amador.
- (48) Sobre los antiguos cancioneros portugueses ha escrito á maravilla Bellerman.
- (49) Las encontracéis, en la *Monarquía Lusitana* de fr. Bernardo de Brito, tomadas de un manuscrito del Conde de Marialva. Brito, no dice que sean de Ansurer. El erudito Monteiro las tiene

XIX  
por gallegas. Sobre los orígenes  
y progresos de la literatura  
portuguesa ha escrito con sin-  
gular tino Ribeiro dos Santos.

(50) Braga, Ervadores gallego-portu-  
gueses.

(51) Sarmiento, Memorias para  
la Historia de la poesia.

(52) Posela la Bibliotheca Vario-  
nal, en un tomo escrito en  
1468 por Cristóbal Bochs.

(53) Citanlo Santillana en su  
Carta al Condestable; y en  
su Nobiliario el Conde Don  
Pedro Barcellos, quien le co-  
loca en lugar cronológico.  
que no aceptan Sánchez y  
Sarmiento.

(54) Imprimiéronse sus poesias  
en Granada en 1582 y des-  
pues en 1599. Imprimiéronse

tambien en Lisboa en 1892,  
ilustradas por el editor Pedro  
de Cáceres, con la biografía  
del autor.

(155) J. Espino, Curso histórico-crítico de la literatura española.

(156) Gil Vicente debe á la crítica el honor de haberle estudiado detenidamente. En su país natal le han honrado: Costa e Silva en su Ensaio critico sobre os melhores poetas portuguezes; Freire de Carvalho en su Primeiro ensaio sobre a historia litteraria de Portugal desde a sua mais remota origem ate o presente tempo; y José Gomes Monteiro en su Ensaio sobre a vida e descrip-

tos de Gil Vicente. Se han con-  
sagrado vigiliás, - Wolf Studien  
zur Geschichte des Spanischen  
and portugiesische national  
literatur). Clarus en su cua-  
dro de la literatura española  
en la Edad Media, por ex-  
cesivo amor a' él es injusto  
con España. Amador de los  
Pios determinó a' maravilla  
toda la importancia del in-  
signe portugués. En los estu-  
dios de Eufilo de Braga,  
podéis leer una monografía  
admirable sobre Gil Vicente  
y su escuela.

(57) Balaguer, Discurso de con-  
testacion al magnifico lei-  
do por Don Celestino Pu-  
jol en la Academia de la  
Historia sobre la Historia

- de los movimientos, separa-  
cion y guerra de Cataluna.
- (58) Son cinco tomos, publicados  
en Lisboa en 1766.
- (59) Dos tomos dados á luz por  
Joseph Maregelo de Ovan.
- (60) Braga, Historia de Camoens;  
Adamson, Memoirs of Ca-  
moens. y los trabajos de Ca-  
palejas y Vidart.
- (61) Braga, La poesia palacie-  
ga en el siglo XV.
- (62) Andrade Perreira, Bosquejos  
criticos; E. H. Vidal, Cartas  
obscuras á Ernesto Biester;  
Costa e Silva, Ensaio.
- (63) Francisco Manuel Freigoro,  
Memoria sobre o theatro por-  
tuguez (tomo V de las Me-  
morias de la Real Acade-  
mia de Ciencias de Lisboa;

Braga, Historia del teatro  
Portugués.

- (64) Ganet sólo ha conseguido recoger un romance portugués menos rico y original que el catalán y que no tiene más importancia respecto al español que la de un Apéndice. Véase la Historia de la poesía popular portuguesa de Braga.
- (65) Es anterior á la Sofonisba del Brissino. Véase La tragedia clásica de Braga.
- (66) No se conserva el nombre del autor. Maria y Sousa ha descubierto un fragmento. La crítica rechaza la antigüedad atribuida á este poema hallado según se

gun se ve en los días del  
vencedor de Ourique en el  
Castillo Frouce y escrito a-  
ños antes por un cautivo  
cristiano, en las cárceles  
de aquel.

(67)

Depienden la autenticidad  
de la antigüedad de este  
poema Miguel Heitao  
de Andrade y Manuel  
Jaria y Sousa, Bouter-  
wk y Simondi. Beller-  
mann ha demostrado y  
ha repetido Costa y Silva,  
el error de aquellos críticos.

(68)

Costa y Silva en su Ensayo  
biographico-crítico ha de-  
mostrado, que no son au-  
ténticas las copias de  
Moñir ni tienen la an-  
tigüedad que le atribu-

gen los que las creen de  
la época de Alfonso I, es de-  
cir, de la misma época  
que el canto de Hermin-  
guer y que el de los figueras.  
(69) Revela una cultura superior  
á la de la época de Gues-  
to Anserer.

(70) Ninguno de ambos conoció  
las diez y seis foljas ha-  
lladas en Évora y que se  
han añadido al índice,  
apesar de lo cual tenéis  
incompleta esta perla  
de la Biblioteca Real de  
Lisboa. Sobre el autor,  
antigüedad y lenguaje  
de este Carnonero dieu-  
tio Varnhagen con ilus-  
trados críticos de Portu-  
gal, y dieron su opinión



el paleógrafo Ribeiro y Her-  
culano.

(71) Tenido por autor de El Nobi-  
liario.

(72) Hijo legitimo el primero  
y bastardos el segundo y  
tercero de D. Dionis. Las  
poemas de Alburquerque  
se han perdido. De Bar-  
cellos hay en el Cancionero  
de Resende cuatro poemas.

(73) Por sus derivos citalo San-  
tillana.

sobre si compuso un libro  
de Cántigas y mal sea  
este discutere aun.

(74) Fragmentos de ambas o-  
bras publicó Herculano  
en Portugalice Monumenta  
Historica.

(75) Obra de Francisco Sa de Me-  
neres, imitador del Basso.

- (76) Su autor fue Gabriel Pereira de Castro. Manuel de Galhega, Antonio dos Santos y el Padre Macedo, prefieren esta obra á las Lusíadas.
- (77) Braga.
- (78) Escribió su biografía Lobo, Obispo de Viseo.
- (79) Ribeiro, Memorias.
- (80) Lóper, Para Historia da Philosophia em Portugal.
- (81) Ribeiro, Biografias de Pedro Nunes y Francisco Melo
- (82) Baret, De l'Anadis; Bramfels, Kritischer, Versuch über den Roman Anadis von Gallien; Gayangos, Discurso preliminar del tomo de la Biblioteca Rivadencira, Libros de Caballerias; Mayans y Siscar; Nicolás Antonio; Hoepf,

Prólogo á Las fortunas de  
Diana; Cardoso, Agiologio;  
Valera, Disertaciones y juicios  
literarios; Crónica de Arma-  
na; Barros; Maria; Lousa  
de Macedo; Barbara, Bi-  
blioteca Lusitana; Southey,  
Bouterwek, Clemenein, Wolf,  
Puymaigre, Clarus y Bik-  
nos, Braga ha tenido en  
la cuestion. D. Nicolás de  
Benjumea escribió sobre los  
origenes del Palmerin. Pa-  
blo Ignacio de Dalmasas.  
Disertacion sobre la verda-  
dera patria de Paulo O-  
rosio que fué barragona  
en Cataluña y no Braga  
en Portugal; y Moner  
De Orosii vita.

(83)

Brandao, Cardoso y Beller-  
mann.

- (84) Labra, Lisboa y los portu-  
gueses. (conferencia dada  
en el «fomento de las  
Artes»)
- (85) Lease la admirabilísima  
descripción de Edgar Qui-  
net de este templo, que  
Don Manuel erigió a las-  
co de Gama y a los héroes  
anónimos de la expedicio-  
nes del siglo XVI.
- (86) Castelar.
- (87) Algunos historiadores han  
confundido al sien-  
ciado Cabradilla con  
don Diego Ortiz. Segun  
Bernálder, los dos nom-  
bres son un solo suje-  
to. Acerca de ambos per-  
sonajes escribió Antonio  
Pérez de los Santos. Le-  
ed sus Memorias de

Literatura portuguesa pu-  
blicadas por la Academia  
Real das Ciencias de Lis-  
boa, t VIII.

- (88) Carta de D. Juan II de fe-  
cha 30 de Mayo de 1488,  
conservada en el archivo  
de Veragua.
- (89) Memoria de la Sociedad  
Colombina Ombense, cor-  
respondiente al año 1891.
- (90) Bernaldez, Reyes Católicos.
- (91) P. Coll, Colón y la Rábida.
- (92) J. Duro, Nebulosa de Colón.
- (93) Asensio.
- (94) Historia del Nuevo Mundo
- (95) Anales eclesiásticos y secu-  
lares de Sevilla.
- (96) Tomo I, capítulos V y VI.
- (97) Ortiz de Zúñiga. Anal.

ecles. y sec. de la ciudad de  
Sevilla. - Hist. del Almirante.  
- Navarrete, documentos 114 y 137. - Colón, relato del primer viaje. -  
Carta del Almirante á Doña Juana de la Torre de fines del año 1500. - Carta del mismo á los Reyes de fecha 4 de Julio de 1503. - Libro de las Profecías.

(98) Capmany, Memorias históricas del consulado de Barcelona.

(99) El cura de los Palacios, Historia.

(100) El concepto lo he oído emitido, como una sospecha, en conversación particular, al insigne

historiador y poeta como. h.  
D. Victor Balaguer.

(101) Salazar, Crónica.

(102) Erat equestri ordinis, vir  
nobilis, ingeniosus, acer  
et vehemens; idemque  
fisci rationumque regia-  
rum questor maximus

(103) Galíndez Carvajal, Anales  
breves de los Reyes Cató-  
licos, anotados por Flo-  
raxes; Pulgar; Crónica  
de los Reyes Católicos; Pres-  
cott, Historia de los Re-  
yes Católicos; y Lafuente,  
Historia de España.

(104) Escribió:— Breve y prove-  
chosa doctrina de lo  
que debe saber todo cris-  
tiano.— Confesional.— Breve

tractado de como havemos de  
restituir y satisfacer de todas  
maneras de cargo que son  
seis. Breve y provechoso  
tractado de como havemos  
de conculgar. - Muy prove-  
choso tractado contra el mur-  
murar etc. - Devoto tractado  
de lo que representan y  
nos dan á entender las  
cerimonias de la Missa. -  
Solazoso y provechoso trae-  
tado contra la demasia  
de vestir y de calzar y de  
comer y de beber. - Prove-  
choso tractado de como  
devenos aver mucho ui-  
dado de espendes muy  
bien el tiempo. - Colla-  
cion muy provechosa de



como deben renovar en los  
asuntos todos los fieles cris-  
tianos en el santo tiempo  
del adviento. - Tratado  
sobre S. Juan Evangelista  
y sus excelencias. - fte.

(105) R. Pinilla

(106) J. Duro. - R. Pinilla. - Asensio.

(107) Amados de los Pios, Histo-  
ria critica de la litera-  
tura española. - Escibió:  
ab impugnationibus ma-  
gistris Nicolai de Gira. -  
Monotessaron. Nació en To-  
ro. Cuió las mitras de pa-  
mora, Salamanca, Cordo-  
ba y Palencia. Murio Ar-  
obispo de Sevilla y elec-  
to de Toledo.

(108)

La tesis de las conferencias de Salamanca, nada la ha dilucidado mejor que Sr. Pinilla en Colon en España, donde en la Universidad de Salamanca ante el Tribunal de la Historia, y Torre Velaz en la Memoria que en 1885 le premió la Sociedad Colombina Vniversense.

(109)

Navarrete, núm. IV,  
t. II, pag. 11.

(110)

Duro, joyas de Isabel la Católica. Revista Contemporánea, t. 38.)

(111)

Navarrete, Coleccion.-  
Pruebas del pleito u.

guido con el fiscal del  
rey por D. Diego Colón.

(112) y (113) Las Casas y diario de  
Colón.

(114) Navarrete, t. II, p. 66.

(115) R. Pirilla,

(116) J. Duro, Disquisiciones  
náuticas.

(117) El monumento erigido  
por D. Mariano de  
Solís consiste: - « en una  
ligera pirámide, termi-  
nada por un globo ter-  
raqueo sobre el basa-  
mento de un grupo de  
cuatro pedestales dori-  
cos, perfectamente orien-  
tados y que descansan  
sobre un ancho zócalo

de finisimo granito. Una  
verja de hierro, sobre pi-  
lastras tambien de grani-  
to, rodea a conveniente  
distancia la piramide.  
El pedestal tiene las si-  
guientes inscripciones:

A Cristobal Colon, En  
Memoria De Las Conferen-  
cias Habidas En este li-  
tío De Valenovo, Para  
El Descubrimiento Del  
Nuevo Mundo, Mariano  
de Solis. »

(118) 180 mil ejemplares de ni-  
mero La Moderne Kunst,  
dedicado a reproducir  
obras de Bradilla, se han vendido.

(119) Pietruk, Gaceta de Berlin.  
3 de Mayo de 1892.





*[The page contains very faint, illegible handwritten text, possibly bleed-through from the reverse side.]*









Nº 04212

Nº 04212

Monasterio de